

Destinada al infortunio. La participación femenina en las guerras de intervención extranjera del siglo XIX en México

Hernández López, Oscar Ernesto

2022

<https://hdl.handle.net/20.500.11777/5634>

<http://repositorio.iberopuebla.mx/licencia.pdf>

Universidad Iberoamericana Puebla

Estudios con Reconocimiento de Validez Oficial por Decreto

Presidencial del 3 de abril de 1981



Destinada al Infortunio

*La participación femenina en las guerras de intervención
extranjera del siglo XIX en México*

PROYECTO DE TITULACIÓN

Que para obtener el grado de

MAESTRÍA EN LITERATURA APLICADA

Presenta

Oscar Ernesto Hernández López

Director de tesis:

Dr. Jonatan Moncayo Ramírez

San Andrés Cholula, Puebla, 2022

Índice

Resumen	4
Introducción teórica: origen y desarrollo de la novela histórica	6
Bibliografía	27
Trabajo creativo novela Destinada al infortunio	33
Capítulo 1. La rendición	33
Capítulo 2. El enjambre de la aristocracia	38
Capítulo 3. América para los americanos	50
Capítulo 4. La Fina	64
Capítulo 5. Amenaza Europea	81
Capítulo 6. La inesperada derrota francesa	100
Epílogo	114

Resumen

Destinada al infortunio es una novela histórica que se desarrolla en la ciudad de Puebla a mediados del siglo XIX y el correlato lo constituyen las guerras de intervención tanto norteamericana como francesa. La novela histórica es un género literario que integra la ficción en un contexto de eventos sucedidos en el pasado y en el cual, se pretende recrear de manera fiel las atmósferas de los mismos. Ofrece una visión verosímil de un contexto y una época determinada, pero con personajes ficticios conviviendo con los reales. Entre los distintos teóricos que pueden servir de base para analizar y reflexionar sobre la novela histórica, este trabajo retoma algunos elementos que destacan Georg Lukács y Robin Lefere, porque las ideas de estos autores son las que mejor se ajustan a la intencionalidad con que esta narración fue desarrollada. Estos escritores consideran que la Revolución francesa es fundamental para reconocer la base social e ideológica sobre la que fue posible que surgiera este género novelesco y que las transformaciones derivadas de este movimiento social impactaron en la consciencia de un sector de la población muy amplio. Otros soportes teóricos son varios novelistas de temática histórica. Por ejemplo, Walter Scott, cuyos personajes presentan características típicamente nacionales y Fernando del Paso, autor de la novela sobre la Intervención francesa en la que relata los acontecimientos del frustrado Imperio de Maximiliano: *Noticias del Imperio*.

Destinada al infortunio es una respuesta a la inquietud personal por hacer visible a la mujer poblana que vivió los acontecimientos de aquellos difíciles años de intervenciones extranjeras. El sexo femenino jugó distintos roles en una sociedad que procuraba mantener su estilo de vida lo más inalterable posible. Lucrecia Pérez Salazar de Malpica y Salmerón era viuda de Juan Manuel Malpica y Salmerón. Él era un empresario muy allegado al político

Antonio de Haro y Tamariz, quien fue padrino de Fernando, el hijo menor del matrimonio formado por Lucrecia y Juan Manuel. El compadre de los Malpica Pérez Salazar era amigo cercano del conde Jean Alexis Cadoine de Gabriac y cuando los invasores franceses llegaron a México, acompañó a Lorencez en su recorrido de Orizaba a Puebla los días previos al 5 de mayo de 1862. Juan Manuel viajó a Veracruz acompañando al ministro Saligny a principios de 1862. Cuando llegaron las tropas francesas y el ministro Dubois firmó por Francia los Tratados de la Soledad, el marido de Lucrecia contrajo el vómito negro y murió a consecuencia de ello. La joven mujer viuda quedó a cargo de una hija que estaba enamorada de un oficial del Ejército de Oriente y un hijo, Fernando, el cual se unió a la causa conservadora. Lucrecia se convirtió en espía doble y tenía de amante al general Forey. Cuando los franceses entraron en Puebla la ciudad estaba en ruinas. Lucrecia fue acusada de espionaje y sabotaje, las pruebas en su contra eran contundentes. El alto mando francés la declaró culpable y fue arrestada. Tras varios días en prisión, no pudo soportar su yerro ni superar la vergüenza de ser llamada traidora por ambos bandos y se suicidó la noche del 30 de mayo de 1863.

La novela está dirigida al público poblano interesado en lo sucedido en su ciudad en esos años del siglo XIX. Existe la posibilidad de desarrollar una segunda parte, pues hay muchas historias de mujeres que contar entre mayo de 1863 y junio 1867.

La participación femenina en las guerras de intervención extranjera del siglo XIX en México

Introducción teórica: origen y desarrollo de la novela histórica

Destinada al infortunio es el trabajo que elegí como proyecto de titulación de la Maestría en Literatura Aplicada de la Universidad Iberoamericana Puebla. Se trata de una novela histórica que se desarrolla en Puebla a mediados del siglo XIX y el correlato lo constituyen las guerras de intervención tanto norteamericana como francesa.

La novela histórica es un género literario que integra la ficción en un contexto de eventos sucedidos en el pasado y en el cual, se pretende recrear de manera fiel las atmósferas de los mismos (García Gual, La antigüedad 20). Se distingue de otros géneros narrativos por su característica híbrida, tal como lo precisa Claudie Bernard (cit. en Dauler 56), porque mezcla datos históricos con los inventados por el novelista. El escritor procura imprimir a su obra un interés dramático y calidad literaria. Por su parte, George Lukács asegura que este género plantea de forma especialmente válida los problemas estéticos e ideológicos de un tiempo determinado, porque se trata de una expresión que condensa algunas de las problemáticas más generales, complejas y vitales de la novela con el lenguaje literario (37).

El novelista goza de libertad para hacer una reinterpretación de la historia utilizando un narrador ficticio que desafía la versión publicada por los historiadores, evoca de una manera original escenas del pasado que algo dicen en el presente¹. Contrasta con la búsqueda de la verdad rigurosa propia del científico social, pero su ficción ha de ser verosímil aunque

¹ El novelista enfoca con frecuencia la vida cotidiana al pasado, observando cómo también esta está sometida a los sucesos históricos. Es por eso que es de gran importancia no solo la consideración de los sucesos, sino también la descripción del ambiente que rodea a los sucesos. El escritor puede hacer que los vencidos y marginados den su versión de los hechos.

contenga una fuerte dosis de fantasía. Aristóteles decía que el historiador solo puede contar lo sucedido, mientras que el novelista cuenta las cosas que podrían haber ocurrido otorgándose el derecho a fabular el pasado. Para él, la poesía contiene más filosofía que la historia y hacía extensiva esta consideración a toda ficción artística, pero como cualquier libertad conlleva riesgos, por ejemplo, el desvío o distorsión de los hechos del pasado (García Gual, Apología 11).

De acuerdo con Villavicencio, la novela histórica ofrece una visión verosímil de un contexto y una época determinada², pero con personajes inventados conviviendo con los reales, tal es el caso de Madame de la Fayette que en 1668 publicó la novela *La princesse de Clèves*. Esta obra inicialmente se dio a conocer de forma anónima. La trama se desarrolla entre octubre de 1558 y noviembre 1559 en la corte del rey francés Enrique II, recrea muy bien la época y los personajes, todos son históricos, reales, excepto la heroína. Existen variantes dentro de este género literario, por ejemplo, la novela de aventuras; en este tipo de narraciones los hechos históricos son solo pretextos para la acción (83).

Por otra parte, Iván Jablonka considera que la generación a la que pertenecieron Benjamín Constant, Madame de Staël, Bonald y Chateaubriand a inicios del siglo XIX, produjo un cambio que dio a luz la ‘nueva literatura’. Un ejemplo es *Los mártires*, obra literaria escrita por Chateaubriand en 1809; narra la historia del romance entre un oficial romano convertido al cristianismo y una sacerdotisa de Homero. Esta obra combina poesía y epopeya conjugadas en una especie de novela histórica. Para la realización de este trabajo, Chateaubriand se documentó minuciosamente, visitó los lugares de la antigua Grecia

² La ficción histórica toma sucesos y personas de una época distante del presente que el autor considera de interés actual. Walter Scott opinaba que para hablar de novela histórica se requería que lo narrado estuviera situado a una distancia temporal mínima de setenta años.

referidos en esta historia y consultó a expertos conocedores del tema, incluyendo a un profesor de literatura griega de la Sorbona de París (56).

George Lukács precisa que la novela histórica que precedió a la obra de Walter Scott no contenía elementos históricos relevantes. Sus personajes no se definían con precisión en tiempo y lugar, tal como sucedió con Swift, Voltaire y Diderot, quienes escribieron novelas satíricas en las que se reconoce el rescate de los rasgos característicos de la sociedad inglesa y francesa de su época. Si bien estos autores ubican sus relatos en sus entornos locales, no lo hacen desde los acontecimientos históricos; sin embargo, Henry Fielding sí capta cierta verosimilitud plasmada en sus personajes y situaciones (15).

La novela histórica propiamente dicha surge hasta principios del siglo XIX, en plena efervescencia del Romanticismo, movimiento intelectual que reacciona como respuesta crítica a la ilustración. Este género narrativo se convirtió en el más popular, porque el escritor de esa época, al querer escapar de la realidad cotidiana, ubicaba sus narraciones en el Medioevo considerado como el periodo histórico más idílico (Koval 99). Es el escritor escocés Walter Scott quien verdaderamente rompe con el género que le precede. En 1814 publica *Waverly*, obra que para Lukács marca el inicio de un nuevo género en la época del Romanticismo: la novela histórica. Scott utiliza los acontecimientos de las guerras entre escoceses e ingleses de 1640 para crear el universo diegético de su novela. En 1819 Scott escribió *Ivanhoe*, historia que se desarrolla en la Inglaterra del siglo XII y en 1823, *Quentin Durward*; es el retrato de un arquero de Luis XI. Estas obras literarias las desarrolló apoyado en una rica y variada documentación que le sirvió para vivificar la historia en la que se ubican sus narraciones, lo que permite al lector identificarse con sentimientos y pasiones que comparte con los hombres del pasado (22).

Lukács considera que la Revolución francesa es fundamental para reconocer la base social e ideológica sobre la que fue posible que surgiera la novela histórica, forma parte de un proceso de cambios que intervienen directamente en la vida de muchas personas. En esta revuelta, los ejércitos estuvieron constituidos por masas humanas, lo que no sucedía con los formados por mercenarios; la diferencia principal estriba en la relación intensa de esas masas con la población. La propaganda jugó un papel crucial, pues en ella se tuvieron que manifestar el contexto social y las circunstancias históricas que llevaron a esa lucha; hubo que crear nexos entre la guerra y la vida de la población. Las guerras de la revolución así como las batallas napoleónicas, se emprendieron de manera consciente como guerras de publicidad (26).

Robin Lefere en su obra *La novela histórica*, asegura que las transformaciones derivadas de la Revolución francesa impactaron en la consciencia de un sector amplio de la población. La clara percepción de este movimiento armado y los acontecimientos asociados a ella, forman la base tanto económica como ideológica que propició el surgimiento de la novela histórica propuesta por Walter Scott, su obra es la continuación de la novela social realista del siglo XVIII (153).

Scott escribió sobre los autores de ese siglo, aunque sin profundizar mucho en lo teórico, pero eso basta para descubrir que los conocía lo suficiente; sin embargo, las creaciones del escritor escocés constituyen algo enteramente nuevo. Esto lo constata el escritor ruso Pushkin cuando escribe: “La influencia de Walter Scott se hace sentir en todos los campos de la literatura de su época. La nueva escuela de los historiadores franceses se formó bajo la influencia del novelista Scott” (Lukács 22). Por su parte, Jablonka asegura que

detrás de cada personaje de Scott hay una época, una nación, una clase social y un combate, de tal manera que utiliza estos elementos para unir lo singular con lo colectivo (61).

Balzac (cit. en Lukács), al criticar la obra de Stendhal, destaca la herencia de los rasgos artísticos de Scott. Se refiere a la extensa descripción de las costumbres y los acontecimientos acompañados de dramatismo, así como la importancia del rol de los diálogos en la novela. Scott, dentro de su conservadurismo, procura mostrar poéticamente la realidad histórica basándose en la elaboración literaria de las grandes crisis de la historia inglesa. En sus novelas, el héroe siempre es un *gentleman* inglés, poseedor de un agudo sentido común, lo caracteriza la decencia y la firmeza moral sin ser un líder que lucha por una gran causa (23).

Lukács asevera que es muy probable que en la concepción de sus personajes, Scott refleje sus propios prejuicios conservadores, lo que se hace evidente en su distanciamiento del romanticismo; describe las luchas a través de personajes representantes de corrientes sociales y con muy pocas excepciones, las heroínas corresponden a la típica mujer inglesa, correcta y alejada de complicadas tragedias amorosas. La grandeza de este autor radica en su capacidad de dar vida a ciertos tipos histórico-sociales con rasgos netamente humanos, a través de los cuales, se manifiestan claramente las grandes historias que nunca antes habían sido creadas con tanta nitidez y precisión (29).

Belinski, reconocido crítico literario ruso, analiza la obra novelesca de Scott y descubre que la mayoría de los personajes secundarios son, desde el punto de vista humano, más significativos que el héroe principal al que califica de mediocre, y lo registra de la siguiente manera: “Así debe ser en una obra de carácter puramente épico, en que la persona principal solo sirve de núcleo externo para los acontecimientos y en que solo se puede

destacar por rasgos humanos generales que merezcan nuestra simpatía humana, pues el héroe de la epopeya es la vida misma y no el hombre” (Lukács 27). Los protagonistas de las novelas de Scott presentan características típicamente nacionales, expone grandes crisis de la vida histórica en las que se enfrenten poderes sociales hostiles pretendiendo destruirse unos a otros. En sus obras más importantes, los personajes principales son personas históricamente desconocidas, de existencia dudosa o inexistente.

Jablonka, asegura que las novelas de Scott inspiraron otras obras como *L’histoire des ducs de Burgogne* (1824) de M. de Barante, *Historia de la conquista de Inglaterra por los normandos* (1825) de A. Thierry y la *Histoire de la Marine française* (1835) de Eugène Sue. Una década más tarde, Pushkin, además de poemas y otras obras literarias, publicó *La hija del capitán* (1836), novela histórica de amor, para lo cual, el autor recorrió bibliotecas y archivos en busca de información para poder nutrir su relato. Scott difiere de los historiadores porque inventa, sus novelas transforman lo que Jablonka llama la falsa erudición de sus maestros, afirma que las obras de Scott contienen más verdad que la historia misma (56).

Agustín Thierry (cit. en Jablonka), escritor contemporáneo a Scott, asegura que *Ivanhoe* revive la conquista normanda, a diferencia de los historiadores del siglo XVIII que cubren con banalidades abstractas poder, gobierno, sucesiones, etc., reanima el escenario real donde se ubica la historia del héroe medieval, los personajes de ficción, como el viejo jefe Cedric de Rotherwood, su pupila Rowena, la bella judía Rebeca y el mismo personaje central es algo totalmente ausente en la monotonía de la erudición. *Ivanhoe* refleja todo el encanto de la agitada época medieval en la que las cruzadas provocan leyendas heroicas y románticas de la Europa de los siglos X, XI y XII. Thierry, en la sexta de sus *Lettres sur l’histoire de France*, asegura que las novelas del escocés despertaron el interés por la edad media, época

que estaba sumamente desprestigiada, porque era considerada la etapa europea de la barbarie (58).

Para Jablonka, la novela histórica provocó una revolución metodológica en cuatro ejes: los temas elegidos por el escritor a los que llama *los objetos*; los cuestionamientos que el escritor plantea, a eso le llama *los problemas*; *el campo de investigación* que consiste en el marco de inteligibilidad que el autor se propone y por último hacer visibles los argumentos, a esto le puso el nombre de *la demostración* (62). Por su parte, Ignacio Corona identifica cuatro perspectivas analíticas predominantes en la novela histórica contemporánea, esta clasificación surge de los trabajos presentados en un congreso internacional celebrado en 1995 en Cuenca, España, titulado *La novela histórica a finales del siglo XX* (16). La primera se refiere al retorno de lo anecdótico propio de la temática histórica que, sin abandonar el afán experimentalista, constituye un enorme potencial, el cual aprovecha la novela histórica actual al explotar, con prolijidad e imaginación, los temas desarrollados en los textos heterogéneos. La segunda tiene que ver con la irrupción masiva de la nueva novela histórica, que no solo expresa una crisis de representación de la realidad, sino que también coincide con un cambio de paradigma de las humanidades de finales de la década de los setenta del siglo XX que dio como resultado, una ampliación del panorama de la historia al presentar una apertura a la interdisciplinariedad e incursionar en terrenos hasta entonces privativos de los teóricos de la cultura. Desde la tercera perspectiva mencionada por Corona, la novela histórica recupera, en lugar de un pasado real, un pasado narrado; del interés por saber qué pasó, se ha desplazado hacia el quién y el cómo lo contó y hacia el quién y el cómo lo lee y lo interpreta. Y como cuarta perspectiva, este autor considera la imposibilidad epistemológica

y ontológica de resolver la dualidad entre realidad histórica y ficción. La novela se convierte en una nueva manera de escribir la historia que convive con la historiografía tradicional (20).

De igual modo, Betsy Castillo-Ríos afirma que existe un grupo de científicos que piensan que la historiografía no es dueña absoluta de las narraciones del pasado, esgrime incluso el argumento de que la ciencia histórica está excesivamente condicionada por las reglas convencionales que hasta ahora ha impuesto este género y desde luego, por aquellas que se desprenden del punto de vista del investigador (47).

Por su parte, Grützmacher (cit. en Morales y Bañuelos) afirma que la novela histórica puede darse el lujo, bajo licencia de autoridad literaria, de variar lo ya sucedido, tiene el permiso de alterar el pasado. Pero la tarea de producir en este género no es sencilla debido a que el escritor, cuando aborda este tipo de narrativa, tiene, en primer lugar, que poseer un muy buen conocimiento de la historia y además, contar con una documentación muy exhaustiva de la época elegida. Será necesario realizar un estudio intenso de la vida cotidiana del momento que quiere narrar, para no caer en incoherencias.

Posteriormente a la obra de Scott vinieron otros escritores que se conocen como los realistas, estos autores escribieron una serie de obras que hoy día son parte del patrimonio literario de la humanidad. En este grupo destacan grandes nombres: Flaubert, autor de *Salambo* (1862), novela que populariza la civilización cartaginesa; Stendhal escribió *Cartuja de Parma* (1839), para algunos expertos esta novela es un ejemplo del realismo *avant la lettre*, su estilo marcó una enorme diferencia con respecto al romanticismo de su época, aunque esta discrepancia fue notoria años más tarde. Entre los escritores que consideran la fuerte influencia de la obra de Scott está Honoré de Balzac, quién incluso llegó a considerar que *Ivanhoe* era la novela más importante de su tiempo.

Stendhal, además de la obra ya señalada, tiene otra novela histórica: *Rojo y negro* (1830). Los hechos suceden en Francia en el siglo XIX, alrededor de 1820. Trata de un joven esforzado por abandonar la pobreza en la que nació. Otro gran escritor de la novela histórica es el ruso León Tolstoi, autor de un clásico: *La guerra y paz* (1869). En esta novela, Tolstoi cuenta la desastrosa campaña de Napoleón en Rusia (BNE 12). El francés Émile Zola es el autor de dos ciclos de novelas. La primera fue la serie de *Las tres ciudades*, trilogía compuesta por *Lourdes* (1894), *Roma* (1896) y *París* (1898). La segunda fue una tetralogía a la que bautizó como *Los cuatro evangelios*; está formada por *Fecundidad* (1899), *Trabajo* (1901), *Verdad* (1903) y *Justicia*, obra que quedó inconclusa.

Este mismo género literario tiene sus representantes en diversos países, por ejemplo, en España, una de las figuras más sobresaliente es Benito Pérez Galdós con una colección de cuarenta y seis novelas históricas: *Episodios Nacionales* (1872-1912); esta obra es una fuente muy importante para el conocimiento del siglo diecinueve español. Narra de manera cronológica hechos históricos, desde la batalla de Trafalgar hasta la restauración borbónica. Otro famoso autor hispano es el escritor Ramón María del Valle Inclán, tiene dos obras principales, dos trilogías sobre novela histórica: *La Guerra Carlista* (1930) y *El Ruedo Ibérico* (1927), esta última está centrada en el reinado de Isabel II de España³.

En Hispanoamérica, la corriente de la novela histórica se vio fortalecida en el siglo XX por grandes escritores como Alejo Carpentier, autor de *El siglo de las luces* (1962). Otro reconocido escritor de este género literario es Enrique Serna, autor de *El seductor de la patria*

³ En el siglo XX, escritores de habla inglesa y francesa publicaron famosas novelas históricas; por ejemplo, Mika Waltari dio a conocer la novela *Sinuhé el Egipcio* (1945); Mary Renault escribió *El rey debe morir* (1958); Noha Gordon publicó *El último judío* (1999), y *Akenatón el Hereje* (1985) es la obra maestra de Naguib Mahfouz, además, vale la pena mencionar dos obras relativas al imperio romano: *Yo, Claudio* (1934), obra de Robert Graves y *Juliano el Apóstata* (1964), trabajo realizado por Gore Vidal. La novela cuenta el combate del César Juliano al cristianismo, se declaró pagano, trató de volver al platonismo, pero fracasó en su intento de detener la expansión de la religión que combatía.

(2004). El personaje principal y narrador es Antonio López de Santa Anna que describe su vida a la edad de 76 años. Este personaje es ampliamente conocido por mucha gente, aunque no de la manera que él hubiera querido, pues el concepto negativo que tienen de su persona es producto de sus acciones. Y por supuesto, no puede quedar fuera de este listado de grandes escritores de la novela histórica latinoamericana el mexicano Fernando del Paso, autor de la novela sobre la intervención francesa del siglo XIX en la que relata los acontecimientos del frustrado Imperio de Maximiliano: *Noticias del Imperio* (1987). Es preciso señalar que elaborar una novela histórica, además de no ser un trabajo sencillo, requiere de años de estudio y gestación. El decenio que le tomó a Fernando del Paso escribir esta amplia obra, más el tiempo de preparación y documentación, corrobora sin duda esta aseveración. La novela está estructurada a contrapunto, intercala los capítulos pares con contenido fundamentalmente histórico, con los capítulos impares constituidos por el soliloquio de Carlota. Para Seymour Menton (cit. en García Gual, Antología), la obra de Del Paso es una “sinfonía bajtiniana”, un excelente ejemplo de las posibilidades que se abren al género novelesco, contiene una variedad de voces con las que contruye todo un mundo, desde la de Carlota, la enloquecida emperatriz viuda, hasta los comentarios de un insignificante, pero pícaro soldado perteneciente a la clase social más baja, pasando por narraciones epistolares y un narrador impersonal. Es una sinfonía bajtiniana porque combina lo dialógico y lo polifónico, la heteroglosia, lo carnavalesco y la intertextualidad (18).

Siguiendo con la tradición latinoamericana, el guatemalteco Miguel Ángel Asturias narra en *El señor presidente*, una de sus novelas más famosas, la vida bajo la dictadura de Manuel Estrada Cabrera, quien fue presidente de Guatemala entre 1898 y 1920. Debido a su pública oposición al régimen de Estrada, tuvo que exiliarse y pasar gran parte de su vida fuera

de su país. Es autor de otra novela: *Hombres de maíz*. Esta obra es considerada por algunos su obra maestra. La novela es una abierta defensa de la cultura maya, en ella, Asturias plasma su amplio conocimiento de las creencias de este pueblo originario de América y lo sintetiza con sus convicciones políticas para canalizarlas en un claro compromiso con esos indígenas con los que se solidariza. Su obra frecuentemente se identifica con las luchas sociales y morales de los más pobres de Guatemala.

Para Corona, el análisis de este tipo de escritos resulta paradójico, por una parte, hay críticos literarios que no dudan en cuestionar este género, y por otra, estas obras batien récords de ventas, este hecho es prueba de que hay que otorgarle importancia al reconocimiento que el público hace a este tipo de literatura de características particulares (144). Cabe puntualizar que la novela histórica, como género, evolucionó a lo largo del siglo XIX. Fernando Unzueta destaca que el ensayo de George Lukács, *La novela histórica*, contiene inexactitudes, porque obvió los rasgos más románticos de las novelas de Walter Scott, para dar coherencia realista y social a la lectura. De acuerdo con esta interpretación de Unzueta, se puede establecer una continuidad narrativa entre los géneros históricos y los que no lo son. Así mismo, Unzueta, está en desacuerdo con Lukács, porque considera que el único modelo de la verdadera novela histórica es el de Scott, cuando actualmente existen otras alternativas para estudiar este tipo de literatura. Este autor asegura que no es posible definir un modelo novelesco válido para todas las épocas (37).

Es el comportamiento del lector el que funciona como indicador para evaluar el impacto de un género y hace tomar consciencia de su existencia. En este orden de ideas, la

teoría de la recepción de Hans-Robert Jauss⁴ tiene mucho sentido en el estudio de la novela histórica porque, como lo remarca Jean Molino, el género es creado por el reconocimiento social.

Los hechos importantes de la humanidad han sido plasmados en obras literarias desde la antigüedad. Verdad y ficción se combinan en distintos tipos de narrativa desde los griegos hasta nuestros días. La aparición de distintos géneros y sus evoluciones, son evidencia de la necesidad de las civilizaciones de trascender, de dejar, como parte de su legado, un testimonio de los acontecimientos vividos e imaginados por la gente de su tiempo. El lenguaje tiene sus efectos y en ese sentido, la novela histórica va más allá de los hechos y personajes narrados.

Las características discursivas de la novela mexicana del siglo XIX, son producto de una tradición literaria propia que se valida y refuncionaliza en el periodo de la independencia. Aunque los textos “romances” y del tipo novelesco estaban prohibidas en la época de la colonia, llegaron a la Nueva España libros de caballerías, novelas picarescas, e incluso *El Quijote*. Esto permitió que la narrativa, durante la colonia, tuviera un desarrollo paulatino de tipo cronístico o histórico, lo que se puede constatar en *Los infortunios de Alonso Ramírez* (1690), de Carlos de Sigüenza y Góngora y *La portentosa vida de la muerte* (1792), de Fray Joaquín Bolaños (Bobadilla 83)

Los escritores entraron en contacto desde finales del siglo XVIII con la novela moderna debido a las traducciones de obras francesas e inglesas; así, la etapa fundante de la literatura mexicana la constituye la narrativa decimonónica que abrevó en la tradición poética

⁴ El análisis que Jauss proporciona a la teoría de la recepción, se basa primordialmente en el concepto de Gadamer de la ‘fusión de horizontes’, en donde se explica que una fusión se lleva a cabo entre experiencias pasadas que son expresadas en el texto, y el interés de sus lectores. De esta manera, se discute la relación entre la recepción original de un texto literario, y cómo se percibe en diferentes etapas históricas hasta el presente.

de la Colonia⁵. El desarrollo de esta corriente en México, más que justificar un origen local, buscaba explicar las rupturas históricas del proyecto político liberal, o señalar cómo surgió la Historia liberal en las guerras de independencia de 1810-1821; un ejemplo es el de Juan Díaz Covarrubias con su obra *Gil Gómez, el insurgente, o la hija del médico*, también está en esta línea Juan Antonio Mateos con *Los insurgentes* y *El sol de mayo* e Irineo Paz con sus *Leyendas de la independencia*.

La novela histórica mexicana, acompañada de la poética del testimonio, se identifican con tres modelos narrativos decimonónicos: la novela histórica nacional, que reconoce la ambigüedad hispano-americana; la independentista, caracterizada por el maniqueísmo criollo; y la Intervención francesa, reconocida como la épica de la segunda independencia. Los intelectuales mexicanos del siglo XIX comparten los principios de la historiografía romántica que postulaba la Historia como producto de individuos, los cuales, expresaban los sentimientos y valores de la sociedad en la que estaban inmersos. La narración histórica sobre el Segundo Imperio obedeció a un importante modelo de la tradición literaria nacional y llegó a definir estrategias discursivas adecuadas por una intención ético-estética, esta tentativa condicionaba la construcción de los elementos del relato que busca fijar el origen nacional en la historia liberal; pretendía crear artísticamente un origen remoto que en realidad, distaba solamente unos cuantos meses o años cuando mucho. Muchas novelas se escribían a menos de un año de los sucesos históricos. Ese es el éxito de novelas como *Calvario y tabor* (1868), de Vicente Riva Palacio; *Clemencia* (1868), *El Zarco* (1872) y *La navidad en las montañas* (1889) de Ignacio Manuel Altamirano; *El sol de mayo* y *El cerro de las campanas*, ambas

⁵ En la primera etapa de esta época, destacaron José Joaquín Fernández de Lizardi, Ignacio Rodríguez Galván, José María Lacunza y Justo Sierra O'Reilly, quienes continuaron con la tradición literaria colonial que homologaba las novelas también llamadas "romances", con la Historia vista como un relato de gestas de las que era importante guardar memoria, y que estaban articuladas de manera temporal y lineal.

escritas en 1868 de Juan Antonio Mateos; *Los bandidos de Río Frío* (1889) de Manuel Payno y *Perucho, nieto de Periquillo* (1896) de autor anónimo, entre otros.

El modelo de novela del segundo imperio es de tipo contestatario, impuesto desde la tradición narrativa mexicana con un afán de explicar y justificar ante los adversarios conservadores, la caída del imperio de Maximiliano de Habsburgo y posteriormente, por contener a los opositores al Porfiriato (Werner 21). Este modelo exalta las virtudes de los héroes liberables y procura denostar al conservadurismo. Por otra parte, la ciudad de Puebla, por su situación geográfica, era un punto clave que tenía que caer en manos del invasor antes de que este pretendiera tomar la capital de la República. En tres ocasiones la Angelópolis fue el teatro de operaciones bélicas entre 1862 y 1867, sin embargo, la novela decimonónica no resalta la participación de la mujer poblana en estas luchas. La intención del presente trabajo es hacer visible distintas formas de participación del sexo femenino. Su reacción ante la amenaza a su patrimonio y seguridad se tradujo, entre otras acciones, en su contribución a la conformación de la opinión pública mediante la lectura y la escritura en todos los estratos socioeconómicos de la sociedad poblana.

La novela *Destinada al infortunio*⁶ narra la vida de Lucrecia Pérez Salazar de Malpica y Salmerón. Había estado casada con don Juan Manuel Malpica y Salmerón, político poblano muy allegado a don Antonio de Haro y Tamariz. Lucrecia y Juan Manuel se casaron en la catedral poblana en 1842, consagró el matrimonio el obispo de Puebla don Francisco Pablo Vázquez y Sánchez Vizcaíno. Juan Manuel y Lucrecia militaban como miembros de la orden

⁶ En la actualidad abundan las novelas históricas sobre el mundo antiguo que tienen como protagonista a la mujer. Muchas han sido escritas por mujeres y cuentan con un amplio público femenino. Hay un impulso compensatorio para dar la palabra a las mujeres que han sido tradicionalmente olvidadas o silenciadas.

de malta de segunda clase, por lo que rechazaban toda idea contraria a la fe católica, aborrecían a Benito Juárez y no aceptaban las Leyes de Reforma.

La familia Pérez Salazar y Malpica y Salmerón colaboró con el ejército invasor norteamericano en 1847, en esos días dio albergue a dos parientes que llegaron a Puebla huyendo de las tropas yanquis que habían devastado Monterrey. Una de ellas, Antonieta, prima de Lucrecia, se involucró con Juan Manuel y Lucrecia la echó de su casa. Antonieta se hizo amiga del alto mando norteamericano y puso una casa de citas; en esa casa ella y sus muchachas obtenían y traficaban con información, tanto del invasor estadounidense, como de los comandantes mexicanos.

Juan Manuel viajó a Veracruz acompañando al ministro Saligny a principios de 1862, contrajo el vómito negro y murió a consecuencia de ello dejando viuda a Lucrecia y huérfanos a sus hijos. El 5 de mayo de 1862, Lorencez, al mando del ejército galo, fue derrotado. Las redes de espionaje femenino jugaron un papel importante en el logro de esa victoria militar, pues la información que hicieron circular, tanto verdadera como falsa, provocó que los franceses tomaran decisiones equivocadas. María Luisa estaba enamorada de un oficial del ejército de oriente, pero Lucrecia, su madre, no lo quería por ser hijo de indígena, pensaba que un buen partido para la joven muchacha era un oficial francés o algún miembro de la familia Haro y Tamariz.

Lucrecia tenía una criada, una chinaca de nombre Macaria, era una de las mujeres informantes del guerrillero Nicolás Romero. Lucrecia era espía doble, aparentaba ante su familia haber dejado las relaciones sociales con las familias simpatizantes del bando conservador, simulaba un interés por la causa liberal; así obtenía información de su hija María Luisa y al mismo tiempo informaba de los planes de las fuerzas invasoras. Lucrecia se hizo

amante del General Forey al que en la cama le confesó los planes para romper el sitio de Puebla. Con esa información, Forey preparó el golpe en San Lorenzo Almecatla del 8 de mayo de 1863.

La ciudad de Puebla cayó el 17 de mayo y el sitio terminó. Los colaboradores con la resistencia fueron hechos prisioneros. Lucrecia también fue arrestada y acusada de espionaje y sabotaje; el alto mando francés la declaró culpable, sin embargo, reconocieron sus servicios a la causa invasora. Lucrecia no pudo superar la vergüenza de ser llamada traidora por ambos bandos y se suicidó la noche de San Fernando el 30 de mayo de 1863.

Esta novela, tal como lo señala García Gual en *La antigüedad novelada y la ficción histórica* (20), recrea de manera fiel las atmósferas de los tiempos en los que se ubica la narración y al mismo tiempo, mezcla datos históricos con los inventados por el autor que, de acuerdo con Claudie Bernard (cit. en Dauler 56), plantea con verosimilitud problemas estéticos e ideológicos de un tiempo determinado, porque como lo afirma George Lukács en *La novela histórica* (195), condensa algunas de las problemáticas más generales, complejas y vitales de la Puebla de mediados del siglo XIX en una novela descrita con el lenguaje literario.

El *objeto* de esta novela, de acuerdo con la taxonomía de Jablonka, consiste en el papel de las mujeres durante las guerras de intervención extranjeras, los *problemas* los constituyen las razones que tuvieron los protagonistas y personajes para intervenir en la narrativa de la manera en la que lo hicieron, como Lucrecia, siempre sometida a decisiones ajenas, hasta que actuó conforme a los dictados de su corazón, los que finalmente la llevaron a optar por dejar de existir por propia mano; el marco histórico que abarca la guerra con Estados Unidos, y los primeros años de la Segunda Intervención Francesa, funcionan como

el *campo de investigación* en el cual, el pasado narrado toma el lugar del pasado real para que, como lo señala Corona desde su tercera perspectiva de la novela histórica, el saber qué pasó se desplaza hacia el qué y cómo se cuenta constituyendo así lo que Jablonka llama la demostración (62).

La ciudad de Puebla fue fundada por españoles y desde un principio, la aristocracia se estableció en el centro de la ciudad, mientras que las clases populares lo hicieron en la periferia. Debido a los privilegios de los que gozaban el clero y la clase gobernante la sociedad se polarizó. De acuerdo con Adelina Zendejas (12) autora de *La mujer en la intervención francesa*, con el paso de los siglos se fue acentuando y a pesar de la independencia de México la distinción entre las clases sociales permaneció prácticamente inalterada. Esta polarización social se hizo notar durante las guerras de intervención extranjera y de manera muy relevante durante el sitio de Puebla de 1863. Las clases pudientes apoyaron a los invasores mientras que las populares se identificaban con la causa republicana. Sin embargo en este trabajo no se pretende subrayar los puntos de vista de un bando u otro, se trata de resaltar los acontecimientos de la época desde la mirada de las mujeres en una sociedad en la que prevalecía la polarización socio-política, porque la historiografía no muestra con claridad la participación femenina en esos turbulentos días.

Escribir sobre la sociedad mexicana del siglo XIX y entender la problemática por la que atravesaba implica conocer sus costumbres y sus maneras de pensar. Para crear los principales personajes de esta novela fue necesario revisar la documentación que describe a los hombres, pero principalmente a las mujeres que forman parte de nuestra historia y que sirvieron para inspirar el perfil bajo el que aparecen en esta obra. El texto de Zendejas describe la manera en la que las mujeres mantuvieron un empeño constante por conquistar la

libertad y el bienestar de sus hijos, rasgo común tanto para la indígena como para la mestiza y la criolla. Menciona los estudios realizados por Eulalia Guzmán, Ignacio Romero Vargas y Manuel M. Moreno quienes coinciden en señalar que la independencia de México no fue una simple rebelión contra la colonización, fue además un movimiento revolucionario ideológico con pretensiones de profundas reformas en la estructura social. Esta obra procura explicar cuál era la mentalidad de la mujer mexicana en la etapa comprendida entre 1810 y 1867, hace una detallada descripción de hilanderas, vendedoras, amas de casa, cocineras, obreras, trabajadoras sexuales, tabacaleras y tejedoras. Altagracia Mercado es una de esas mujeres que la historia recoge y cuyos nombres sirvieron de inspiración para esta novela, la amante del personaje Luis Manuel Fonseca adopta ese alias como un homenaje a su memoria. Por otra parte, la insurgente Marcela “madre de los desvelados” aportó la idea de representar a la mujer-correo, y Manuela “la Cohetera” Niño, propietaria de una casa de citas junto con María Bernarda Espinosa y María Francisca apodada “La Fina” fueron fundamentales para crear el personaje Antonieta Garza Rodríguez. En honor a esta última insurgente se conservó el apodo en la ficción.

Para mediados del siglo XIX una parte importante del sector femenino era partidaria del pensamiento liberal, se discutía de política en el seno de los hogares y en las escuelas oficiales se procuraba una enseñanza sustentada en los ideales de la independencia. En la defensa de los hijos y del hogar, la mujer mexicana militaba en los grandes movimientos sociales. El personaje central de la novela Lucrecia Pérez Salazar nace de esta idea, una mujer que lo que más le preocupa es la seguridad de sus hijos y de su hogar. Influyó mucho para la conformación de su perfil María Ignacia Rodríguez de Velasco de Osorio Barba y Bello Pereyra, popularmente conocida como la Güera Rodríguez, una aristócrata criolla que brindó

su apoyo a la causa independentista. La novela *La conspiradora* de Guillermo Barba describe a esta dama que fue ampliamente reconocida en la clase alta de la sociedad debido a su belleza y fortuna. Se le atribuye una relación amorosa con Agustín de Iturbide, también se sospecha que tuvo vínculos pasionales con Simón Bolívar y con Alexander Von Humboldt. En destinada al infortunio el perfil de Lucrecia se complementa inspirado en Josefina Fernández de Ubiarco viuda de Jecker, dama que además de bella era inteligente, instruida, culta, audaz y astuta. Es un ejemplo de lo que un ser humano es capaz de hacer cuando se hacen a un lado los valores morales detrás del escudo de las creencias religiosas. La Viuda de Jecker fue educada en Tours, Francia y regresó a México a la edad de 14 años. Poco tiempo después se casó con Pierre Jecker. Después esta familia se convirtió en un emporio financiero. La señora Jecker entabló relaciones con la burguesía financiera francesa y se introdujo en los círculos de la nobleza de esa nación. Afecta a la lectura, pronto estuvo al tanto de las argucias políticas de la corte, así obtuvo datos de los políticos que le podían redituvar beneficios. Su belleza y habilidad le permitieron acercarse a la emperatriz Eugenia con quien entabló amistad que supo explotar. Estas características de la señora Jecker sirvieron para redondear el perfil de Lucrecia, aristócrata poblana cuyo padre era un empresario importante en el mundo financiero poblano, mujer bella, hábil para introducirse en los círculos políticos y finalmente llega a ser la preferida del mariscal Forey.

En cuanto a los personajes masculinos, Luis Manuel Fonseca es un joven de clase acomodada, aburrido de la monótona vida de su familia desea explorar el bajo mundo de los prostíbulos para lo cual se apoya en uno de sus criados, Viernes, quien conoce muy bien ese ambiente. Las ideas que llevaron a caracterizar a estos dos personajes se inspiraron en la novela de José Pablo Almendaro *Luciano Arroyozarco*, en esta obra literaria se utiliza el

lenguaje que era común en la segunda mitad del siglo XIX, la descripción que este autor hace de los hechos de la intervención francesa, de los lugares y costumbres de la Puebla decimonónica proporcionaron muchos elementos que se reflejan en los diálogos de los dos personajes antes señalados, también se refleja en la descripción del comportamiento de las chinas, de las actividades que eran cotidianas en el centro de la ciudad, de las costumbres y en las palabras utilizadas por las distintas clases sociales desde los léperos con exclamaciones como mandusté, mesmo o digasté hasta lo más granado de la aristocracia angelopolitana.

Los demás personajes como Juan Manuel Malpica, don Julián Pérez Salazar, doña Rocío Rodríguez, Macaria, Micaela y Cleo fueron creados para dar cauce a la trama que inicia el 17 mayo de 1863 cuando la ciudad de Puebla se rinde al invasor francés. La novela se planteó desde la presentación del anteproyecto que se pensó desarrollar durante la Maestría en Literatura Aplicada, el borrador del capítulo solicitado como requisito de ingreso aborda el drama que significó la destrucción del armamento y la capitulación del Ejército de Oriente. El personaje principal Lucrecia Pérez Salazar es arrestada por un pelotón de zuavos.

La invención de personajes tanto femeninos como masculinos se inspiró en novelas escritas en el siglo XIX sobre la Segunda intervención francesa. En *La hija de Oaxaca* su autor A. L. Nolf consideró que las mujeres del pueblo y la ciudad provincial son el factor común capaz de disparar el interés de un público diverso. Dirige su obra tanto a mexicanos conservadores y liberales, franceses, machistas y feministas. En esta novela Julia Marchessa es una señorita originaria de la ciudad de Oaxaca, novia de Manuel, militar republicano que fue hecho prisionero en el sitio de Puebla de 1863 y llevado cautivo a París. Doña Petra es una mujer de setenta años, madrina de la madre de Julia que se opone de manera férrea a los

franceses, no pierde ocasión para llamarles invasores y esclavos de su emperador. El personaje María Luisa Malpica Pérez Salazar está inspirado en esta joven oaxaqueña.

En cuanto a los hechos históricos de guerra, las fuentes principales fueron el *Diario de las operaciones militares del Sitio de Puebla de 1863* de Francisco P. Troncoso (1909) y *Expédition du Mexique 1861 -1867 Récit Politique et Militaire* de Gustave Noix (1874). De ellas se tomó la información de los combates durante el sitio de Puebla principalmente la toma del fuerte de San Javier y el fallido asalto a Santa Inés. De *La voluntad heroica. El sitio de Puebla: 16 de marzo al 17 de mayo de 1863 a 50 años* de Pedro Ángel Palou Pérez (2013) se tomó la historia de doña Recia, la mujer tepeaquense que junto con su marido luchó con las armas y murió en el Fuerte de Guadalupe. Por otra parte, el Boletín Oficial del Gobierno del Estado de Puebla aportó valiosa información sobre los acontecimientos dentro y fuera de la ciudad de Puebla entre abril de 1862 y mayo de 1863. De este boletín se rescataron historias como la del zuavo y el mexicano que se hicieron amigos en el hospital de sangre de San José y los datos de las aportaciones monetarias que realizaron algunos miembros destacados de la sociedad poblana.

Para el primer coloquio en septiembre de 2020 se presentó el índice tentativo que constaba de 12 capítulos. Con el avance de los semestres académicos se fueron definiendo los personajes y hechos ficticios asociados a los acontecimientos históricos que se describen en la novela, finalmente la parte creativa se ajustó a 8 capítulos. Por el tipo de proyecto de titulación desarrollado durante los dos años que duró la maestría, fueron fundamentales los aprendizajes de asignaturas como Técnicas Narrativas, los conocimientos sobre la escritura de cuentos y de novela permitieron establecer las bases estructurales; de la asignatura Teoría y Práctica del Ensayo fueron fundamentales los ejercicios de escritura y articulación de ideas.

Por otra parte, Literatura e Historia y Taller de Crónica y Testimonio fueron asignaturas clave para mejorar las habilidades narrativas. Por supuesto que las demás asignaturas también aportaron valiosos conocimientos que conforman el perfil profesional de egreso.

Con la intención de practicar la escritura de sucesos históricos, se redactaron y publicaron 19 crónicas de guerra con una periodicidad mensual, todas dan cuenta de batallas de las fuerzas invasoras tanto norteamericanas como francesas contra los defensores de la nación mexicana, estas crónicas fueron publicadas en la revista digital *Mundo Nuestro*.

BIBLIOGRAFÍA

Acevedo, Esther, et al. *Diario del sitio de Puebla de Carlos Casarín: Relatos e imágenes en torno a los sucesos de 1863*. [Documento electrónico digitalizado por el Instituto Nacional de Antropología e Historia en 2005]. Web 23 de julio de 2019.

Aguilar Ochoa, Arturo. *El Sitio de Puebla*. 150 Aniversario. Instituto Nacional de Estudios Históricos de las Revoluciones de México. Secretaría de Educación Pública y Benemérita Universidad Autónoma de Puebla, 2015.

Alcaraz, Ramón, et al. *Apuntes para la Historia de la Guerra entre México y Los Estados Unidos*. México: Conaculta, 2005.

Almendaro, José Pablo. *Luciano Arroyozarco*. Memorias de una ilustre familia durante el Segundo Imperio. México: Benemérita Universidad Autónoma de Puebla, 2013. Print.
Álvarez Frías, Jesús. *San Antonio, Texas*. La ciudad hispana que cumple 300 años. 2018. Web. 6 de Feb. 2021.

Barba, Guillermo. *La conspiradora*. México: Editorial Planeta, 2019. Print.

Barchino, Matías. “La novela biográfica como reconstrucción histórica y construcción mítica: el caso Eva Duarte”. *La pasión según Eva*. Web 1 de Nov. 2021.

Bazant, Jan. “La Iglesia, el Estado y la Sublevación Conservadora de Puebla en 1856”. *Historia Mexicana*. Vol. 35 N° 1 pp. 93-109. El Colegio de México, 1985. Print.

BNE. *Novela histórica: guía de recursos bibliográficos*-BNE, 2010. Web 4 de Nov. 2021.

- Biblioteca de Omega. *Memorias del General Porfirio Díaz*. Universidad Autónoma de Nuevo León. Web 7 de enero de 2022.
- Bonilla Encinas, Francisco. *La poética de la novela histórica mexicana del siglo XIX: la historia y la cultura como testimonio mítico*. Tesis doctoral. El Colegio de México. Centro de Estudios Lingüísticos y Literarios, 2002. Print.
- Bonilla, José Manuel. *Heroica Tetela de Ocampo*. 800 años de historia. México: Editorial Zacatecos, 2020. Print.
- Castillo-Ríos, Betsy Fabiola. *Literatura y realidad: las lecturas de la novela histórica*. México: Universidad Nacional Autónoma de México, 2018. Web 2 de Nov. 2021.
- Carmona Dávila, Doralicia. “Los invasores norteamericanos fracasan en su intento de tomar San Juan Bautista (hoy Villahermosa) Tabasco”. *Memoria Política de México*. Web julio de 2021.
- Corona, Ignacio. “El festín de la historia: abordajes críticos recientes a la novela histórica”. *Literatura Mexicana*. 2001. pp. 87-113. Web 3 de Nov. 2021.
- De Bustamante, Carlos María. *El nuevo Bernal Díaz del Castillo, o sea, historia de la invasión de los angloamericanos en México*. México: CONACULTA, 2005. Print.
- De la Cruz, Rafael. *Primera Batalla de Tabasco*. 2015. Web julio de 2021.
- Del Paso, Fernando. *Noticias del Imperio*. México. Editorial Diana, 1987. Print.
- ECURED. *Celedonio Domeco de Jarauta*. Web julio de 2021
- Flores López, Mario Óscar y Amador Martínez, Ángel. *General de Brigada de Infantería de Marina Juan Bautista Traconis Rodríguez (1809-1870)*. Web julio de 2021
- Fontaine, David. *La Poétique, introduction à la théorie générale des formes littéraires*. Paris: Armand Colin, 2005. Print.
- García Gual, Carlos. *La antigüedad novelada y la ficción histórica*. Madrid: FCE, 2013. Print.

- García Gual, Carlos. *Apología de la novela histórica y otros ensayos*. Barcelona: Ediciones Península, 2002. Print.
- González Laporte, Verónica. *Leonardo Márquez, El “Tigre de Tacubaya”*. México: Editorial Las Ánimas, 2016. Print.
- Goytisolo, Luis. *Naturaleza de la novela*. Barcelona: Anagrama, 2013. Digital.
- Guardino, Peter. *La Marcha Fúnebre*. Una historia de la guerra entre México y Estados Unidos. México: Libros Granos de Sal, 2018. Print.
- Hernández, Fortunato. *Un Pueblo, Un Siglo, Un Hombre. (1810-1910)* Ensayo Histórico. México: Escalante, 1909. Print.
- Jablonka, Iván. *La historia es una literatura contemporánea*. Manifiesto por las ciencias sociales. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica, 2014. Print.
- Jauss, Hans Robert. *Pour une esthétique de la réception*. Paris: Gallimard, 1978. Print.
- Kovall, Martín Ignacio. “Segunda Ilustración. La reseña de Friedrich Blanckenburg”. *Pandaemonium*, São Paulo, v. 24, n. 43, mai.-ago. 96-110, 2021. Web 3 de Nov. 2021.
- Leicht, Hugo. *Las calles de Puebla*. Décima Impresión. Secretaría de Cultura. Gobierno del Estado de Puebla, 2010. Print.
- Lefere, Robin. *La novela histórica: (re)definición, caracterización, tipología*. Madrid: Visor, 2013. Print.
- Lukács, Georg. *La forma clásica de la novela histórica*. Moscú: Literaturni Kritik: 1936. Web 14 de Nov. 2021
- Lukács, Georg. *La novela Histórica*. México: Ediciones Era: 1936. Print.
- Macintyre, Ben. *La Historia Secreta del Día D*. La verdad Sobre los Superespías que Engañaron a Hitler. Barcelona: Crítica, 2013. Print.
- Malcolm, Noel. *Agentes del Imperio*. Caballeros, corsarios, jesuitas y espías en el Mediterráneo del siglo XVI. Barcelona: Galaxia Gutenberg, 2015. Print.

- Marín Ibarra, Mariana. *La atracción de lo prohibido. Mujeres: virtuosas o infractoras en La intervención Francesa en México en el sesquicentenario de la batalla del cinco de mayo*. México: Benemérita Universidad Autónoma de Puebla, 2018. Print.
- Mateos, Juan. *El sol de mayo*. México: Maucci Hermanos, 1868. Print.
- Mestre Ghigliazza, Manuel. *Invasión norteamericana en Tabasco 1846-1847*. Documentos. UNAM, 1948. Web octubre de 2019.
- Meyer, Jean. *Yo, el francés. Crónicas de la Intervención Francesa en México (1862 – 1867)*. Maxi Tusquets, 2000. Print.
- Molino, Jean. “Qu’est-ce que le roman historique?”. *Revue d’Histoire Littéraire de la France*. 75e, 2-3. (1975): 195-234. Web 2 de Nov. 2021.
- Morales Jasso, Gerardo y Bañuelos Aquino, Víctor Manuel. “Debates en torno al concepto de novela histórica”. *Propuestas desde el diálogo entre la historiografía y la crítica literaria*. Relaciones Estudios de Historia y Sociedad. 152. 267-302, 2017. Web 12 de Nov. 2021.
- Morales, Luz Marina. *Redes y negocios en Puebla. Fortuna y mentalidad nobiliaria*. Historia Caribe, vol. IV, núm. 11, pp. 73-85 Puebla: Universidad del Atlántico Barranquilla, 2006. Print.
- Moretti, Franco. “Lukács’s theory of novel”. *New Left Review*. Web 5 de Nov. 2021.
- Noix, Gustave. *Expédition du Mexique 1861 -1867 Récit Politique et Militaire*. Paris: Librairie Militaire de J. Dumaine. Libraire-Éditeur, 1874. Print.
- Núñez-Villavicencio, Herminio. “Narración histórica y narración literaria, una cuestión posmoderna”. *Ciencia ergo-sum, Revista Científica Multidisciplinaria de Prospectiva*. 81-92, 2007. Web 5 de Nov. 2021.

- Palou Pérez, Pedro A. *El Fuerte de San Xavier. El hecho más grande del Sitio de Puebla (1863)*. Puebla: Gobierno del Estado de Puebla. Consejo Estatal para la Cultura y las Artes de Puebla, 2013. Print.
- Palou Pérez, Pedro A. *La voluntad heroica. El sitio de Puebla: 16 de marzo al 17 de mayo de 1863 a 50 años*. Puebla: Consejo Estatal para la Cultura y las Artes de Puebla. Consejo de la Crónica del Estado de Puebla, 2013. Print.
- Pani, Érika. *Una serie de admirables acontecimientos*. México y el mundo en la época de la reforma 1848-1867. México: Editorial EyC y BUAP, 2013. Print.
- Pérez-Reverte, Arturo. *Hombres Buenos*. Madrid: Le libros, 2015. Print.
- Roa Bárcena, José María. *Recuerdos de la invasión norteamericana (1846-1848) por un joven de entonces*. Tomo II. CONACULTA, 2003. Print.
- Robert, Marthe. *Roman des origines et origines du roman*. Paris: Gallimard, 1972. Print.
- Santiago Aparicio, Eliud. *David contra Goliath*. “La masacre de Huamantla en 1847”. Revista Bicentenario Num 36, 2017. Web 15 de noviembre de 2021.
- Simonin, Michel. *Aristote, Poétique*. Paris: Librairie Générale Française, (coll. Le Livre de poche Classiques), 2012. Web 1 de Nov. 2021.
- Taibo, Francisco Ignacio. *Los libres no reconocen rivales*. Una historia narrativa de la batalla del 5 de mayo de 1862. México: Editorial Planeta, 2018. Print.
- Taibo, Francisco Ignacio. *La gloria y el ensueño que forjó una patria II*. La intervención francesa. México: Editorial Planeta, 2017. Print.
- Tello Díaz, Carlos. *Porfirio Díaz. Su vida y su Tiempo*. La Guerra 1830 – 1867. Ed. Debate, 2015. Print.
- The Hispanic Council. San Antonio Texas. Web abril de 2021.
- Torrea, Juan Manuel. *Gloria y Desastre*. El Sitio de Puebla de 1863. S/F. Web 19 de diciembre de 2020.

- Troncoso, Francisco. *Diario de las operaciones militares del Sitio de Puebla de 1863*. México: Secretaría de Guerra y Marina, 1909. Print.
- Unzueta, Fernando. *La imaginación histórica y el romance nacional en Hispanoamérica*, Lima-Berkeley. Latinoamericana Editores, 1996. Print.
- Valdés, José. *Breve Historia de la Guerra con los Estados Unidos*. Fondo de Cultura Económica, 2019. Print.
- Villalobos, Andrés. *El tratado Mon-Almonte*. México: Archivo Histórico Diplomático Mexicano, S/F. Web 3 de Febrero de 2022.
- Warner, Ralph. *Historia de la novela mexicana en el siglo XIX*. Antigua Librería Robredo, 1953. Print.
- Zendejas, Adelina. *La mujer en la intervención francesa*. Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística, 1962. Print.

Destinada al infortunio

Capítulo 1

La rendición

Macaria entró corriendo en la habitación de María Luisa, ni siquiera se detuvo para tocar la puerta, lo hizo cuando se topó con la cama y comenzó a sacudirla para despertarla. Eran las cinco de la mañana del 17 de mayo de 1863.

— ¡Señorita, señorita Marilú, despierte, despierte por favor que ahora sí ya nos cayó el chahuistle!

María Luisa se enderezó luego de tres o cuatro sacudidas, soñolienta y con los ojos entrecerrados preguntó:

— ¿Qué pasa Maca? ¿Qué sucede? ¿Por qué el escándalo?

— ¡Acaban de rendirse! —respondió Macaria con lágrimas en los ojos—. ¡Estamos perdidas! ¡Párese rápido!

María Luisa se vistió tan rápido como le fue posible, solamente se recogió el pelo con una diadema de carey, se calzó unas sandalias cubiertas de seda china, se tapó con un fichú que le había heredado su abuela y siguió a Macaria.

La muchacha chinaca se había despertado al escuchar la fuerte detonación que se produjo en el Fuerte de Loreto, como a las cuatro y media de la mañana. Macaria abrió los ojos y escuchó más detonaciones como si se tratara de cohetes y fuegos artificiales quemados en honor de algún santo patrono de pueblo. Todavía estaba tratando de identificar la procedencia de las explosiones cuando llamaron a la puerta de su reducido cuarto.

— Macaria, soy yo, Micaela, tu hermana.

Macaria abrió la puerta, rápidamente entró Micaela seguida de Julio, un soldado del sexto batallón de Guanajuato que comandaba el teniente coronel José Montesinos, militar veracruzano con mucho arrojo, egresado del Colegio Militar, reconocido por su buen juicio desde los tiempos en que era cadete; a ese destacamento estaba adscrito el capitán Felipe Terreros Cuauhtle.

Con un saludo militar y chocando los tacones de sus botas, el soldado Julio Alcántara entregó a Macaria un sobre al momento que con firme y fuerte voz decía:

— ¡Que la señorita María Luisa se ponga a salvo, la plaza ha caído! —Julio tomó una posición más descansada y terminó de dar su mensaje—. Dice el capitán Terreros que le diga a la señorita María Luisa que no lo busque, que no lo espere, que huya de ser posible y que se deshaga de toda evidencia que la pueda comprometer.

Macaria y María Luisa salieron a la calle y el cuadro que observaban no podía ser más desolador, veían soldados y oficiales rompiendo sus armas, algunos las aventaban para escapar de la ciudad con mayor facilidad. En las calles repletas de escombros había decenas de soldados quitándose el uniforme, por las ventanas y balcones de las construcciones que aún estaban habitadas se asomaban sus pobladores azorados y, de acuerdo con las órdenes recibidas por la comandancia general, en los edificios públicos, fuertes y templos ondeaban banderas blancas.

Macaria y María Luisa caminaron hacia la calle Siempreviva con rumbo a la Catedral, los franceses que dominaban bastantes manzanas del centro de la ciudad salían a la calle y con precaución, iban ocupando las casas y edificios que habían estado en manos de la resistencia. Algunos soldados franceses seguían a estas mujeres a ochenta o cien pasos de distancia.

En la plazuela de San Agustín estaba el oficial Castañeda tratando de romper obuses de 15 centímetros, llegó en su auxilio el teniente coronel Troncoso, solamente lograron reventar dos, pues los franceses ya habían ocupado ese templo, los jefes mexicanos se retiraron de inmediato. En su huida, se les unió el subteniente Luis Zamora, quién en el costado de la misma iglesia ya había inutilizado sus cañones. Cuando los militares llegaron a la bocacalle de Peñas, se percataron de que el teniente coronel Luis Terán, acompañado de dos o tres oficiales y algunos elementos de tropa, estaban rompiendo fusiles.

— ¡Ya dejen eso! —les gritó Troncoso—. ¡Los franceses se nos vienen encima, están aquí a una calle!

En el momento en que Macaria y María Luisa llegaban a esa bocacalle, se escuchó un disparo a muy corta distancia.

— ¡Madre mía, nos matan! —gritó María Luisa.

Observaron que, a la orilla de una banqueta, un hombre se desplomaba sangrando del pecho. Cuando cayó al suelo ya estaba muerto. Se trataba del capitán Moro del Moral, uno de los oficiales del teniente coronel Terán. Estaba queriendo destruir un fusil, apoyó la boca del mismo en su pecho y golpeó el arma contra el piso, el fusil estaba cargado y se disparó.

Las mujeres llegaron a la Plaza Mayor justo cuando se estaban formando grupos frente al atrio de Catedral, otros se juntaban por el Obispado. El personal de artillería se reunía con el general Paz, había centenares entre jefes y oficiales. María Luisa buscaba al capitán Terreros entre los militares de esa arma que ahí se estaban congregando.

— ¿Ha visto al capitán Terreros? — preguntaba María Luisa con insistencia—. Es bajito, moreno, de bigote corto. Se unió al sexto de Guanajuato aquí en Puebla. Él es de artillería.

El Sexto Batallón de Guanajuato había estado bajo las órdenes del general Francisco Lamadrid, formaba parte del 22° Batallón del Ejército de Oriente encargado de defender el fortín del Señor de los Trabajos. Al haber soldados y oficiales de diversos lugares de la República mexicana, la búsqueda del capitán Terreros se hacía más difícil aún.

De pronto, un oficial que había escuchado las preguntas que María Luisa hacía con la angustia reflejada en el rostro, la detuvo sujetándola del brazo con cierta fuerza.

—Disculpe señorita. ¿Busca usted al capitán Felipe Terreros? —y mirando los hermosos ojos negros que hacían resaltar más la belleza de la muchacha, continuó:

— ¡No vendrá por aquí! Soy el capitán Pedro Yépez, a vuestros pies señorita —Yépez hizo una pequeña caravana y volvió los ojos a la muchacha—. Fuimos compañeros en el Fortín del Señor de los Trabajos, desgraciadamente Felipe ha caído prisionero de los zuavos.

El capitán Pedro Yépez miró a María Luisa con ojos de súplica.

—Por favor señorita, os suplico que no haga preguntas y póngase a salvo junto con su señora madre.

En ese momento María Luisa se acordó de su mamá, había dejado a doña Lucrecia sola en casa, ni siquiera le avisó cuando salió a la calle con Macaria en busca del capitán Felipe Terreros.

Macaria tomó de la mano a María Luisa, la jaló con fuerza para sacarla de ese enjambre de militares.

— ¡Vamos Marilú, corra usted, la señora está en peligro!

Las mujeres corrían a contraflujo de los militares que se desplazaban hacia la Plaza Mayor, las calles les parecían kilométricas y los minutos, horas. Llegaron a su domicilio con las primeras luces del amanecer. María Luisa abrió el zaguán que rara vez se cerraba con

llave, cruzaron el patio corriendo, y al llegar a la puerta de entrada a la casa sacó una llave de entre sus ropas. Abrió la puerta y al entrar se quedó muda por la sorpresa al ver que dos zuavos sujetaban a su madre y la conducían hacia el exterior. Balbuceando alcanzó a decir:

—¡No es cierto, esto no me puede suceder a mí! Debo estar soñando.

Capítulo 2

El enjambre de la aristocracia

Aquel día de otoño de 1840, amaneció frío y húmedo debido a la lluvia que había caído toda la noche, las calles de la ciudad estaban encharcadas. Era domingo. La primera misa del día terminó faltando cinco minutos para las ocho y los feligreses fueron abandonando el templo de La Concordia caminando lentamente.

Lucrecia, apoyada en el brazo de su padre, sonreía discretamente a los conocidos que, como el agua que escurre de un manantial, se desplazaban hacia afuera haciendo un ruido apenas perceptible al caminar. Al salir, Lucrecia abrió su paraguas negro y al tiempo que se metía debajo, también protegía a su padre, la lluvia no había cesado. Se recogió las enaguas para que no se mojaran, los pies los protegía con unos botines negros asegurados con largas agujetas, eran de tacones que, aunque pequeños, hacían resaltar más su esbelta figura.

—Ven Lucre, quiero presentarte a un amigo —dijo don Julián dirigiendo su caminar hacia la familia que sorteando algunos charcos se acercaba a ellos. Don Gaspar, tomando la punta de los dedos de Lucrecia, hizo una pequeña caravana.

—Encantado.

Juan Manuel imitó la caravana de su padre, pero no quitó la mirada de los ojos de la muchacha.

—A sus pies, señorita.

La familia Malpica llevaba una estrecha relación comercial con don Julián, quien ofrecía servicios de asesoría legal para la creciente actividad económica poblana dependiente de la importación y exportación de diversos productos a través del despacho Pérez Salazar y Asociados.

Durante el desayuno, mientras partía una hojaldra para acompañar el chocolate caliente y espumeante que Cleo, la mujer serrana que atendía a la familia Pérez Salazar, había preparado con esmero, don Julián aprovechó el momento para exhibir sus intenciones.

—Al salir de misa nos hemos topado con los Malpica —inició la plática el jefe de familia sentado a la cabecera de la mesa del elegante comedor de caoba con finas incrustaciones de marfil—. Juan Manuel, el hijo mayor, iba con ellos.

—Es un buen mozo, y está casadero —contestó doña Rocío.

Lucrecia levantó la vista mirando a su madre con cierto reproche mientras daba un sorbo a su chocolate. Luego volteó a su derecha para dirigir la mirada a su padre.

—Pues a mí no me agrada —respondió la joven—. Es muy arrogante, su actitud pareciome muy fingida.

El rostro de Lucrecia enrojeció.

—Necesitas tratarlo un poco —insistió don Julián—. Conócelo, pasea con él, estoy seguro de que tu percepción cambiará. Hay vínculos económicos muy fuertes entre nuestras familias, una relación sentimental entre vosotros sería muy beneficiosa para todos.

Esa tarde, Lucrecia salió a dar un paseo con Camila, su amiga y compañera desde la infancia a la que sus padres le tenían mucho aprecio y confianza. En el camino, compraron helados y mientas se acercaban a la Plaza Mayor, los iban comiendo. Mario Montaña esperaba en una esquina cerca de Catedral. Camila dejó a Lucrecia con el joven y se internó en la iglesia. El encuentro entre los enamorados se repetía cada domingo, siempre bajo la complicidad de Camila.

Ante la insistencia de don Julián por formalizar un compromiso entre Juan Manuel y Lucrecia, la muchacha confesó su romance.

— ¿Mario Montaña? —Exclamó don Julián—. ¡Pero si no tienen ni dónde caerse muerto! ¡Me han dicho que es un verdadero calavera!

El padre de Lucrecia estaba furioso, consideraba un agravio lo que su hija revelaba. De ninguna manera podía aceptar lo que consideraba un retroceso social, y sobre todo económico. La familia Montaña se dedicaba al comercio en pequeño, contaban con un establecimiento modesto en la calle Herreros y aunque no tenían deudas considerables, tampoco representaba un negocio tan floreciente como para despertar el interés por una vinculación familiar con los Pérez Salazar.

— ¡Olvídate de ese Mario! ¡Te vas a casar con Juan Manuel Malpica! —enfaticó don Julián alzando la voz—. Don Gaspar y yo hemos platicado el asunto y ambos estamos de acuerdo en casar a nuestros hijos. Es lo mejor para las dos familias. ¡Así será y punto redondo!

Don Julián era un férreo defensor de las lógicas sociales que prevalecían en Puebla en el siglo XIX de manera tanto individual como colectiva y que determinaban, a su vez, las relaciones económicas y familiares presentes en la dinámica del mundo del poder local. La hidalguía y los negocios que se habían desarrollado en la Angelópolis, eran parte importante de la herencia producto de la emergencia del nuevo país. Las transacciones de las élites poblanas habían prosperado y lo seguían haciendo mediante la adquisición de tierras, producción de granos, lácteos, ganado vacuno, lanar, porcino, trabajando sus derivados, hilados y tejidos, comercio de importación de productos suntuarios, maquinaria y herramientas de trabajo y exportación de productos de la tierra. Un reducido número de familias mantenía el control financiero mediante un estricto monopolio, tal era el caso de los comerciantes exportadores, gremio al que pertenecía la familia de Lucrecia. Además, tanto

la familia de Juan Manuel como la de Lucrecia tenían integrantes que militaban como miembros de la orden de malta de segunda clase, por lo que rechazaban todo lo que pudiera ser considerado contrario a la fe católica o a los mandatos de la Santa Iglesia de Roma, aborrecían a Benito Juárez y rechazaban tajantemente las leyes de Reforma.

Las redes familiares de intercambio monetario que se formaron en la ciudad de Puebla y que seguían creciendo, tuvieron su origen, en la mayoría de los casos, en el centro del poder virreinal, pocas eran de reciente creación, estas últimas se originaban en pleno siglo XIX debido a la continua llegada de inmigrantes que buscaban fortuna. Las aristocráticas familias poblanas buscaban hacer dinero gracias a su cercanía a la potestad, y como estrategia para acelerar el proceso de enriquecimiento, elegían el matrimonio por conveniencia. Esto les permitía, además, diversificar sus actividades como un segundo paso para incrementar la acumulación de capital. De esta manera, se creaban enormes enclaves elitistas con negocios a lo largo de toda la cadena económica que iba desde la producción hasta la comercialización.

Al demostrar riqueza y poderío la élite poblana pretendía alcanzar el reconocimiento como familias notables, percibían en ello un parecido a la nobleza española. Para ellas este reconocimiento era muy importante porque además de ser un recurso para la concentración de señorío político y económico, era al mismo tiempo un satisfactor personal.

Don Julián pretendía emparentar con la familia Malpica mediante el matrimonio de su hija Lucrecia con Juan Manuel Malpica y Ovando, hijo y heredero de don Gaspar. La familia Malpica era descendiente directa de don Francisco de Malpica Salazar y Barradas, marqués de Malpica. La sangre de don Francisco les llegaba del siglo XIX a través de un nieto llamado Francisco de Malpica y Sierra, quién en 1654 presentó una probanza de limpieza de sangre ante el Santo Oficio de México y obtuvo el título. En el escudo de armas

familiar estaban representados los apellidos Malpica por un campo de oro y cuatro fajas azul, Salazar por un fondo gules y trece estrellas de oro y Barradas por campo de plata, castillo de sinople y un guante de plata en la entrada.

Había otra rama de los Malpica, descendían también del marqués don Francisco de Malpica a través de su nieta Doña Anna Gertrudis Malpica Quiñónez Rodríguez y García Paz, quién se casó con James Furlong Downes, un inmigrante irlandés. Doña Anna Gertrudis tuvo diez hijos. Los hermanos Furlong y Malpica eran tocineros y hacendados productores de granos en Villa de Carrión, ciudad que cambió su nombre al de Atlixco por decreto del presidente Nicolás Bravo el 14 de febrero de 1843. Hicieron fortuna mediante la exportación de harinas, tocinos y jabones; con ese capital compraron cargos en los ayuntamientos de Atlixco y Puebla, uno de ellos compró el título de marqués y se estableció en el municipio de Tochimilco.

Los Furlong Malpica sobresalieron dentro de la oligarquía gobernante de Puebla desde las últimas décadas del siglo XVIII hasta mediados del siglo XIX, también hubo miembros de esta familia que destacaron en el ámbito nacional y en el seno de la iglesia católica y, además, en el pujante negocio del pan eran proveedores del biscocho utilizado para la manutención de los tripulantes de los buques que cruzaban los océanos colindantes con el territorio mexicano. Tres de los Furlong Malpica fueron gobernadores de Puebla: Patricio, Cosme y Baltasar; hubo dos generales del ejército y tres sacerdotes. Patricio se hizo acreedor a la Orden de Guadalupe, presea que recibió de manos del Emperador Agustín de Iturbide. A la caída de este, fue congresista por Puebla y firmó la constitución de 1824. Joaquín, uno de los sacerdotes, llegó a ser prepósito de su orden con fuerte actividad política a favor de la consumación de la independencia. Sebastián, representante de los panaderos

poblanos, fue miembro del cabildo y tuvo otros cargos públicos tanto en la época colonial como en los primeros años del México independiente. Este notable poblano se casó con una hija de los condes de Ágreda y del Peñasco, María Josefa Anzorena y Foncerrada. Los Furlong Malpica acostumbraban a mostrar su hidalguía tanto en las festividades militares como de gobierno y por supuesto también en las religiosas, en todas ellas hacían ostentación de su posición y bienestar económico, lucían sus fastuosos y elegantes uniformes, montaban elegantes caballos ricamente adornados, desfilaban cubiertos con mantos de paño rojo bordados en oro con cuatro puntas de las que colgaban borlas también de oro.

Los primeros Malpica que obtuvieron cargos públicos en el cabildo poblano lo hicieron aprovechando la ley de Venta de Oficios de 1591. La corona estaba urgida de recursos económicos. Así, esta familia y otras que aprovecharon la oferta vieron aumentado su prestigio que, además, aumentó su nivel de enriquecimiento. Mediante estos mecanismos se fue conformando la élite gobernante poblana. Los cargos los heredaban o se vendían a quienes ofrecían el mejor provecho económico. Dentro de ese selecto grupo de ciudadanos, también había representantes de la iglesia católica y de las milicias, las familias distinguidas entregaban a estas dos organizaciones algunos de sus hijos, de esta manera, gozaban de canonjías tanto de los obispados como de los altos mandos castrenses. Además, con las alianzas matrimoniales, se incrementaba el reconocimiento social, mismo que se heredaba, lo cual aseguraba la conservación de los beneficios otorgados por las instituciones civiles, militares y eclesiásticas mediante la participación en cargos importantes en el seno de estas tres organizaciones, de tal manera que prosapia y autoridades estaban constituidas por las mismas personas.

Por su parte, don Julián también pertenecía a una familia con tradición que le venía desde los primeros días de la ciudad de Puebla, fundada en el siglo XVI. El apellido Pérez de Salazar se consolidó con don Martín Pérez de Salazar alias El Partidor. Inició con Andrés Carmona, conocido como Andrés Pérez, quien llegó a México en 1550 y se dedicó al comercio trasatlántico; exportaba grana cochinilla e importaba diversas mercaderías dependiendo del destino de sus exportaciones. Su prestigio y poder económico creció considerablemente cuando se casó con Isabel de Salazar. Gracias a ese matrimonio la familia pudo crear importantes redes mediante casamientos de conveniencia, lo que le permitió afianzar su poder. En 1615 Francisco Pérez de Salazar Carvajal continuaba con el negocio familiar de la comercialización de grana cochinilla. Había heredado el mayorazgo creado por sus padres, y había incrementado la red familiar al haberse casado con la hija del regidor Francisco Méndez y María Monte, quien a su vez, era hija del alcalde don Juan de Fornicedo y nieta del conquistador Gonzalo Díaz de Vargas. Esta familia había ejercido una muy fuerte influencia en el cabildo poblano, sobre todo durante los primeros 50 años de su existencia. En 1624 otro prominente miembro de esta familia, Jerónimo Pérez de Salazar Méndez Monte, compró el cargo de alférez real por tan solo 8 mil pesos.

Puebla de los Ángeles, a 7 de noviembre de 1841

Señora Doña Rocío Rodríguez y Ledesma de Pérez Salazar

Querida Doña Rocío:

*Sus deseos, tal como me lo manifestó en nuestra reciente
plática, han sido cumplidos. Ximena ya se encuentra en Querétaro con los*

familiares de su tío Joaquín. La mandamos con el pretexto de que allá dará á luz, le han conseguido una ocupación de dependiente en la botica que abrieron recientemente, con ese trabajo podrá solventar sus gastos. Ya tiene un chiribitil. Ella no volverá á Puebla, la vergüenza por la que nos ha hecho pasar no se la vamos á perdonar. Sospechamos quién es el padre de su criatura, pero como lo acordamos, hemos hecho correr el rumor de que el responsable de su embarazo es Mario Montaña, ese rumor no tardará en llegar á oídos de su hija Lucrecia.

Con la confianza de que la deuda económica contraída con su familia será cancelada, quedo de ud.

Atentamente

Guadalupe López de Gómez

—No puedo creer que me haya traicionado de esa manera. Yo lo amaba con toda mi alma, por él me hubiera fugado de casa, estaba dispuesta a todo, y ¡mira con qué me sale!

—Lucrecia lloraba a mares, Camila la consolaba y le ofrecía su pañuelo para secar las lágrimas—. Tenía razón mi padre, es un calavera.

—La noticia me dejó sin palabras. ¿Cómo puede ser posible tanto cinismo? Es un desgraciado—respondió la amiga—. Me buscó para que te trajera un mensaje, por supuesto que no lo recibí. Lo que te hizo, es como si me lo hubiera hecho a mí. Ahora que responda como hombre y que se haga cargo del chilpayate.

La conspiración de doña Rocío y su cómplice Guadalupe funcionó de maravilla, Mario y Lucrecia eran la comidilla de la sociedad poblana que condenaba lo que consideraba

un abuso del joven en contra de su empleada, y criticaba a Lucrecia por haber mantenido un romance con un don nadie.

—No me sorprende la conducta de ese tipo —comentó don Julián mientras Cleo le servía café al terminar la comida—. Te advertí, Lucrecia, que era un pobre diablo. Y con esto lo demuestra, además de ser un miserable.

—Pero ¿cómo se te ocurrió fijarte en alguien que no es de tu clase? —machacó doña Rocío—. Ahí andabas, exhibiéndote por el centro de la ciudad del brazo de ese infeliz. ¡Qué vergüenza!

Doña Rocío aparentaba sorpresa y enojo, argumentaba que Mario solamente le iba a acibarar la existencia.

—Solo espero que ahora que te cases con Juan Manuel, a todo mundo se le olvide este triste episodio —remató doña Rocío mientras se estiraba para tomar un macarrón de la cesta de dulces que esa mañana le había llevado sor Teresa, la ahijada que mantenía en el convento de las capuchinas.

—Pues Juan Manuel no es una blanca paloma —repuso Lucrecia—. Conozco muy bien sus andanzas desde que estudiaba en el Colegio Carolino. Son famosas las parrandas que se corría y los escándalos que armaba, varias veces lo acusaron sus propios compañeros por el exceso en sus libaciones. Nacho Comonfort y Chema Lafragua no lo soportaban, el muy engreído se burlaba de la condición social de ambos. Por eso lo detesto.

—Esos dos son unos muertos de hambre, igual que el novio que te traicionó. Lafragua anda haciéndole al periodista escribiendo locuras en el *Libertador* y en el *Leónidas*, es un revoltoso, y Nacho Comonfort, ya ves, se fue de soldado para comer gratis; no conseguía trabajo.

El comentario clasista de su madre y la forma despectiva de tratar a dos brillantes estudiantes molestaron más a Lucrecia, sobre todo porque pretendía justificar la conducta reprochable de Juan Manuel.

— ¿Y qué me dices de sus aventuras en Europa? —contestó la joven—. Gracias a Toño Haro y a su hermano Atanasio logró que los jesuitas lo aceptaran en el Colegio de Nobles de Roma. No estudiaba, pasábase el tiempo como príncipe, nada más que sin corona. Y tuvo que regresar a México porque por poco lo matan; dicen que estafó a la hija del conde de Boigne y que este le puso precio a su cabeza. Ni los Haro y Tamariz con todo y sus influencias pudieron defenderlo.

—¡Lo que haya pasado en Europa, quedose allá! —repuso don Julián—. Los hermanos Haro y Tamariz viajaron a Roma gracias a su hermano Joaquín, cuando fue nuestro gobernador impulsó mucho a todos los que querían estudiar en Europa, no nada más a sus familiares. Él no hubiera permitido que se manchara su nombre por un mal amigo de sus hermanos. La gente cuenta mentiras por envidiosa. Y si algo pasó por allá, es asunto olvidado. Juan Manuel será tu marido y punto.

—Los Haro y Tamariz son familia muy decente y munificente, escogen muy meticulosamente con quien se casan. Si Toño supiera algo indebido de Juan Manuel, te aseguro que no se hubiera casado con Lolita Ovando. Ella y Juan Manuel son primos hermanos. Toño no arriesgaría su carrera política ni su prestigio pudiéndose escoger otros partidos —puntualizó doña Rocío.

La madre de Lucrecia conocía muy bien la historia de la aristocracia poblana y particularmente la de la familia Haro y Tamariz. A pesar de la diferencia de edades llevaba

una estrecha amistad con la esposa de Antonio, doña María Dolores Ovando Cervantes. De niña, Lolita había convivido mucho con Juan Manuel, el futuro marido de Lucrecia.

Cuando Antonio regresó de Roma, hizo una gran carrera política de más de 30 años. A lo largo de ella fue cercano a Valentín Canalizo, quién siendo presidente interino de la República lo nombró ministro de economía; ese mismo cargo también lo ocupó con Antonio López de Santa Anna en una de sus muchas etapas de presidente. Entre sus amigos se contaban Lucas Alamán y José María Tornel de quien fue asesor cuando ocupó el cargo de ministro de guerra y marina.

La boda entre Lucrecia y Juan Manuel se llevó a cabo en abril de 1841. Recibieron el santo sacramento de manos del obispo de la diócesis de Puebla, don Francisco Pablo Vázquez y Sánchez Vizcaíno, querido por la feligresía y la aristocracia poblana porque, además de ser el pastor católico de la ciudad, era un excelente político y diplomático. Fue el enviado extraordinario y ministro plenipotenciario que tuvo la encomienda de tramitar el reconocimiento de la independencia de México ante la Santa Sede antes de que el nuevo país latinoamericano fuera reconocido por los gobiernos europeos.

Rocío Rodríguez de Ledezma de Pérez Salazar, madre de Lucrecia, se jactaba de contar entre sus amistades con la señora Calderón de la Barca quién, en una de sus visitas a Puebla, se había hospedado en la casa de los Haro y Tamariz Ovando y Cervantes. Frances Erskine Inglis, nacida en Edimburgo, era conocida como la marquesa Calderón de la Barca, y aunque era de religión protestante, fue muy bien acogida por la sociedad poblana. Era la segunda esposa de Ángel Calderón de la Barca, ministro plenipotenciario de España en México una vez alcanzada y reconocida la independencia. Acompañando a su marido, la marquesa Calderón de la Barca llegó a tierras de Anáhuac en diciembre de 1839. Conoció el

país y escribió sus impresiones en cartas que mandaba a su familia radicada en Boston. A partir de una selección de 54 de ellas escribió el libro *La vida en México durante una residencia de dos años en ese país*, la primera edición se publicó en Boston en 1843. Doña Rocío había recibido como obsequio un ejemplar autografiado por la propia marquesa; Lucrecia se sentía muy orgullosa de la amistad de su madre con tan distinguida señora y gustaba de leer a sus amistades algunos pasajes plasmados en esa obra en las tertulias a *sotto voce* que organizaba en su casa no siempre con el beneplácito de su marido. A Juan Manuel le molestaba que Lucrecia siguiera su vida social y, sobre todo, pensaba que los Pérez Salazar, aunque presumieran de destacadas amistades como la marquesa Calderón de la Barca, nunca serían mejores que los Malpica, además, insistía en que Lucrecia debería dedicarse a él y a su hogar y olvidarse de la convivencia con sus antiguas amistades, sobre todo, con Camila, pues la consideraba una mujer sin principios y una influencia nociva para su esposa, por eso le prohibió su amistad.

Capítulo 3

América para los americanos

Hacía ya varios años que México había perdido Texas. La separación de este territorio había terminado al declarar su independencia el 2 de marzo de 1836. Joel Poinsett y Duff Green lograron que el presidente Tyler convenciera al congreso de aprobar la incorporación de este nuevo estado independiente a su patria, por lo tanto, cualquier fricción entre Texas y México se convertía automáticamente en un conflicto internacional del que la ambiciosa nación norteamericana sacaría provecho.

Cuando las noticias de que en enero de 1846 por órdenes de Washington, el general Zachary Taylor había construido un fuerte en la ribera izquierda del Río Bravo al que llamaron Fort Texas llegaron a Monterrey, los conflictos políticos internos impidieron que a este acto de provocación tan alarmante se le diera la importancia que merecía. Algunas familias de las mejor posicionadas económicamente, entre las que se contaba la familia Garza, confiaban en que el invasor norteamericano respetaría sus bienes. Las propiedades que este clan ocupaba las tenían en uso, además, sabían que el interés yanqui estaba en las tierras ociosas. Estela Rodríguez de Ledezma había procreado una hija con Gastón Garza Treviño, a esta niña le pusieron por nombre Antonieta porque había nacido en San Antonio. Gastón había establecido en esa ciudad una agencia para realizar negocios con los colonos establecidos en Texas, pero a raíz de las revueltas e inconformidades de los residentes de ese estado que terminó en guerra, la sociedad texana se había vuelto muy violenta. Gastón fue asesinado al oponer resistencia a un asalto a su negocio, y Estela con su hija Antonieta regresó a Monterrey a trabajar las tierras de la familia Garza, que eran abundantes y muy productivas.

Fue hasta mayo de 1846 cuando las noticias de la Batalla de Palo Alto comenzaron a causar alarma entre la población regiomontana, las fuerzas enviadas por Santa Anna tuvieron que emprender la retirada ante el incontenible avance de las tropas norteamericanas. En poco tiempo, la ciudad de Monterrey fue tomada por el enemigo invasor.

La sala de la familia Pérez Salazar estaba ubicada al lado derecho de la casona marcada con el número 13 de la calle del Dean. Estaba amueblada elegantemente al estilo francés con grandes y gruesas cortinas de terciopelo; un gobelino en el que se representaba la coronación de Carlos IV adornaba la pared principal de la habitación. Don Julián se dirigió a la mesita ubicada en un rincón de la espaciosa habitación, y destapó una licorera de fino cristal checo; se sirvió una copa de coñac Courvoisier y se sentó en el sillón a un lado del sofá en el que aguardaba su esposa doña Rocío. La madre de Lucrecia quería contar con la atención total de su marido para dar lectura de una carta que sostenía en sus manos.

San Luis Potosí a 12 de marzo de 1847

Querida prima Rocío:

Esperando que tú y tu familia se encuentren gozando de salud a pesar de la situación por la que nuestra querida patria atraviesa. Acudo a la misericordia que os caracteriza para que nos deis albergue temporal a mí y a mi hija Antonieta, pues la situación aquí es insostenible.

Las tropas norteamericanas han destruido la ciudad de Monterrey, todo está en ruinas. Las iglesias han sido incendiadas y las casas abandonadas, saqueadas. Las atrocidades que los invasores han cometido rayan en la crueldad más extrema; pensaban que no habría resistencia por parte de los mexicanos en

su camino a la Ciudad de México, pero se equivocaron. Se enfurecieron cuando en combate murió un coronel, creo que se apellidaba Cross. En venganza, tomaron prisionero a un campesino mexicano que defendía su parcela, los rangers lo acusaron de ser espía, lo golpearon y como confesó ser católico, lo clavaron en un enorme crucifijo dentro de una de las iglesias que quemaron; burlándose, le dijeron que si tanto amaba a Cristo, que lo acompañara en su sacrificio. Este acto tan cruel e inhumano provocó la indignación de John Riley; un capitán irlandés que, junto con sus soldados, acabó con esos criminales, pero tuvieron que desertar y ahora pelean del lado mexicano, les dicen los patricios.

Cuando los invasores norteamericanos llegaron a Monterrey, estos extranjeros compañeros de Riley, defendieron con sus cañones la ciudad. Con el irlandés también hay negros, unos que llegaron de África y otros nacidos en los campos algodoneros, algunos son polacos y dicen que también hay alemanes y belgas. Entre los militares mexicanos hay desorganización, a veces hasta parece que algunos comandantes están del lado de los invasores, al menos eso se dice, por ejemplo, de un tal Ampudia.

Hace unos días vivimos las horas más terribles que os podais imaginar. Todas las calles de Monterrey eran campo de batalla, pero como los invasores no respetan a las mujeres ni a los niños, pues los toman como botín de guerra, la gente de la ciudad se unió a la defensa de la ciudad, ayudaba en lo que se podía. Yo me sentía morir, sobre todo porque Toñita anduvo ayudando a Chepita Zozaya, una joven señora que organizó la repartición de municiones y pólvora

por las azoteas de las casas desde las que nuestros valientes defensores trataban de repeler al enemigo.

Logramos salir de Monterrey en una caravana de habitantes y soldados y nos detuvimos en esta ciudad de San Luis Potosí. Los soldados descansaron un poco, el general Santa Anna los reorganizó y salió el 27 de enero a detener al invasor. Pelearon como fieras, pero hambrientos y mal vestidos. Los patricios con sus cañones les causaron bajas importantes. Casi ganamos ahí, en la Angostura, pero inexplicablemente Santa Anna ordenó retirada. Hay rumores de que algunos patricios han planeado asesinarlo, pues creen que más que dirigir las batallas procurando ganarlas y hacer que el enemigo se retire, es un cómplice de Taylor.

El ejército nacional llegó ayer a esta ciudad, Toñita y yo nos unimos a las mujeres del pueblo que iban y venían con agua, tortillas y salsa para que los soldados comieran algo.

En pocos días los soldados de Taylor van a llegar a San Luis, nosotras ya no queremos estar aquí y presenciar balaceras, masacres y violaciones. Necesitamos un lugar, temporal, para esperar que las cosas se calmen, y ya veremos si regresamos a Monterrey o nos establecemos en otro lugar, por eso acudimos a vuestro buen corazón y el de vuestra familia para que nos acepten por un tiempo breve; os prometo que no seremos una carga, ayudaremos con lo que nos indiquen, ya sea en labores de la casa, en la cocina o en el negocio de Julián. Toñita tiene experiencia de trabajo en oficina.

Esperando que vuestra respuesta sea afirmativa y ayudeis a este par de mujeres desesperadas, quede de vos tu prima y S.S.

Estela Rodríguez y Ledezma Vda. De Garza

Doña Rocío dobló la carta y la guardó en su sobre mientras don Julián se rascaba la barbilla y miraba al piso pensando lo que iba a decir. Después de algunos segundos levantó la cara, tomó su copa y dio un pequeño trago y con parsimonia la depositó nuevamente en la mesita.

—Pobres mujeres —dijo al fin don Julián—. ¡Qué difíciles momentos han vivido!, pero no sé si su mejor opción sea venir a Puebla.

—Pero papá, aquí tienes disponible la habitación que yo ocupaba y la de las visitas, esas pobres mujeres son de nuestra familia, si no las apoyamos nosotros, ¿quién?

Lucrecia tomó la mano de su marido, mostraba cierta emoción al contemplar la posibilidad de recibir a su tía y a su prima que era una muchacha más o menos de su edad.

—El negocio va mal —añadió don Julián—. Desde el año pasado los puertos están bloqueados, no hemos podido importar ni exportar nada, conseguir salvoconductos es muy difícil, Santa Anna logró viajar de Cuba a Veracruz porque traía uno que le concedió el presidente Polk, pero de ahí en fuera no llega ni sale ningún barco y, además, serán dos bocas más. —Levantó la cara y miró a su hija—. Me siento abismado —concluyó don Julián.

—No sé —agregó doña Rocío moviendo la cabeza—. Nada más de pensar en la posibilidad de que nos pueda suceder lo mismo, me hace sudar frío.

—Podemos correr la misma suerte si pretendemos detener a los Yanquis. —Juan Manuel mostraba un nerviosismo que no podía disimular y apretaba con su sudorosa mano derecha la mano izquierda de Lucrecia—. El ejército del General Scott ya viene en camino,

y si se nos ocurre oponer resistencia, aunque sea como los veracruzanos aventando muebles y objetos de todo tipo por las ventanas, nos puede ir peor que a los de Monterrey, lo mejor sería darnos de una vez por derrotados y dejarlos pasar, ellos quieren llegar a México, su estancia aquí sería temporal y si los tratamos bien, no habrá nada que temer.

Puebla era fundamental para los invasores porque al estar ubicada entre el puerto de Veracruz y la ciudad de México, tomar la ciudad significaba tener el campo abierto para llegar a la capital de la República.

—No somos rival para ellos —agregó doña Rocío—. Ya ven que se les quiso detener en Cerro Gordo y no se pudo, no tenemos con qué hacerles frente. No vale la pena armar una de Dios es Cristo.

—¿Y entonces, el dinero de la Iglesia para qué sirvió? —preguntó Lucrecia incrédula a la vez que decepcionada—. ¿No que sería para comprar armas y pagar soldados?

Don Julián colocó su copa sobre la mesilla de centro, se limpió los labios con una fina servilleta italiana que tenía bordadas las letras P.S. y R.L. y con la mirada fija en la vitrina que tenía enfrente agregó:

—No ha sido suficiente, hija. Una guerra de este tamaño requiere de mucho dinero y mucho esfuerzo, y si a eso le agregas las discordias entre los políticos y generales, el fracaso está garantizado.

Lucrecia recordaba el decreto del 11 de enero mediante el cual el gobierno había dispuesto de los bienes del clero para hacer frente a la emergencia bélica, con ese decreto había obtenido 15 millones de pesos.

—Así que Chema Carreto tuvo que sacar la cara en el ayuntamiento informando de la ocupación de los bienes de la iglesia para nada —Lucrecia sentía una fuerte decepción por

los resultados tan malos de todos los niveles de gobierno—. ¡Pues entonces que esos bribones le regresen su dinero al señor obispo, y si eso ya no es posible, que ya no le quiten más!

Lucrecia estaba sumamente enfadada, pues en confesión con el señor obispo, este le había externado su pesar por la pérdida de sus bienes.

—¡Y ni siquiera se sabe si ese dinero se convirtió en armas! — Lucrecia alzaba la voz llegando al filo de la desesperación—. ¡Nuestro ejército es una runfla de desharrapados, muchos ni zapatos tienen, otros pelean a machetazos porque no hay balas, de nada sirven los fusiles! —Lucrecia se puso de pie, caminó hacia la ventana y volteó para mirar a su familia—. ¡Pero eso sí, como no les damos ni un centavo, nos anatematizan!

— ¡Bonito ejército nos cargamos! —completó doña Rocío.

El ejército estadounidense causaba pánico entre la población civil por el anticlericalismo del común de sus soldados, la tropa era muy hostil al catolicismo, por esa razón la reacción de la ciudadanía mexicana fue enfatizar la religión como un elemento de cohesión ante la invasión. Muchos mexicanos salieron en defensa del clero.

Cuando en enero de 1847 el regidor del Ayuntamiento poblano, José María Carreto, informó al cabildo acerca de la ocupación de los bienes eclesiásticos, el alcalde José Ygnacio Álvarez alzó la voz calificando tal decisión de atentatoria e inconveniente porque perjudicaba a la Iglesia y a mucha gente que dependía económicamente de la actividad de la cual el clero era su motor principal. El Ayuntamiento acordó protestar ante el gobernador contra el decreto por considerar que esa medida era un golpe muy duro a la dignidad de la Iglesia y sus ministros porque se les reduciría a la mendicidad y a la miseria.

Don Julián se acercó a la mesita en la que se encontraba la licorera con Courvoisier llenando tres cuartos de ella y se sirvió otra copa soportando la mirada inquisidora de doña

Rocío a la que el jefe de familia no hizo el menor caso y regresó a su asiento, dio un trago pequeño, saboreaba el coñac al momento que depositaba su copa sobre la mesa de centro y con actitud reflexiva comentó:

—Gobernar en situación de guerra es muy difícil —explicaba don Julián—. Ya hubo una petición al Gobierno del Estado, el señor Ibarra aceptó exonerar al Ayuntamiento de los 500 pesos que se le solicitaron en diciembre.

—Sí, es verdad —comentó Juan Manuel—. Pero las peticiones de dinero para sostener una guerra de antemano perdida no cesan. Por eso el regidor Tort convocó a un cabildo extraordinario porque considera que no se conforman con empobrecer a la iglesia, también quieren perjudicar al Ayuntamiento, creo que esa protesta se hizo con gran prosopopeya, pero ha sido respetuosa a la vez que enérgica.

—Yo supe que el secretario del excelentísimo señor obispo don Francisco Pablo Vázquez y Sánchez Vizcaíno, don Carlos Mellado, envió una carta de agradecimiento al Ayuntamiento por solidarizarse con la causa de la Iglesia —se sumó doña Rocío a la revelación de rumores y se santiguó a momento de pronunciar el nombre del obispo.

Las autoridades de Puebla publicaron algunas proclamas llamando al patriotismo de los poblanos. El gobernador Domingo Ibarra Ramos recordó que el Ejército estadounidense estaba cerca de la ciudad de Puebla y convocó a luchar por la salvación del Estado, en su proclama, alegaba que se debía luchar para que permaneciera intacta la religión sacrosanta de los ancestros poblanos. El impulso de la defensa de la ciudad era en torno a la religión y la libertad. Para el Ayuntamiento y el clero fueron fundamentales los ritos religiosos, los consideraban actos patrióticos que apelaban a la protección divina, imploraban la mediación de San Miguel y la ayuda celestial y a pesar de su estado enfermo, el obispo Vázquez apeló

a una acción pastoral que buscaba fortalecer el catolicismo como garante de la unidad nacional.

Estela Rodríguez de Ledezma viuda de Garza y su hija Antonieta, llegaron a la ciudad de Puebla el 4 de abril, era el domingo de resurrección que ponía fin a esa Semana Santa. La familia Pérez Salazar y Rodríguez de Ledezma regresaba de los oficios religiosos a cargo del obispo de la diócesis, que ya mostraba una salud bastante deteriorada y un ánimo decaído cuando se encontraron con las recién llegadas.

El entusiasmo que Lucrecia había manifestado por la llegada de sus familiares pronto desapareció. El carácter abierto y franco de las recién llegadas del norte no le agradaba, sobre todo el de Antonieta, que de inmediato puso al descubierto su actitud poco recatada hacia el sexo masculino, particularmente hacia Juan Manuel a quien le llamaba querido cuñadito.

Antonieta era una joven de 22 años, de piel muy blanca, ojos azules y pelo rizado, castaño, que bien cepillado le llegaba a media espalda, su nariz daba la impresión de ser un pellizco por lo pequeña y respingada y, además, armonizaba bellamente con su boca pequeña que procuraba llevar siempre bien pintada.

De manera muy sucinta, las regiomontanas platicaron las vicisitudes que vivieron en el norte cuando las tropas norteamericanas sitiaron y ocuparon Monterrey; sin el menor recato Antonieta platicó cómo había explotado sus atributos femeninos con dos o tres oficiales yanquis de alto rango, justificando que se había sacrificado por la patria.

—Hay dos cosas por las que los hombres son capaces de todo: dinero y sexo.

—Antonieta dirigió una mirada sugerente a Juan Manuel —. ¿Verdad, querido cuñadito?

Lucrecia no pudo disimular su enojo, no podía expresar lo que pensaba por respeto a su madre y a su tía, pero tampoco estaba dispuesta a tolerar tanto cinismo.

—Hay diferencia entre ser tomada como botín de guerra y violada, como sucedió con muchas mujeres y niñas que padecieron los abusos de los rangers y otros criminales de esa estirpe, a ofrecerse a los oficiales como fruto deseable y fácilmente alcanzable. —Lucrecia buscaba la manera exhibirla como una mujer de cascos ligeros —. No veo en dónde estuvo tu sacrificio por la patria.

Antonieta, esbozando una sonrisa cínica y de satisfacción por haber logrado incomodar a su prima, respondió:

—Cuando los hombres satisfacen sus necesidades y sus deseos se cumplen, se vuelven más tiernos, son cariñosos cuando reciben amor, se logra más con eso. Al quedar satisfechos son más susceptibles a corresponder a las peticiones de sus mujeres, la historia lo demuestra, Nefertiti dominaba la voluntad de Akenatón, Nerón hacía la voluntad de Popea, Isabel de Portugal hacía que Carlos V mandara lo que ella deseaba y Hurrem dominaba la voluntad del sultán Solimán el Magnífico. Mi sacrificio consistió en suavizar el corazón de esos oficiales yanquis, soportando la relación íntima con seres tan despreciables y odiados.

Ante la inminente invasión extranjera, el prior del convento de Santo Domingo organizó un novenario a celebrarse el 14 de abril al que invitó al Ayuntamiento como principal participante, lo había hecho para pedir por las necesidades de los políticos locales. El clero mostraba, con la respuesta religiosa, su solidaridad con la causa del gobierno de la ciudad; este gremio, al que se sumaban las voluntarias piadosas que ejercían obras de caridad, era

uno de los más interesados en la defensa de la ciudad junto con las élites locales. Aceptarían la ocupación de la ciudad solo cuando fuera ya un hecho consumado, no ofrecerían resistencia porque era preferible el orden y la tranquilidad a una lucha de antemano perdida, procurarían una defensa pacífica ante la incapacidad para ofrecer una resistencia militar eficaz.

El gobernador había salido de Puebla, por lo que, desde la perspectiva de los regidores locales, el Ayuntamiento era una autoridad de carácter legal y la más allegada al pueblo. En la sesión del día 23 de abril realizaron varios acuerdos para cuando la ciudad cayera en manos del Ejército norteamericano, eran conscientes de que no había elementos con los que se pudiera preparar una defensa efectiva. A esa sesión fueron invitados los más prominentes industriales y comerciantes de la ciudad, don Julián asistió en su calidad de representante del gremio de la importación y exportación. Cinco días después, el Ayuntamiento acordó atribuirse varias facultades, entre ellas, la de crear bandos de policía y buen gobierno y disponer de las rentas públicas, para lo cual, dadas las restricciones que se habrían de imponer en cuanto la ciudad estuviera en manos de las tropas de Scott, se formaron comisiones y don Julián propuso a su yerno Juan Manuel Malpica para encabezar una de ellas, la cual fue aceptada.

El acuerdo salió a la luz pública y este se interpretó como una rendición anticipada a las fuerzas invasoras, hubo protesta, incluso en medios nacionales como el *Monitor Republicano*, este diario daba la noticia de que se había acordado entregar la ciudad al Ejército estadounidense tan pronto como se aproximara, el diario publicaba que sería un recibimiento entreguista equivalente al que Moctezuma hizo a Cortés aquel 8 de noviembre de 1519 cuando Tenochtitlán recibió al conquistador español, ahora sería la ciudad de Puebla la que por temor al invasor, prefería rendirle pleitesía. Se publicaron nombres de los que

formaban comisiones a los que se les etiquetaba de cobardes, ahí aparecía el nombre de Juan Manuel Malpica, lo que significaba un desprestigio familiar.

—¡Pero cómo se te ocurrió aceptar ese cargo! —reclamaba Lucrecia—. ¡Tú que vas a saber de asuntos de policía y orden público! —Y agregó un comentario burlón—. Mejor te la hubieran dado de tinterillo.

—¡No voy a tolerar tus dicterios! —exclamó Juan Manuel—. ¡El Ayuntamiento necesitaba gente de confianza, y tu padre me propuso! —respondió Juan Manuel pasando la culpa a su suegro.

—¡Pues ahora tienes que reivindicar nuestro nombre! —repuso Lucrecia mostrando cierta preocupación—. Seremos la comidilla de la gente bien.

Lucrecia se sentó y tomó su cabeza entre las manos por unos segundos, estaba pensativa. Repentinamente levantó la cara mostrando que una buena idea había llegado a su mente y de manera enfática la dijo en voz alta:

—¡Pídele a Toño Haro que te presente con el general Bravo!—La petición era más una orden—. Ponte a su disposición y que se sepa. Don Nicolás es el comandante de la Plaza, ya ha dicho que no hay armas para enfrentar al enemigo, no correrás ningún peligro, y así ya no aparecerás como un cobarde entreguista, la gente creerá que estás dispuesto a pelear si hay con qué.

A Lucrecia le importaba mucho el “qué dirán”, había crecido en el seno de una familia que siempre había sido un buen referente social y le angustiaba mucho manchar su buen nombre. El Comandante General de Puebla era el general Nicolás Bravo, la prensa le reclamaba haber prohibido introducir víveres en las poblaciones tomadas por el ejército invasor. Para prevenir la posible hambruna en la ciudad, se pidió al obispo que diera la orden

de que, en los conventos de la ciudad, todos los días hubiera peroles de frijoles, habas o alverjones para que los pobres se pudieran alimentar, y se prohibió tronar cohetes o repicar las campanas, pues la Angelópolis no estaba de fiesta.

Lucrecia y su madre doña Rocío, como buenas damas de la caridad, se anotaron de voluntarias para auxiliar a las monjas del convento de Santa Inés en sus obras piadosas. Las necesidades de la gente pobre crecían cada día, pues la vigilancia en las calles era más estricta y se impedía el comercio informal, así como la mendicidad. Obedeciendo las instrucciones del obispo, en los conventos se preparaban alimentos que se distribuían gratuitamente a quienes se formaran y solicitaran un plato de comida.

Aquel día, Lucrecia lucía demacrada, sentía mareos y ganas de vomitar; se sentó en una silla en lo que le llevaban un vaso de agua, lo tomó despacio, respirando profunda y pausadamente.

—Hija, mejor vete a casa —le recomendó doña Rocío pasándole un trapo húmedo por la frente—. Que te acompañe Cleo; yo me quedo aquí ayudando a sor Felicia, y me voy a casa a la hora de comer.

Lucrecia obedeció a su madre. Al llegar a su casa, abrió la puerta y entró comentando con Cleo su malestar; le extrañó oír ruidos en la recámara, pues a esa hora no debería haber nadie en casa, de repente apareció Juan Manuel. Se veía nervioso y tartamudeó al querer explicar por qué estaba en casa. Minutos más tarde apareció Antonieta, sonriente, con el pelo un poco desarreglado, pero tampoco pudo explicar qué hacía en la casa de Lucrecia cuando debería estar en casa de don Julián acompañando a Estela, su madre.

Lucrecia no pudo contener su coraje, abofeteó a Juan Manuel que entre golpe y golpe pretendía dar una explicación; a Antonieta la echó de su casa y le dijo que no quería verla nunca más, tenía que desaparecer de su vida en ese preciso momento.

Capítulo 4

La Fina

El 12 de mayo de 1847 llegó a Puebla la proclama que el general Worth había dirigido a los ciudadanos mexicanos desde Xalapa el día anterior. La guerra era “para asegurar el porvenir de la libertad mexicana y del sistema republicano”, decía el manifiesto. La lucha, aseguraba el general norteamericano, era contra el partido monárquico. Worth comunicaba en su misiva: “nosotros no hemos profanado vuestros templos, ni abusado de vuestras mujeres, ni ocupado vuestra propiedad, como os lo quieren hacer creer ... Nosotros adoramos al mismo Dios, y una gran parte de nuestro ejército, así como de la población de Estados Unidos, somos católicos”.

—¿Qué clase de católico es ese Worth que asesina sin miramientos? —exclamó doña Rocío—. ¿Bombardear casas y asesinar campesinos es cristiano?

—¡Son unos hipócritas! —remarcó Lucrecia—. Vienen matando en nombre de la libertad. Sí, la libertad de los sepulcros.

Al marchar hacia Puebla de camino a México, Worth insistía en que el Ejército de los Estados Unidos respetaría siempre la propiedad particular y, sobre todo, la propiedad de la Iglesia. Sabía que el gobierno mexicano había tomado dinero del clero; ofrecer respeto al culto y a sus propiedades garantizaba la alianza del obispado a su causa invasora. El general Worth decía que el derecho de la propiedad eclesiástica y el respeto al culto católico era una promesa y a la vez, muestra de su buena voluntad.

En la ciudad, las opiniones estaban divididas, unos aseguraban que era un ardid del general norteamericano para generar confianza en la población, pero que no estaría dispuesto a cumplir su promesa. Otros, como Juan Manuel y su suegro, pensaban que el ofrecimiento

de los norteamericanos era sincero y convenía seguir sus consejos por las buenas. Don Julián suponía que incluso podría ser de ayuda para reactivar sus operaciones comerciales; si garantizaban cierta estabilidad y abrían los puertos, su agencia podría recuperarse en pocos meses.

Pero las cosas no eran como don Julián lo esperaba, Santa Anna, investido por enésima vez como presidente de la República, llegó a Amozoc, insistió una vez más en la necesidad de contar con más dinero del clero para financiar la defensa militar de Puebla, pero los canónigos se lo negaron.

—¡No vamos a donar un centavo más! —arengaba monseñor Vázquez frente al Cabildo Catedral—. Esperemos la llegada de los norteamericanos, el general Worth nos ha prometido respeto en lo económico y en lo religioso.

—Worth ha prometido no entrometerse con el culto y nuestros bienes —reforzó la idea su secretario don Carlos Mellado—. No provoquemos su ira cooperando con su enemigo.

—Santa Anna se va a enfurecer —agregó el dean—, dice que va a tomar represalias. Le encanta meter ruido con los acicates. En cuanto llegue Worth, pediremos su protección.

Al ver frustrado su intento de recabar más fondos, Santa Anna se dirigió a la ciudad de México para preparar la defensa de la capital de la República. Se daba ya por un hecho que la ciudad de Puebla no combatiría al Ejército de Estados Unidos y que caería en sus manos sin disparar un solo tiro.

El 12 de mayo el Ejército norteamericano se estableció en Amozoc, el general Worth mandó una carta a Puebla en la que invitaba al Ayuntamiento a negociar la rendición manteniendo de su parte un total respeto por la religión católica y culto público, daba su

palabra de respetar a todas las personas y los bienes de toda la ciudadanía, mientras ellos, los norteamericanos, no fueran hostigados.

—El general Worth garantiza el libre ejercicio de todas nuestras funciones en el Ayuntamiento. —Juan Manuel comentaba con optimismo la noticia que ya circulaba por toda la ciudad—. Promete total respeto a nuestro trabajo en el gobierno.

—Sí, pero que también respete y garantice la libertad para continuar con los oficios religiosos —completó doña Rocío—. Dicen que, como son protestantes, van a decomisar los bienes de la iglesia y que se van a prohibir las procesiones. ¡Nos van a obligar a cambiar de religión!

—¡Cómo crees! —contestó don Julián—. Si lo que quiere Worth es tener a la gente de su lado; sabe que llega a una ciudad cien por ciento católica —comentó en tono bastante pacificador—. Le interesa establecerse aquí lo más tranquilamente posible y así, preparar el asalto a México.

—Mientras no se meta con las propiedades de la iglesia, les aseguro que no habrá protestas —concluyó Lucrecia que, soltando la mano de Juan Manuel, se sirvió una copa de licor de durazno elaborado en Zacatlán.

Su marido le hizo una seña para que le sirviera una copa, pero él quería tomar coñac. Lucrecia se sentó nuevamente junto a Juan Manuel, puso las copas sobre la mesita de centro y tomó nuevamente la mano de su marido, él correspondió la atención de su mujer acariciándole el vientre que ya mostraba un avanzado embarazo de 8 meses. Al parecer, el *affaire* de Antonieta ya se había olvidado.

El 13 de mayo el Ayuntamiento poblano conformó una comisión para encontrar al general Worth, ahí mismo, en Amozoc. Estaba formada por autoridades municipales y

representantes de ciudadanos de Puebla. Juan Manuel iba como responsable del bando de policía y buen gobierno; su encomienda era la paz y la tranquilidad tanto para los ciudadanos como para los invasores. Don Julián iba representando a los empresarios poblanos.

El obispo Francisco Pablo Vázquez y el deán Ángel Alonso y Pantiga decidieron celebrar “un novenario de rogaciones” para que, por la mediación de María Santísima de Guadalupe, se alcanzara la paz y la reconciliación. El clero secular y regular deberían exponer el Santísimo para su pública adoración; las damas voluntarias, entre las que se encontraban doña Rocío, su prima Estela y Lucrecia, promovieron entre sus amistades los oficios religiosos y participaron activamente en los rezos.

El Cabildo Catedral estaba formado por Ángel Alonso y Pantiga, recientemente elegido como deán; José María Luciano Becerra era el chantre y a José María Oller el tesorero. Estos tres integrantes del cabildo eran los miembros de mayor antigüedad. El cabildo tenía otros 11 miembros. Dos canónigos llamados de gracia; José Pedro de Echávarri y José Cayetano Gallo, habían ingresado en 1831, y había dos más: José Antonio de Haro y Tamariz y José María Gil, estos últimos se habían integrado al cabildo el 21 de marzo de 1839. Era la primera vez que se aceptaban nuevos miembros desde 1831.

El clérigo José Antonio Haro y Tamariz era hermano del gran amigo de Juan Manuel, que curiosamente también se llamaba Antonio. José Antonio era 12 años mayor que Antonio y había abrazado la vida clerical desde muy joven, por esa razón casi no había convivido con su tocayo y hermano menor, pero sí conocía a sus amistades, y por su cargo, a las familias con las que se habían unido cada uno de sus hermanos y hermanas, por lo que los Pérez Salazar gozaban de su amistad y en cierto modo, de un trato preferencial. Años más tarde, Asunción, hija de Antonio, contraería nupcias con Francisco Pérez Salazar.

—Es imprescindible mostrar un cabildo eclesiástico en todo su lustre ante los enemigos del clero —afirmaba don Julián en reunión con el Cabildo Catedral.

—Nuestras acciones deben ir acompañadas de las que realice el Ayuntamiento —respondió José Antonio Haro—. Si no mostramos unidad ante el invasor, podrían aprovechar nuestras diferencias para instaurar creencias religiosas que nos son ajenas.

Ambos sectores tomaron un lugar protagónico, tanto el Ayuntamiento como el Cabildo Catedral. Ángel Alonso y Pantiga decidió, además, celebrar un triduo a San Miguel, “para poner remedio a la guerra”. El Ayuntamiento aceptó de buen grado participar en los actos piadosos, pero pronto se desató una polémica; la discusión era respecto a la devoción que se debía preferir en los actos religiosos. Algunos capitulares optaban por la Virgen de Guadalupe y otros por Nuestra Señora de la Defensa, un culto de añeja tradición local. Una parte del cabildo pretendía mantener concentrada la atención de sus fieles en la imagen símbolo de los mexicanos; la decisión tenía una dimensión política.

El día 14, el obispo pidió al Ayuntamiento que se abrieran las iglesias y se celebraran los oficios normalmente. El objetivo de monseñor Vázquez era que en nada se alterara ni se perturbara el orden ni las costumbres del pueblo cristiano. Juan Manuel sugirió que tratándose de actos que pretendían apuntalar la unidad nacional, lo mejor era optar por la Guadalupana; esta idea la veía con simpatía el licenciado Antonio Haro y Tamariz, favorecía sus acciones políticas en defensa de la patria.

La tropa extranjera entró a Puebla el 15 de mayo, y muy pronto el conflicto entre el Ayuntamiento y el Cabildo Catedral creció y alcanzó dimensiones alarmantes, ambas partes buscaban la preferencia de los norteamericanos. Para agradar al invasor extranjero, la sociedad poblana organizó un comité de recepción en el que participaban de manera muy

activa Antonieta y su madre Estela que, aunque ya no vivían con los Pérez Salazar y guardaban una prudente y respetuosa distancia, por las circunstancias que prevalecían en la ciudad, coincidían en varios actos políticos y sociales.

El general Worth visitó al obispo Vázquez, quien a su vez correspondió realizando visitas a los cuarteles norteamericanos. El Ayuntamiento llamó la atención al Cabildo Eclesiástico sobre tales actos, pero el conflicto central estuvo concentrado en el toque de campanas, pues más que llamadas a los servicios religiosos, parecían repiques de júbilo por la presencia yanqui. Aprovechando la relación de amistad entre Juan Manuel Malpica y el clérigo Haro y Tamariz, pidió al Cabildo Catedral que se suspendiera toda clase de repiques, y aún más, que se cerraran todas las iglesias permitiéndose el ingreso a los fieles solo por las sacristías, pues era evidente que para una parte de la ciudadanía, la entrada del Ejército estadounidense a Puebla la había cubierto de luto y amargura, pero cuando el general Worth en un acto público celebrado en el atrio de catedral ofreció garantías, se levantó la prohibición y entonces la apertura de templos era una medida para abatir la consternación, el sobresalto y la aflicción en los ciudadanos.

El día que Santa Anna volvió por enésima vez a la Presidencia de la República sustituyendo a quién previamente lo había sucedido: Pedro María Anaya, la tensión política en la ciudad de Puebla alcanzó su punto más álgido. El Ayuntamiento propuso su propia disolución, pues sentía que su autoridad había sido vilipendiada, porque insistía en que los repiques de campanas eran una muestra de alegría y simpatía por el invasor. Las monjas de Santa Clara habían pedido permiso para repicar a vuelo, echar cohetes y hacer una procesión con el Santo Entierro, Juan Manuel y don Julián intercedieron por ellas. A pesar de que la

petición les fue negada, las monjas desobedecieron. También hubo repiques y procesiones en las iglesias de La Merced y La Luz.

Esa misma tarde, el general Worth asistió a los oficios religiosos en la Catedral, ocupó el lugar que se le había reservado en las bancas principales, Antonieta entró del brazo del mayor estadounidense Michel Perry y ocupó el asiento a su lado ante las miradas, unas de intriga, otras de envidia, de las damas de la más alta sociedad poblana. La noticia de los participantes en este acto religioso rápidamente se extendió por la ciudad. Juan Manuel no pudo ocultar su enojo, descalificaba la sumisión de quienes se sometían a los deseos del general norteamericano, pero lo que realmente lo sacaba de sus casillas era que Antonieta se exhibiera en público con ese mayor. Don Julián intuyó la verdadera razón del disgusto de su yerno, pero el marido de Lucrecia y padre de María Luisa negó la relación a pesar de que seguía viéndose en secreto con Antonieta. La prima de Lucrecia pensaba que Juan Manuel era poseedor de una respetable fortuna, ya que siempre hablaba de grandes cantidades de dinero, hasta que la interesada muchacha descubrió que la fortuna de la que su amante secreto tanto presumía era, una parte de Antonio Haro y Tamariz y otra de don Julián. Antonieta, ante la imposibilidad de recibir un importante beneficio económico, decidió dejar de verse con Juan Manuel y prefirió acercarse a los mandos norteamericanos, estos podían proporcionarle mayores beneficios.

Desde la época en la que Antonio Haro y Tamariz ocupó la secretaría de Hacienda, Juan Manuel Malpica se hizo cargo de algunos de sus negocios, pero debido a la invasión norteamericana, estos iban en picada. Por otra parte, el bloqueo de los puertos y la consecuente afectación al comercio internacional de México provocó un impacto muy negativo en la ya de por sí muy débil economía mexicana.

—No sé qué vamos a hacer —se quejaba don Julián—. Los barcos siguen anclados en los puertos y las mercancías no se pueden mover.

—¿Qué pretenden estos bribones abusivos? —preguntó Lucrecia—. ¿Quieren matarnos de hambre?

Don Julián se quejaba con su familia de lo mal que se veía el panorama de la exportación, el movimiento económico en Puebla y los problemas que enfrentarían para sufragar los gastos corrientes. Juan Manuel y toda la familia Malpica también se las veía negras, sus negocios estaban en crisis por la falta de ventas, por lo que tenían que buscar alternativas y por ahora, sus únicos ingresos eran de su cargo en el Ayuntamiento, el cual, también estaba a punto de colapsar.

Durante los días que siguieron a la entrada de los invasores a la ciudad, la gente de los barrios alejados del centro procuraban hostilizar lo más posible a los soldados estadounidenses, sobre todos los más humildes, que manifestaban su indignación arrojándoles cuanto objeto les era posible. En las calles se transitaba con temor, pues los actos de violencia e incluso asesinatos eran frecuentes. Los invasores que se alejaban de sus instalaciones se embriagaban, reñían y tomaban mercancía de puestos y tiendas sin pagarlos; cuando se encontraban bajos los efectos del alcohol, eran presa fácil de los cuchillos de los léperos que así se cobraban el abuso del enemigo. Algunos vengadores eran sorprendidos y arrestados por la guardia yanqui, los azotaban públicamente antes de ser ejecutados. Muchos inocentes pagaron las culpas de otros. Por esos días era común ver a los chiquillos realizar las labores que habitualmente correspondían a los adultos, pues estos escaseaban porque se escondían, habían sido reclutados por las unidades de defensa mexicanas y muchos ya estaban muertos. La comandancia norteamericana reclamaba que la policía local ayudara en

el combate a la delincuencia callejera, incluso llegó a recomendar la destitución de Juan Manuel, pues a los ojos del general Worth, no estaba dando resultados.

Por aquellos días, Lucrecia dio a luz a un varón al que bautizó el clérigo José Antonio Haro y Tamariz con el nombre de Fernando. El padrino fue el amigo y ahora compadre de Juan Manuel, el Lic. Antonio Haro y Tamariz. Por la situación que reinaba en la ciudad, no hubo festejo, no hubo invitados, únicamente un brindis muy privado para celebrar el ingreso a la grey católica del recién nacido.

Aún no habían salido de Puebla con rumbo a la Ciudad de México cuando los invasores norteamericanos ya la daban por conquistada, y no dudaron en celebrar su triunfo el día que conmemoraban su independencia. Ese 4 de julio la comandancia del Ejército de Estados Unidos organizó una fiesta, dispuso de una gran sala alumbrada con cinco enormes candiles, la pista era ideal para valsear; había otras salas separadas de la principal únicamente por cortinas que, al alzarse, permitían la vista de toda la concurrencia. Más de cincuenta damas de la sociedad poblana habían anunciado su presencia, pero llegado el momento, nada más aparecieron unas pocas mujeres de artesanos extranjeros que simpatizaban con el invasor y Antonieta Garza, ataviada de manera despampanante, acompañada de un nutrido número de mujeres famosas por sus costumbres extraviadas. Este grupo de damas provenía de la zona norte de la ciudad, rumbo al que Antonieta se había mudado y que le había permitido montar un jugoso negocio que era conocido como la casa de La Fina, apodo con el que la conocían por su tez blanca, nariz afilada, labios intensamente rojos, siempre elegantemente vestida y portando valiosas alhajas; sus clientes principales eran oficiales y jefes norteamericanos.

En las calles poblanas seguían apareciendo cadáveres de soldados norteamericanos. La reacción de los yanquis infundía temor, por eso se suspendieron las procesiones fuera de

la Catedral; así, la Iglesia cedía el espacio público ahora convertido de manera extraoficial en campo de batalla, el clero se encerró en los templos.

Mientras los regidores argumentaban que continuar la rutina religiosa de manera cotidiana significaba claudicar, insinuando además que era una muestra de alegría por la invasión, el Cabildo Catedral sostenía que era una forma de mantener algo de paz y tranquilidad entre la población, el Ayuntamiento de Puebla intentó sin éxito restaurar su papel central como autoridad local.

Para los primeros días de agosto el Cabildo civil logró reinstalarse, también fue posible que José Rafael Isunza pudiera ejercer sus funciones de gobernador del estado, pero para la comandancia norteamericana la autoridad de la ciudad era el prefecto Baltazar Furlong nombrado por el ejército invasor el 14 de agosto, el gobernador era hermano del secretario del obispo, don Mariano Isunza y el prefecto era miembro de una de las familias de mayor tradición en la ciudad. El buen funcionamiento de estos puestos fue posible gracias a la anuencia del Ejército estadounidense que había suavizado su postura antes de iniciar su marcha hacia la ciudad de México. Se nombró como nuevo gobernador militar de Puebla a Thomas Childs que tenía como misión principal tranquilizar la Angelópolis. Como parte de sus políticas de pacificación, Childs tenía que regular el funcionamiento de los bares, cantinas, pulquerías y burdeles; estos negocios debían seguir operando, pues era necesario ofrecer diversión y esparcimiento a la soldadesca norteamericana. Antonieta agradeció el gesto de amistad que le ofrecía el gobernador militar, La Fina le proporcionaba gratos momentos de placer logrando por añadidura algunos privilegios para su madre, doña Estela rápidamente aprovechó la oportunidad para negociar con sus influencias.

La hostilidad hacia los soldados estadounidenses no cesaba. La consigna no escrita de que las cantinas y pulquerías no debían, por ningún motivo, admitir soldados americanos, y menos si se encontraban en estado inconveniente, se hizo muy popular. Hacia los últimos días de agosto la guerra de guerrillas se intensificó en algunos barrios de la ciudad, el Ayuntamiento alegaba que se trataba de rebeldes que se introducían a la ciudad con el fin de saquear casas, meterse en las desocupadas y hacer fuego desde los balcones contra el ejército invasor, lo que causaba alarma en la población. Los poblanos permanecían encerrados en sus casas presas de la consternación y el desaliento, mientras que la soldadesca invasora, jubilosa y excitada por bebidas embriagantes, dejaban pasar los días y las horas entre risas y diversión. La casa de La Fina y otros negocios vieron crecer sus ganancias con el beneplácito de Tomás Childs que siempre llevaba su comisión.

La ciudad de México cayó en manos norteamericanas el 15 de septiembre de 1847, el Ejército de Estados Unidos puso sus condiciones para iniciar el lento proceso para reconstruir la paz y recuperar el orden perdido por la invasión. Las autoridades civiles lucharon por la defensa de la religión ante los mandos militares estadounidenses. En Puebla, el prefecto Baltazar Furlong renunció a su cargo y se retiró a Atlixco; ahí se encontró con el gobernador Isunza. No fue casualidad, se trataba de una respuesta a la postura del general Joaquín Rea, quien desde el día 13 de septiembre, cuando el Ejército estadounidense atacaba el Castillo de Chapultepec, inició un sitio al cuartel de San José donde se habían parapetado parte de las tropas estadounidenses; el resto, habían tomado posesión de los fuertes de Loreto y Guadalupe.

Childs había estado recibiendo en su cuartel general frecuentes visitas de La Fina. Una mañana, aprovechando un momento en el que el coronel se levantó de la cama para

realizar su aseo personal, Antonieta copió el contenido de un mensaje que estaba en la mesa de noche un poco escondido debajo de otros documentos poco relevantes y, a través de Caridad, una de sus muchachas cuyos clientes frecuentes eran oficiales mexicanos, hizo llegar el mensaje al general Joaquín Rea.

El capitán Jiménez, ignorando el protocolo militar, entró precipitadamente en la comandancia mexicana.

—Con permiso mi general, os traigo un mensaje urgente. —Estirando la mano puso al alcance del general Rea un papel doblado en cuatro—. Os lo manda La Fina.

El general extendió el papel y leyó el contenido, era un mensaje cifrado que utilizaba símbolos y códigos prehispánicos y que habían desarrollado los guerrilleros, generalmente habitantes de los pueblos del centro del país que, junto con sus espías, formaban una red de resistencia a la invasión norteamericana. Caridad, como muchas otras mujeres, se encargaban de transmitir mensajes escondiéndose en las actividades cotidianas; algunas eran prostitutas, otras trabajadoras en cantinas, chinvas, vendedoras de alimentos, pero también había damas de clase media y hasta de la alta sociedad.

Rea se sentó y tomó un lápiz, lentamente fue descifrando el contenido del mensaje:

*Lane dirige Puebla Perote. Persigue Jarauta guerrilleros. Unirán rangers
Huamantla.*

De inmediato hizo del conocimiento de Antonio López de Santa Anna, General en Jefe del Ejército, que las tropas del general Lane se acercaban a Puebla para apoyar a Childs. Santa Anna nombró al general Joaquín Rea Comandante Militar de la plaza, quién declaró a Puebla en estado de sitio: nadie podía entrar ni salir de la ciudad sin su conocimiento y consentimiento. Al conocerse la orden de Rea, de inmediato, el prefecto Baltazar Furlong,

desde Atlixco, protestó con una proclama en la que decía que Childs le había ofrecido “respetar la religión santa, las personas y propiedades de los ciudadanos y la quietud pública”, por lo que no estaba de acuerdo con las medidas tomadas por Rea.

Santa Anna levantó el sitio cuando dejó Puebla con rumbo a Huamantla. El general Lane también contaba con su red de informantes, los norteamericanos que visitaban bares y prostíbulos acostumbraban dar jugosas propinas a las mujeres que les proporcionaran datos valiosos para su causa. A veces, las mismas mujeres que obtenían información de los invasores, les proporcionaban datos que eran de mucha utilidad para su causa y viceversa, Caridad se encontraba entre ellas. Al saber que Santa Anna y sus tropas se encontraban en Huamantla, el general Lane que se aproximaba por el oriente, ordenó que el capitán Samuel Hamilton Walker, al mando de sus temibles Rangers de Texas, también conocidos como los “Diablos Texanos”, se dirigiera a la villa tlaxcalteca mientras él se encaminaba a Puebla para apoyar a Childs. Walker tenía que combatir a Santa Anna, atraparlo vivo y llevarlo a Estados Unidos para ser enjuiciado por los crímenes cometidos en el Álamo más de diez años atrás, pero este había adelantado sus fuerzas pretendiendo sorprender a los norteamericanos por el rumbo de Tepetzala; sin embargo, no encontró a Lane y no hubo enfrentamiento. Walker llegó a Huamantla por el lado oriente. Los yanquis, al encontrar la villa desprotegida, saquearon la parroquia de San Luis y el convento franciscano, los ladrones invasores, además de los ornamentos, reliquias y joyas, también se llevaron el archivo de los franciscanos con documentos históricos almacenados desde el siglo XVI, tenían la intención de saquear también el santuario barroco de Nuestra Señora de la Caridad, sabían que ahí había ricas joyas de la Virgen e iban por ellas.

Josefa Castelar era una jovencita, casi una niña, llevaba el apellido de Manuel Castelar, su padre adoptivo, pues había quedado huérfana a muy corta edad. En el segundo piso de la vieja casona en la que vivía, preparaba el almuerzo para su familia, tenía en sus manos una tenaza con la que atizaba carbón al anafe. Cuando los yanquis estaban por atacar el Santuario de la Caridad, tomó una braza al rojo vivo, bajó corriendo la escalera, corrió por la calle hasta llegar a la pulquería el Quinto Toro donde vendían tlapehue fino de la hacienda la Noria. Se detuvo un momento en esa esquina y atravesó la calle hasta donde se encontraba uno de los cañones de antecarga que Santa Anna había dejado emplazados; sus artilleros habían colocado varios obuses en lugares estratégicos para repeler al enemigo. Se acercó al que apuntaba hacia el rumbo por el que se acercaba un grupo de esos ladrones de objetos litúrgicos; con la braza ardiendo encendió la mecha del cañón, el disparo mató a 17 enemigos. Desde entonces Josefa Castelar fue apodada “La Mata-Rangers”.

En venganza, los yanquis se dedicaron al saqueo y robo de casas particulares, asaltaban civiles y asesinaban a quienes les oponían resistencia, golpeaban a la gente y violaban mujeres y niñas. Cuando los enloquecidos y alcoholizados rangers estaban dedicados al saqueo en el más completo desorden, el capitán Eulalio Villaseñor, comandante de la policía de Puebla, organizó y dirigió un repentino contra ataque. Se le unió el sargento huamantleco Francisco Vieyra, veterano de la guerra de independencia, quién se encargó de organizar a los civiles que se sumaron a Villaseñor. Vieyra y sus voluntarios atacaron a los invasores desde ventanas y azoteas, utilizaron escopetas, piedras y lo que encontraban, palos, hachas y cuanto objeto pudiera causarles daño; algunos habían conseguido lanzas. Al grito de “malditos yanquis, váyanse al infierno”, atravesaron con ellas a cuanto ranger encontraban

a su paso y antes de que el enemigo se percatara plenamente de lo que sucedía, ya le habían causado cuantiosas bajas.

Samuel Hamilton Walker, en colaboración con Samuel Colt, había inventado en 1846 un revólver de acción simple con un tambor de seis recámaras que se cargaban con pólvora, utilizaba una bala cónica de plomo de calibre 11.5 mm; de nada le sirvió su invento en el momento que el capitán Villaseñor lo atacó y lo perforó con su lanza. Al ver caer a su comandante y ante la furia con que atacaban los mexicanos, los yanquis abandonaron Huamantla llevando en una carroza al jefe ranger herido. Sam Walker murió en el camino hacia la hacienda Tamariz.

Cuando le preguntaron a Josefa Castelar cómo se había suscitado su heroica intervención, la jovencita artillera respondió:

—Estaba haciendo el almuerzo, la cocina se había llenado de vapor y humo del bracero, vi que esas nubes formaban el rostro de la Virgen de la Caridad, escuché su voz que me decía: “sal a defender mi templo”; y salí con lo que en ese momento tenía en la mano. Yo jamás había disparado un arma, mucho menos un cañón.

Josefa Castelar estaba convencida de que la Virgen de la Caridad salvó a las mujeres de Huamantla de los norteamericanos. La calle en la que esta jovencita disparó el cañón fue bautizada con el nombre de “La Calle del Tiro”.

La noticia de las atrocidades yanquis rápidamente llegó a Puebla.

—Dicen que el templo de San Francisco de Huamantla fue saqueado —comentaba angustiada doña Rocío—. Se robaron hasta los vasos sagrados y las alhajas de los santos.

—¡No tienen Perdón! —gritó Lucrecia con el pequeño Fernando en sus brazos—. Los malditos yanquis se revistieron de sacerdotes y jugaron con los ornamentos de la misa. ¡Desgraciados!

Don Julián, mostrando gran consternación, se levantó, y mirando hacia la calle a través del gran ventanal de la sala, casi como un murmullo, agregó:

—Dispararon contra civiles, saquearon casas particulares, iglesias, conventos. ¿Qué nos espera?

Juan Manuel temblaba de pies a cabeza, nervioso acariciaba el cabello negro y largo de su hija María Luisa que, sentada en sus piernas, no alcanzaba a comprender la magnitud de la tragedia que comentaban sus mayores.

—¡El obispo tiene que reclamar! —pronunció al fin el marido de Lucrecia que se puso de pie para acentuar su indignación—. Aunque esté enclaustrado en Cholula. ¡No se puede permitir que los invasores utilicen las sagradas vestiduras como si fueran disfraces de carnaval!

Furlong, desde su refugio en Atlixco, exigía al ejército invasor respeto a la religión católica, pero aprovechaba la oportunidad para criticar y cargar la culpa a la participación de Santa Anna.

—Conviene que establezcamos un pacto de cooperación, don Julián. Usted lleva excelente amistad con don José María Luciano Becerra, seguramente será ratificado por el Vaticano como sucesor del difunto don Francisco Pablo Vázquez —el clérigo José Antonio Haro y Tamariz hizo una pausa, dio un pequeño trago a la copa de vino que minutos antes le había ofrecido su anfitrión y rompió el silencio que momentáneamente se había apoderado del ambiente—. Por mi parte, mi familia conserva una gran amistad con don Juan Mújica y

Osorio. El nuevo gobernador proviene de la industria textil y harinera y está muy interesado en reactivar el comercio internacional, y usted tiene una fuerte competencia, yo podría inclinar la balanza a su favor.

Don Julián alzó su copa en señal de brindis.

—Favor con favor se paga.

Los poblanos industriales, políticos y comerciantes de las élites locales y la jerarquía eclesiástica poblana se comprometieron con la restauración del orden republicano después de la derrota. Prometieron continuar con el proyecto regional de una sociedad moderna, próspera y rica, apoyados en los valores promovidos por Múgica y Osorio, los poblanos aglutinados alrededor de la fe católica, fortalecían la base de la convaleciente sociedad angelopolitana.

Ataviada con un vestido de moaré blanco de corte imperio, con encajes y bordados, muy entallado que hacía resaltar su esbelta y hermosa figura, totalmente recuperada del reciente parto, Lucrecia, del brazo de su marido, abandonó la Catedral al terminar la misa de acción de gracias, celebrada por el nuevo obispo. Don Julián, doña Rocío, Lucrecia y Juan Manuel, de la mano de la pequeña María Luisa, abordaron la berlina negra que los esperaba, era un carruaje que, con un suave y silencioso muelleo en las ruedas y enganchada a dos hermosos corceles, partió con destino impreciso.

Capítulo 5

Amenaza Europea

Los años que siguieron a la guerra contra los Estados Unidos fueron tan violentos como los de la invasión yanqui, la disputa entre los distintos grupos que aspiraban a gobernar el país llenó de sangre al mutilado territorio nacional. La paz tan anhelada por los mexicanos parecía ser posible con la derrota y el destierro definitivo de Santa Anna. Al proclamarse la revolución de Ayutla, Comonfort llamó a colaborar con el movimiento a su paisano, amigo y compañero desde su juventud, José María Lafragua, pero este se negó; no confiaba en el líder Juan Álvarez. Lafragua compartía la opinión que muchos capitalinos tenían del jefe de la tierra caliente y sus “pintos”, esos soldados tenían fama de no ser respetuosos de la propiedad privada ni de la vida. Lafragua optó por colaborar con otros ilustres poblanos como Antonio Haro y Cosme Furlong, aunque no contaran con los recursos necesarios como dinero ni soldados.

Haro consideraba que lo que sucedía en el sur no era una revolución, sino una insurrección sangrienta carente de jefe y sin plan político. En una carta al amigo de toda su confianza, le confesaba a Juan Manuel Malpica su opinión sobre la revolución del sur y daba instrucciones sobre el manejo de sus fondos:

Estimado amigo:

La crisis nacional que estamos viviendo me obliga a tomar medidas que nunca pensé que serían necesarias. Los levantamientos armados se multiplican por todo el país, pero en especial en el sur, aunque la categoría de beligerancia sólo aplica a una “gentlemen's revolution”; lo demás es la insurrección sangrienta de la plebe, la chusma, “la canaille”.

Cuando pienso en el P. Jarauta viene a mí el recuerdo de “ce bon monsieur de Robespierre”, como nos lo pinta Lamartine en su “Historia de los Girondinos”.

La situación del país es incierta, peligrosa para las finanzas personales, agradezco tu intervención para la venta de las acciones mineras y de las tierras y poner a salvo mediante la última conducta que salió para Veracruz un pico de 600 000 dollars, producto de mis economías de estos últimos tiempos.

Antonio Haro y T.

La revolución aún no triunfaba, el temor que asfixiaba a Antonio Haro y Tamariz era que la insurrección descalificada por él llevara a una crisis social y política, y que para estar a salvo de la venganza de Santa Anna tuviera que huir del país, por eso necesitaba su capital en el extranjero.

—Antonio debe tener cuidado con lo que dice —comentó don Julián mientras daba un sorbo al café que le acababa de servir Cleo. Era de la producción especial de Ramón Trujeque, un cliente del despacho Pérez Salazar que llevaba muchos años colocando sus productos en Europa.

—¡Y delante de quién lo dice! —completó la aseveración doña Rocío—. ¿Qué no se da cuenta de que hay orejas por todas partes?

Juan Manuel, con una copa de coñac en la mano y sentado frente a don Julián, bajó la mirada como reconociéndose cómplice de la conducta de su amigo.

—Toño es muy visceral, se lo he dicho varias veces. —Volteó a ver a Lucrecia que, en silencio, estaba atenta a la conversación—. Tiene que ser más... *polite*, de lo contrario se va a meter en graves problemas.

Juan Manuel sabía que su amigo y compadre conspiraba contra el dictador, a los oídos de Santa Anna llegaron los rumores de que el político poblano era el alma de la sublevación y ordenó su arresto.

Antonio platicaba en el zaguán de su casa con don Manuel Payno, cuando un agente de policía interrumpió la conversación y preguntó por don Antonio Haro y Tamariz, por toda respuesta, al escuchar su nombre, arrancó a correr por las calles de la ciudad como si de momento hubiera enloquecido, para la autoridad fue imposible darle alcance. La policía instrumentó su búsqueda sin lograr su localización. Manuel Payno y Antonio Muñoz Ledo fueron encarcelados acusados de ser colaboradores de Haro y Tamariz.

El enterarse de la acusación y persecución de Antonio Haro, la angustia se apoderó de don Julián, pues él, junto con Juan Manuel, habían aconsejado al político poblano que se adelantara a los revolucionarios del sur. Haro se escondió en el consulado británico, por la noche, salió sigilosamente y cerca de la capital se reunió con un grupo de alzados fuertemente armados que acudieron en su auxilio para trasladarlo al sur. La ayuda llegó muy oportunamente gracias al llamado emitido por Juan Manuel.

En el ambiente político de la capital, corría el rumor salido de boca del diplomático francés Alexis de Gabriac de que Haro no había ido a buscar a los liberales de Ayutla porque era un celoso partidario del régimen monárquico, y que simpatizaba con la idea de ir a Europa en busca de un príncipe extranjero; se decía que escapó del centro para reunirse con sus leales.

Al no poder encarcelar a su enemigo declarado Antonio Haro y Tamariz, Santa Anna, en venganza, lo destituyó de la Orden de Guadalupe en la que era caballero junto con su hermano Joaquín, que había sido gobernador de Puebla y reconocido como santannista convencido.

—¡Es injusta esta persecución en contra de Toño! —Lucrecia gritaba al enterarse de lo sucedido a las puertas de la casa del político poblano y reclamaba a Juan Manuel su aparente indiferencia—. ¿No piensas ayudarlo? ¿Vas a dejar que lo fusile ese desalmado?

—¡Cálmate Lucre! —intervino don Julián—. Se hace lo que se puede. Tu marido lo está ayudando, nada más que no lo va a andar pregonando por toda la ciudad.

En una carta enviada a su hermano Luis, Antonio negó la conspiración que se le achacaba, pero sabía que la fama que se estaba creando podía serle de utilidad, así lo manifestó en otra misiva a Comonfort en la que decía que Santa Anna había encendido la mecha de la revolución porque el pueblo cansado de su despotismo se insurreccionó contra ese gobierno tiránico y faccioso.

La búsqueda emprendida por el gobierno no dio frutos. En febrero de 1856 Antonio Haro regresó secretamente a la capital, estaba planeando secuestrar a Santa Anna. En una carta cifrada solicitó la colaboración de sus más allegados para lograr su propósito, Juan Manuel era clave en esta conjura y pidió consejo a su suegro. Cleo escuchó la conversación cuando se asomó en la sala para preguntar si requerían de sus servicios.

—Señorita —así le decía Cleo a Lucrecia, aunque esta ya tuviera dos hijos—. Don Antonio está planeando secuestrar al presidente, su papá y don Juan Manuel se están arriesgando mucho, si los descubren los van a fusilar.

La conjura para secuestrar a Santa Anna fracasó, pues un secreto entre más de dos personas deja de serlo. La orden para aprehender a don Antonio Haro y Tamariz se giró de inmediato, la autoridad sabía que se halla oculto en la capital instigando a los revoltosos. La instrucción fue pasarlo por las armas en cuanto fuera aprehendido. El mandato del gobierno incluía la expulsión de la capital de Mariano Riva Palacio y del exgobernador poblano Cosme Furlong.

Los lazos que unían a Furlong con los Malpica Pérez Salazar eran, además de ideológicos, familiares; habían colaborado en la resistencia contra los invasores norteamericanos, a pesar de ello Furlong se sorprendía de que Haro desplegara entre los alzados una actividad de la cual no lo creía capaz. Antonio Haro contaba entre sus simpatizantes con los Gómez Farías y, en particular, con Alexis de Gabriac. El francés magnificaba la participación del poblano en la rebelión en curso. Al caer Santa Anna, Haro apareció como jefe de la insurrección en San Luis Potosí, proponía un plan totalmente conservador que se alejaba del espíritu del Plan de Ayutla, sin embargo, había tenido chispazos liberales. La separación del régimen santannista se debía, entre otras cosas, a la iniciativa de un préstamo garantizado sobre los bienes de la iglesia, el clero había protestado por considerarlo una confiscación disfrazada, es decir, era una propuesta considerada parte del programa liberal. Esta propuesta había sido un punto de desacuerdo y discusión entre Antonio Haro y Tamariz y la familia Malpica Pérez Salazar. Don Julián se oponía rotundamente a esa idea. La familia era amiga del obispo, Antonio Haro tenía un hermano en el Cabildo Catedral, doña Rocío y Lucrecia eran damas voluntarias, simpatizantes y defensoras del clero, y don Julián y Juan Manuel eran promotores de las buenas relaciones

entre el Ayuntamiento y el obispado. Definitivamente, no era posible apoyar en esta ocasión al amigo de toda la vida.

Al hacerse público el liderazgo de Haro en el movimiento liberal, el diplomático francés Gabriac creía que Antonio Haro era el único hombre capaz de unir a los dos bandos en pugna y que tenía amplias posibilidades de convertirse en el jefe supremo. Don Julián estaba de acuerdo con esta apreciación, lo apoyaría siempre que abandonara la idea de afectar al clero. Por su parte, el líder rebelde poblano establecido ahora en San Luis Potosí pensaba que como él había llevado a Santa Anna a la Presidencia de la República tenía todo el derecho a ocupar el cargo del que había sido depuesto el tirano veracruzano.

—Ahora Toño tiene que ganarse a Comonfort —don Julián preveía el reto al que Haro tenía que enfrentarse una vez derrotado Santa Anna.

—Sí, pero tendrá que ofrecerle un cargo de mucha importancia —Juan Manuel se sobaba las manos, pues con el triunfo de su amigo, sus posibilidades de ascenso estaban prácticamente garantizadas—. Es el único que puede restablecer el orden, si lo logra, seguramente no habrá objeción alguna para que él ocupe la presidencia.

Los simpatizantes de Antonio Haro y Tamariz suponían que era el perfil ideal para dirigir el país, era un civil con antecedentes tanto liberales-republicanos como conservadores que había tenido el tino de abandonar a Santa Anna muy a tiempo y que, además, había arriesgado su vida combatiendo al dictador.

El Plan de San Luis proclamó a don Antonio Haro y Tamariz como el primer jefe del Movimiento Político Regenerador de la República. Se escogió ese término porque sonaba mejor que el de “Ejército Restaurador de la Libertad”.

—Agradezco a la Providencia Divina el que, por uno de sus designios venerados, se haya servido colocarme en esta ciudad —proclamaba el líder de del movimiento regenerador.

Los ciudadanos potosinos tenían la esperanza de que Antonio Haro aboliera los impuestos que más les afectaban, los que se habían creado para sostener a Santa Anna.

*Correspondencia particular del primer jefe del
Movimiento Regenerador de la República.*

Ejército del Centro.

San Luis Potosí

San Luis Potosí, S.L.P. a 29 de agosto de 1856

Señor D. Mariano Riva Palacio

Muy estimado y fino amigo:

Ha llegado el momento de unir las fuerzas de todos lo que deseamos un México libre, próspero y trabajador. Hemos derrotado a los ambiciosos y tiranos que sólo buscaban el beneficio propio a costa del sacrificio del pueblo, ya se pueden escuchar los cantos de la nueva libertad, falta poco para lograrlo, pues todavía quedan algunos óbices por superar, el principal se llama Martín Carrera, por ahora es quien detenta el poder en la Ciudad de México, pero confío en que pronto nuestro triunfo será total.

Nuestra misión será la de reconstruir el país que después de tantas luchas está casi en ruinas, para ello es menester la unión de todas las fuerzas liberales que se encuentran sumamente dispersas, la unidad de todas estas

fuerzas facilitará la salida de Carrera que no es otra cosa más que parte del santannismo impío, no representa a la voluntad popular.

Seguro de contar con su aprobación y apoyo, me protesto de ud. muy atento y S.S.

En respuesta a la soberbia propuesta de Haro, Mariano Riva Palacio intentó mediar entre él y Martín Carrera, era urgente unificar a los cinco gobiernos liberales independientes que controlaban, cada uno, una región diferente. Comonfort dominaba el sur como resultado del Plan de Ayutla, también pretendía encabezar el levantamiento a nivel nacional, esto lo convertía automáticamente en rival de su paisano. Ambos comandantes poblanos pretendían ganarse la preferencia de Manuel Doblado, por otra parte, Santiago Vidaurri, líder del norte, rechazó adherirse al Plan de San Luis y, por lo tanto, no aceptaba el liderazgo del poblano Haro que defendía su plan alegando que estaba de acuerdo con el Plan de Ayutla aunque reconocía que en algunos puntos sí había desacuerdos. Comonfort se esforzaba por evitar un enfrentamiento.

— Veo con positiva satisfacción que podemos marchar unidos a la capital de la República —proclamaba el líder del sur.

A pesar de esta invitación a la concordia, Antonio Haro creía contar con el apoyo de Doblado, pero Comonfort impuso sus condiciones.

—¡Le aconsejé a Toño que no confiara en Comonfort! —se lamentaba don Julián mirando por la ventana—. ¡Tú debiste convencerlo cuando tenía la oportunidad de imponerse, ahora tiene que ceder!

—¡Lo intenté, pero no hizo caso! —repuso Juan Manuel molesto—. ¡Yo soy el principal afectado de esta familia si el liderazgo de Toño se viene abajo!

Los tres políticos firmaron lo que se dio a conocer como los Convenios de Lagos. Ese 16 de septiembre quedaba asentado que los firmantes "reconocen, respetan y obedecerán, sin modificación alguna, el Plan proclamado en Ayutla". Antonio Haro tragó gordo, las palabras "obediencia" y "respeto" le incomodaban, aunque sabía que Comonfort tenía que reunir en su gabinete a todas las corrientes antisantannistas, albergaba la esperanza de que podía convencer a los liberales "puros" de que lo aceptaran en el cargo de ministro de Hacienda, conocía las funciones, pues en gobiernos anteriores, había desempeñado ese puesto.

—Nacho Comonfort es un malagradecido —refunfuñaba doña Rocío mientras saboreaba una taza de té que momentos antes le había servido Cleo y que, de pie, aguardaba nuevas órdenes, aunque en realidad estaba atenta a lo que se decía en esa sala que se había convertido en un recinto de conspiración familiar —. ¡Ya se le olvidaron los favores que le hicieron Toño y su hermano Joaquín cuando fue Gobernador!

—¡Ahora resulta que Toño tiene que obedecer al que le copiaba en la escuela y era casi casi su criado! —Lucrecia también se sentía humillada, pues el sometimiento de Antonio Haro al mandato de Ignacio Comonfort, implicaba también el de Juan Manuel.

El cabildo Poblano aceptó, por un lado, los Convenios de Lagos, pero por otro, confirmó el nombramiento de Haro como jefe supremo de la "Revolución Regeneradora". El predominio de los liberales "puros" dio como resultado la elección de presidente de Juan Álvarez, con esto Antonio Haro quedaba totalmente eliminado.

—¡No me explico la inactividad de Toño! —se preguntaba don Julián mientras movía la cuchara para enfriar la sopa de verdura que Cleo le acababa de servir—. Goza de la simpatía del clero, del partido moderado, y cuenta con más de cuatro mil hombres con

experiencia en hechos de armas; y en lugar de darse prisa, ahí viene tan lentamente que nunca llegará a tiempo para actuar.

—Lo que pasa es que recibió órdenes de detenerse, ¿verdad Juan? —Lucrecia buscaba justificar la actitud de Haro ante su padre, que ya comenzaba a dudar del liderazgo de Antonio.

Juan Manuel corroboró la apreciación de Lucrecia con un sonoro sí.

—Se despidió de sus soldados y les recordó que tienen que obedecer como un deber supremo de todo militar. —Juan Manuel advertía que Haro no tardaría en llegar a Puebla y que iba a necesitar del apoyo de familiares y amigos.

Antes de que Antonio Haro llegara a Puebla, Álvarez convocó a elecciones para un congreso constituyente, en las cuales quedaba totalmente excluido el clero secular y regular, especificaba que los religiosos no podrían votar ni ser votados. Esta ley enfrentaba a la iglesia con los liberales, se le llamó “Ley Juárez”, restringía la jurisdicción de los tribunales eclesiásticos a los casos de esa naturaleza, la misma ley también quitaba al ejército algunos privilegios.

Puebla estrenaba obispo, se trataba de don Antonio Pelagio Labastida y Dávalos que, indignado, escribió una carta al ministro de justicia Benito Juárez en la que se pronunciaba en contra de esa ley:

"... Es muy duro para mí rehusar desde los primeros meses de mi episcopado una ley dada por el primer magistrado de la Nación a la que como ciudadano pertenezco ... Todos, no hay duda, están de acuerdo en esto y convendrán. . . En que el fuero eclesiástico, muy diferente del militar a que parece se ha querido igualar, lo tiene el sacerdocio... No por un

favor otorgado por el poder civil sino en virtud de un derecho preexistente... , es cosa que no tiene nombre... ¿Se conseguirá con estas medidas que ponen en agitación a los obispos (y a los demás clérigos)? Los mismos fieles se conmueven con estas disposiciones que consideran como la expresión de un odio... y como el anuncio de nuevos trastornos que convertirán a México en un cuadro horrible..."

La carta fue firmada por el obispo y todo el Cabildo Catedral, incluso José Antonio Haro y Tamariz, el clérigo hermano de Antonio Haro y Tamariz.

—¿Ya te enteraste, papá, de la protesta de monseñor Labastida?

Lucrecia mostraba el periódico en el que se publicaba la protesta del clero, el mismo diario también hacía alusión a la protesta que, por su parte, hacía el obispo de Michoacán, Clemente Munguía.

—De Munguía no me extraña, pero sí de monseñor Labastida —don Julián expresaba su pensamiento mientras leía la nota periodística—. Labastida se caracteriza por ser moderado y conciliador.

Doblado se autoproclamó como gobernador de Guanajuato y en contra del gobierno del presidente Juan Álvarez, y proclamó presidente interino a Ignacio Comonfort, pero en el caso de que este rechazara la presidencia, las autoridades eclesiásticas, de acuerdo con su plan, tendrían injerencia en el gobierno. Hubo quienes se indignaron por el pronunciamiento de Doblado, pero antes de que reaccionaran, Álvarez nombró presidente sustituto a Comonfort y tres días después le cedió sus funciones.

—¡Comonfort presidente! —gritó Lucrecia con el periódico en la mano—. ¡Ese cargo era para Toño!

Doña Rocío corrió y arrebatándole el diario a su hija, y con los ojos muy abiertos completó la escena de indignación.

—¡Se lo dijimos a Juan Manuel! ¡Era el único que podía hacer que Toño actuara bien y rápido!

—¡Es un timorato! — contestó Lucrecia—. ¡Ya me tiene harta!

Aunque el nuevo obispo de Puebla era bastante joven, tan solo treinta y nueve años y reconocido como un hombre moderado y conciliador, le tocó estar al frente de una diócesis de creyentes muy fervorosos y clérigos radicales, como el cura del sagrario Francisco Javier Miranda, poblano de aproximadamente la misma edad que su superior Labastida. Este cura era doctor en teología y autor de varias obras, conservador al extremo y de pensamiento monárquico. En complicidad con Lucas Alamán había conspirado para traer a Santa Anna a México en 1853. Antonio Haro comparado con Miranda era solo un conspirador amateur. Labastida, ante la postura de Miranda en contra del gobierno de la Reforma, tuvo que alejarlo de la diócesis. Miranda, desobedeciendo al Obispo, regresó a Puebla y fue arrestado el 20 de noviembre y llevado preso a la Ciudad de México.

Labastida protestó ante el gobernador del estado, Francisco Ibarra y llevó su protesta al presidente de la República. Como Miranda era considerado un conspirador peligroso, pues aún preso no dejaba de diseminar falsas noticias, fue enviado a San Juan de Ulúa y de ahí al exilio del que regresó clandestinamente poco tiempo después.

El padre Miranda dejó en Puebla la semilla de su activismo antiliberal. Entre los feligreses más convencidos que se encargarían de continuar su obra ultraconservadora, se encontraban doña Guadalupe López de Gómez, responsable bajo soborno de calumniar a Mario Montaña, el antiguo novio de Lucrecia Pérez Salazar, que tuvo como consecuencia la

ruptura de esa relación, y Sor Teresa, la monja capuchina ahijada de doña Rocío que veía en los liberales al mismísimo demonio.

Los rumores difundidos por las discípulas de Miranda causaron alarma en los poblanos, conservadores en su mayoría, por la Ley Juárez. La alarma se transformó en agitación antigubernamental a pesar de que el moderado Comonfort ya era el presidente y había nombrado a su gabinete, entre los que se encontraba José María Lafragua como ministro de Gobernación.

Los pupilos de Miranda hicieron correr el rumor de que el obispo Labastida sería arrestado y expulsado del país. Ese 12 de diciembre, en las primeras horas de la noche, las campanas de la catedral repicaron dando la alarma; hombres humildes, pero fieles católicos, atacaron el cuartel apoyados por dragones disfrazados pertenecientes a la brigada del general Güitián que habían llegado provenientes de Amozoc, los rebeldes fueron rechazados y entonces se trasladaron al palacio episcopal para proteger a Labastida contra las fuerzas del gobierno que supuestamente lo irían a aprehender. Al amanecer, los soldados de Güitián regresaron a Amozoc, pero los feligreses, aún alarmados, atacaron de nuevo; sin embargo, fueron rechazados por la Guardia Nacional. La monja capuchina sor Teresa resultó descalabrada, y los conservadores la exhibieron por las calles de Puebla como muestra de la brutalidad gubernamental. Los vendajes que presentaba la hacían parecer momia egipcia, cuando la única lesión que la revuelta le había causado era una herida de tres centímetros en la parte superior de la frente producto de un culatazo.

A pesar de que en Puebla se sabía que el extremista liberal Álvarez había dejado la Presidencia de la República al moderado Comonfort, reconocido como buen católico, pero tolerante de otros credos debido a su afán por organizar un gobierno de conciliación nacional,

había quienes pretendían estorbar la transición del gobierno de uno revolucionario a otro moderado.

Semejantes reflexiones impulsaron al obispo de Puebla a redactar y mandar imprimir con letra enorme el siguiente volante:

AVISO AL PUEBLO. OS ASEGURO QUE EL SUPREMO GOBIERNO
DEL ESTADO NI INTENTA NI HA INTENTADO NADA CONTRA MI
PERSONA. AL CONTRARIO, ESTOY ACTUALMENTE EN LA
MAYOR ARMONÍA CON ÉL Y ESTOY MUY SEGURO DE QUE
NADA QUIERE CONTRA MÍ NI CONTRA LA IGLESIA Y DE QUE
PRESTA TODA CLASE DE GARANTÍAS. NO HAY PUES MOTIVO
PARA ESA ALARMA NI ESOS TUMULTOS.

PALACIO EPISCOPAL, 13 DE DICIEMBRE 1855.

PELAGIO ANTONIO OBISPO DE PUEBLA.

Como otros tantos prelados, Labastida sabía que la Iglesia había sobrevivido en Europa a las reformas liberales; también en México se podría adaptar y tal vez resurgir más fuerte después de un período liberal. Pero esto no lo comprendían muchos curas poblanos, sobre todo los de los lugares aislados. Para todos ellos, la Ley Juárez era un ataque protestante y ateo contra la religión al que había que resistir con las armas. Un párroco de uno de tales pueblos podría en ese momento prender el fuego de una guerra civil. Esto fue precisamente lo que sucedió en Zacapoaxtla. El levantamiento contra el gobierno ocasionó que Antonio Haro se exiliara en Europa por algunos años.

En Italia, Antonio Haro se reencontró con viejas amistades que dejó cuando estudió en Roma, ahí se entrevistó con otro desterrado: monseñor Labastida. Por las cartas de Juan

Manuel, Haro no tenía la esperanza de que las cosas en México mejorarían. Joaquín de Haro, de sesenta y un años y enfermo, murió, y en su lugar quedó su hijo Quino, con el que su tío Antonio, que no tenía hijo varón, estableció un fuerte lazo familiar. La correspondencia que había mantenido con Riva Palacio y Juan Manuel, ahora era sustituida por Quino. Juan Manuel sentía unos celos casi incontrolables por el sobrino de su amigo. El enojo de Juan Manuel fue mayúsculo cuando supo que Antonio Haro pedía ayuda económica a sus familiares.

—¿Qué le hizo al dinero que le rescaté? —preguntaba Juan Manuel mirando intensamente a Lucrecia, que mostraba gran nerviosismo al enterarse de la ruina económica del amigo de la familia—. ¿Cómo pudo gastarse esa fortuna en tan solo tres años?

—La debió derrochar en el juego, y después de la ruptura con su esposa, no le habrán faltado mujeres para consolarse —respondió Lucrecia.

—Lo más efectivo para “quemar” una fortuna siempre han sido las mujeres —asentó Juan Manuel—. Supe que Antonio se disculpó con Riva Palacio por vivir en París.

—Sí, recuerdo que lo comentó mi papá —replicó Lucrecia—. Dijo que Riva Palacio consideraba que su residencia en París daría lugar a malos juicios sobre su persona, y mira, parece que resultó cierto.

Haro había vivido en los hoteles de más lujo, contaba con carruajes elegantes y caballos de pura sangre, esa afición lo había caracterizado en México. Pero ahora tenía que pedir dinero y en el único que confiaba era Quino, también en Juan Manuel, pero este no tenía ni un peso propio. Miguel Miramón había tomado posesión como presidente de la República el 2 de febrero de 1859. Antonio pensó por un momento que podía acomodarse de algún modo en el nuevo gobierno conservador, más por necesidad que por convicción.

Decidió viajar a México. Cuando llegó a La Habana, la situación militar favorecía a Miramón, que había acorralado al gobierno liberal en Veracruz, pero a mediados de marzo, la marina norteamericana que apoyaba al gobierno de Juárez, capturó los buques del gobierno de Miramón.

En junio de 1860 Antonio Haro se embarcó en La Habana con destino a Veracruz, y pocas horas después de haber desembarcado, fue llevado preso al cuartel de la guardia nacional. En la fortaleza de San Juan de Ulúa pasó tres semanas, y después lo regresaron a La Habana. Como Antonio Haro se encontraba sin un centavo, don José María Pasquel le prestó cinco pesos de oro con los que Haro pagó su pasaje a La Habana, le sobró una onza y con ella compró una levita, pues como había vivido en Inglaterra, sus trajes eran de lana; necesitaba algo fresco. La levita le costó doce pesos. Pasquel pagó también sus gastos en la fortaleza de Ulúa: comida, lavado de ropa y le consiguió un catre y ropa para poder dormir medianamente confortable. Juan Manuel, ante la incapacidad de ayudar con recursos propios a su abatido amigo, hizo una colecta entre sus conocidos y le mandó una caja de vino y una botella de coñac que sustrajo de la cava de don Julián.

Antonio, en su lamentable soledad, meditaba el verso del *Infierno* de Dante "*Nessun maggior do/ore che ricordarsi del tempo fe/ice ne/la miseria*". (*No hay mayor sufrimiento que recordar la felicidad en tiempos de miseria*).

La noticia de que un nuevo ministro francés llegaría a México se extendió rápidamente por la sociedad mexicana, los familiares y amigos de Antonio sabían cuánto ansiaba regresar a su patria. Riva Palacio, Quino y Juan Manuel le sugirieron que intentara acercarse a Dubios de Saligny y que lo acompañara como parte de su comitiva; en un principio

Antonio respondió con un rotundo no, rechazaba llegar a México en calidad de mayordomo, de camarista, de lacayo o de cochero del ministro francés.

La situación de Miramón se volvió desesperada. Ya no contaba con recursos económicos y recurrió a los préstamos forzosos. En la ciudad de Puebla que quedó bajo su control, obligó a las familias y negocios a entregar sus recursos. Luis, uno de los hermanos de Antonio Haro se ocultó; Quino y don Julián tuvieron que soportar el encarcelamiento por negarse a dar su contribución. Juan Manuel desapareció por unas semanas, Lucrecia y doña Rocío, ante la ausencia de sus hombres y con los fondos económicos casi agotados al grado de que tuvieron que despedir a Cleo, redujeron su actividad social casi a cero.

A fines de diciembre de 1860 Miramón fue derrotado definitivamente, el gobierno liberal se trasladó de Veracruz a la ciudad de México y la situación en Puebla parecía volver a la normalidad; algunos negocios estaban prácticamente quebrados como la agencia de don Julián que, una vez liberado y sin perder la esperanza, procuraba recuperar a la clientela perdida.

Las continuas guerras que de manera ininterrumpida se habían desarrollado en México, dejaron vacías las arcas nacionales, por lo que el presidente Juárez decretó una suspensión de pagos al exterior, esto recrudeció las tensiones entre México y tres de sus acreedores: Inglaterra, España y Francia.

Representantes de estas tres naciones se reunieron en Londres el 31 de octubre de 1861, exigían un pago superior a los 80 millones de dólares. La cantidad era una exageración; justificaban su demanda diciendo que era la compensación por las pérdidas que sus connacionales habían tenido en los turbulentos años de guerras internas. México no aceptó el reclamo y los tripartitas amenazaron con cobrarlo mediante una intervención armada.

La suspensión de pagos se dio a conocer mediante el decreto del 17 de julio, lo que ocasionó que el ministro francés Dubois de Saligny decidiera romper relaciones diplomáticas con México, y que se aliara con Inglaterra para enviar buques de guerra para exigir al gobierno de Juárez el pago inmediato de la deuda. Las negociaciones entre los inconformes y el gobierno mexicano duraron varios meses.

Al saberse en el gobierno juarista que las tres potencias habían decidido una intervención armada contra México, se pidió un informe. Como las posibilidades reales de defender Veracruz y San Juan de Ulúa del embate extranjero eran mínimas, el ministro de guerra, general Ignacio Zaragoza, decidió su evacuación. Los invasores extranjeros estarían expuestos a las enfermedades tropicales debido a las precarias condiciones de salud de la zona más calurosa, una ventaja indiscutible a favor de México; las enfermedades que se propagaban con mucha rapidez eran un peligro inminente aún para los nacionales.

Saligny, que se encontraba en la ciudad de México, tenía que reunirse con la escuadra de su nación, así que salió para Veracruz el 4 de diciembre escoltado por hombres armados proporcionados por Juárez. Se unieron a la marcha del francés aprovechando el cuidado de la guardia un grupo de españoles y algunos mexicanos conservadores simpatizantes de la intervención extranjera, Juan Manuel Malpica se sumó a ellos con la intención de intervenir en favor de su amigo, pues esa era la única manera viable de que Antonio Haro regresara a México. También iba en la comitiva el hijo del primer y malogrado emperador mexicano Agustín de Iturbide, se decía en broma que iba a reclamar el trono que se ofrecía a un europeo. En total, acompañaban a Saligny cerca de cuatrocientas personas.

Las tropas francesas desembarcaron en Veracruz la mañana del 9 de enero de 1862. De inmediato, los invasores padecieron lo que el gobierno mexicano ya esperaba,

proliferaron entre los recién llegados la fiebre amarilla y otras enfermedades tropicales; para el 18 de enero había ya entre los españoles 22 oficiales y 603 soldados enfermos, pero también había mexicanos, sobre todo provenientes del altiplano que habían contraído alguna de las enfermedades de la zona, entre ellos figuraba Juan Manuel Malpica. Los invasores franceses llegaron a la Tejería y de inmediato se llevó a cabo la primera reunión de los aliados en tierras mexicanas, el representante francés exigía a México el pago de sesenta millones de francos, según el avalúo de la deuda anterior al 31 de julio de 1861, a esa cantidad le agregaba un monto a definirse por el ministro plenipotenciario francés a cuenta de la reparación de los daños posteriores a esa fecha.

El 19 de febrero de 1862, Manuel Doblado Partida firmó los Tratados en la población de la Soledad en el Estado de Veracruz, tratados que recibieron el nombre de este poblado; por la triple alianza firmó el general Juan Prim. Ese mismo día, Juan Manuel Malpica murió en la ciudad de Córdoba víctima del vómito negro. No tuvo oportunidad de despedirse de sus familiares, ni siquiera de su esposa Lucrecia.

Capítulo 6

La inesperada derrota francesa

Lucrecia había caído en un deplorable estado emocional por la pérdida de los dos hombres fuertes de su familia. Juan Manuel había sucumbido a la temible enfermedad tropical conocida como vómito negro, también llamada fiebre amarilla y su padre, don Julián, había fallecido repentinamente a causa de un infarto fulminante. El negocio de la familia Pérez Salazar Malpica y Ovando había quebrado, principalmente, por los bloqueos marítimos y, además, por la falta de quien se hiciera cargo de su funcionamiento. La madre de Lucrecia, doña Rocío, era un cero a la izquierda y desesperada por los males que se avecinaban sobre la ciudad de Puebla, decidió cobrar favores a su prima Estela que, gracias a las argucias de su hija Antonieta, conocida en Puebla como La Fina, habían conseguido las simpatías de Santiago Vidaurri, gobernador y jefe militar de Nuevo León, su posición económica en Monterrey era desahogada. Doña Rocío decía que como buena cristiana había que perdonar y que lo sucedido en su familia durante la permanencia de las tropas norteamericanas en Puebla, ella ya lo había olvidado y dejaba a Dios el juicio de los actos de cada quién. Obviamente, Lucrecia no quiso secundarla, pues el odio hacia su prima no había disminuido un ápice. Ella y sus hijos tomaron posesión de la casona de la calle del Dean.

Lo que podía ser una convivencia armoniosa en la familia de Lucrecia estaba lejos de serlo. Las continuas discusiones entre sus hijos agravaban su estado emocional. Fernando defendía ferozmente a los conservadores, decía que su padrino, Antonio Haro y Tamariz, era ahora la cabeza de la familia y que había que apoyarlo porque la misión de velar por su ahijado y por extensión, por la hermana y la madre de este, se la encomendaron el día que lo llevaron a bautizar. Utilizando los servicios de Matilde, una mujer comerciante de productos

agrícolas, mantenía informado a su padrino de los preparativos de la defensa de la ciudad. La mujer entraba y salía de Puebla sin pasar por las aduanas, pues conocía muy bien los terrenos alrededor del Tepozúchil, funcionaba como una especie de correo familiar. Era analfabeta como la mayoría de la gente del campo y la gente de escasos recursos de la ciudad, pero a la vez, muy hábil para esconder los mensajes que llevaba y traía. Matilde era un eslabón de la red de informantes que los conservadores tenían a lo largo de toda la ruta de México a Veracruz.

María Luisa era abiertamente liberal, pero lo que más preocupaba a Lucrecia era que su hija se hubiera enamorado de un capitán que estaba bajo las órdenes del general Santiago Tapia, gobernador y jefe militar de Puebla. Su nombre era Felipe Terreros Cuauhtle, el apellido paterno de Felipe lo toleraba, pero el materno no lo soportaba. Frecuentemente se refería al enamorado de su hija como “el indio ese”. Los constantes pleitos entre los hermanos se terminaron cuando Fernando decidió incorporarse a las tropas de Leonardo Márquez. Contaba tan solo con 15 años de edad. La partida de su único hijo varón empeoró el estado anímico de Lucrecia. En su pecho residía un torbellino de emociones, siempre había estado a favor de los conservadores. Su formación religiosa, social y familiar la habían llevado a ello, pero cuando escuchaba la vehemencia con la que María Luisa defendía la causa liberal y los argumentos que esgrimía, no le quedaba otra más que aceptar que tenía razón.

La campaña en contra de la Reforma que hacían el clero y los conservadores llenaba de prejuicios a una buena parte de las clases media y alta de la sociedad poblana. Las personas que escuchaban los sermones en las iglesias eran presa fácil de las ideas que transmitían los curas rayando muchas veces en el fanatismo religioso. Veían en los franceses la salvación de la religión y de la patria. En agradecimiento, los mochos, así llamados los pertenecientes a

esos grupos sociales, habían anunciado una gran recepción para el general comandante de las tropas galas: Charles Ferdinand Latrille, conde de Lorencez. Estaban muy activos en esa tarea, pensaban echar a vuelo las campanas, recibirlo con una lluvia de flores y poner la ciudad a su disposición; incluso, las damas de alta sociedad, hacían planes para que sus hijas fueran favorecidas con la aceptación en matrimonio de oficiales franceses. Lucrecia insistía en que María Luisa debería olvidarse de Felipe Terreros y buscar entre los militares extranjeros un mejor partido.

Mientras tanto, el general Ignacio Zaragoza, su estado mayor y el resto de sus generales, jefes y oficiales organizaban la defensa de la ciudad. Un grupo de mujeres se ofrecieron de voluntarias para ejercer como enfermeras y atender las necesidades de los patriotas que seguramente caerían heridos a causa de la inminente batalla que se avecinaba. Ante la escasez de apósitos y medicinas, entregaron sábanas, manteles y refajos de algodón muy finos con los que ellas mismas confeccionaron vendas y otros elementos necesarios en todo hospital. Lucrecia y su amiga de la juventud, Camila, además de otras mujeres, se presentaron en el hospital de sangre de San José y se pusieron bajo las órdenes de doña Guadalupe Prieto que se encargaba de organizar el funcionamiento del improvisado hospital. Habían constituido lo que llamaron pelotones de atención inmediata. Cada pelotón lo encabezaba una dama que sabía algo de enfermería y primeros auxilios. Lucrecia se incorporó al comando por Mariana Falcón, ahí también colaboraba su hermana Asunción Falcón. María Luisa, que no pretendía dejar sola a su madre, se incorporó al pelotón de doña Rosario Rivera de Zerón y Camila, al de doña Juana Araus de Tapia. Macaria también quiso participar ayudando en la atención a los futuros heridos, ella se incorporó al hospital de San

Pedro. Había que observar y escuchar todo y a todos, con esa misión fue incluida en el pelotón de doña Teresa Seoane junto con las hijas del señor Arrioja.

Las actividades domésticas de la casa de los Pérez Salazar Malpica quedaron bajo la responsabilidad de Cleo, que había vuelto para servir a sus antiguos patrones. Su hija menor, Micaela, se encargaba de los mandados y de mantener constante comunicación entre su hermana Macaria y las mujeres informantes de los liberales, chinacas que trabajaban como vendedoras en el mercado, chinas que vendían favores sexuales en el barrio de la Luz o sirvientas en casas de familias conservadoras. La misión de Macaria era la de identificar mochas infiltradas en las actividades del hospital, llevaba un registro de las personas que se acercaban a las damas voluntarias, ya fueran sirvientas, mozos o familiares; indicaba a su hermana quienes le parecían sospechosos para que fueran observados y seguidos en sus actividades dentro de la ciudad.

María Luisa, sabedora del gran cariño que su madre le tenía a Fernando y aconsejada por Macaria, se dio cuenta del peligro de informar a Lucrecia de los planes liberales, le tuvo que ocultar datos sobre el movimiento de tropas, refuerzos de puntos estratégicos y actividades de agentes políticos y civiles; su estrategia era la de proporcionarle noticias falsas, ocultar información o entregarla deliberadamente de manera tardía; también tenía que evitar que sus contactos hablaran o se encontraran con su madre.

Entre las damas voluntarias del hospital San José, se encontraba doña Maricruz Fonseca cuya familia era cercana a la de Lucrecia, sus padres habían sido socios en varios negocios. Los Fonseca eran fabricantes de textiles, habían importado materiales y maquinaria a través de la entonces exitosa agencia de don Julián Pérez Salazar. Ahora solamente

quedaban recuerdos, ahorros nada despreciables y las relaciones sociales que procuraban mantener a pesar de los convulsivos tiempos que se vivían.

Josefina Menéndez viuda De Fonseca, madre de Maricruz, era Amiga de Saligny. Su marido, don Germán Fonseca, había sido miembro del equipo del hijo de Morelos, Juan Nepomuceno Almonte cuando se firmó el tratado Mon –Almonte, también llevaba estrecha amistad con el padre Francisco Javier Miranda y Morfi, quién era su confesor. Ahora que el desterrado prelado pretendía regresar triunfante del exilio, necesitaba de su ayuda para facilitar la entrada de los franceses a México. Entre las amistades más cercanas de Maricruz estaba sor Teresa, la ahijada de doña Rocío. Maricruz decía que ella, como el general Negrete, anteponía las necesidades de la patria a sus ideales políticos y que los servicios que pudiera ofrecer en el hospital era una manera de mostrar su patriotismo.

Luis Manuel Fonseca era el hijo mayor de doña Josefina, hombre que acostumbraba a vestir de manera elegante, levita negra, plastrón blanco y charolado, botonadura de oro mate, corbata de tirilla y chistera tubular. Entre los sirvientes de los Fonseca destacaba un criado negro natural de Martinica, nadie sabía cuál era su nombre de pila, pero todos le llamaban Viernes, nombre sacado de la novela Robinson Crusoe. Luis Manuel estaba fastidiado de las tertulias que organizaba su madre, quería diversión más espontánea. Sabía que existían lugares que frecuentaban algunos hombres de la alta sociedad poblana, pero a él le daba pena y temor explorar ese camino acompañado de mochos, así que le pidió consejo a Viernes.

— Si usted quiere don Luis, yo lo llevo a visitar unas chinas, son mis “comadritas”.

—¡Quiero! —respondió el catrín.

En esos lugares había baile, jarana y canciones amén de catalán con prisco, entre otras cosas. Luis Manuel salió de su casa como acostumbraba a hacerlo después de la comida, esta vez acompañado de Viernes. Caminaron sigilosamente por las calles del centro de la ciudad y se encaminaron al barrio de La Luz.

—Por estos rumbos muchos caballeros de polendas y campanillas tienen sus quereres. Si ve a un conocido, no salude, camine con paso firme —aconsejó Viernes.

—Es un barrio peligroso —repuso Luis Manuel—. Pura gente de rompe y rasga.

—Sshh. No diga eso —recriminó su guía—. Si lo oyen decir eso la pasará usted muy mal. Aquí hay cuicos, pero cuando hay jaloneo, se hacen de la vista gorda.

Luis Manuel veía pasar con cierto asombro hombres con canastos planos sobre la cabeza, llenos de pambazos y cemitas que llevaban al mercado, neveros con cubetas pregonando voz en cuello sus mercancías; en las puertas de muchos comercios se exhibían ollas, comales y cazuelas de barro.

Entraron por un zaguán, al fondo del patio había una habitación que, a modo de cortina, tenía una sábana vieja que en el pasado había sido blanca, tenía algunos agujeros a medio remendar.

Las comadres de Viernes entonaban a coro la famosa canción chinaca “Los Cangrejos” compuesta por el poeta liberal Guillermo Prieto:

Casacas y sotanas
Dominan por doquiera;
Los sabios de montera
Felices nos harán
¡Cangrejos al compás!

¡Marchemos para atrás!

Tris, tras, tris, tras.

Al ver a los visitantes, detuvieron el canto. Luis Manuel y Viernes ocuparon una mesa de madera en un extremo de la habitación. El negro ordenó dos curados de apio.

—A mí no me gusta el pulque —protestó Luis Manuel.

—Pruébelo, está bueno —insistió Viernes—. Si no le gusta me lo tomo yo, pero no haga usted el desaire.

Mientras tomaba el curado con tragos pequeños, Luis Manuel observó que una china le sonreía con coquetería. La mujer poseía buenas carnes, su piel era de color moreno apiñonado, sus cabellos eran de un negro intenso y lustroso, sus ojos como dos capulines armonizaban con su nariz recta, la boca grande y carnosa que, al abrirse, dejaba ver los dientes parejos pequeños y muy blancos; su blusa bordada con hilos rojos, muy escotada y sin mangas remarcaba su seno elevado, además que la identificaban como de la chinaca roja, color del bando republicano; poseía amplias caderas que no escondía la enagua ampona, las piernas sin medias lucían al natural y sus pies pequeños calzaban zapatillas de raso verde. El significado de portar calzado de ese color era pisotear a la chinaca verde, es decir, al bando conservador.

—¿Quién es esa dama? —preguntó Luis Manuel.

—Altagracia —respondió Viernes—. Agarró ese nombre porque está bien grandota y también por su carácter. Ninguna china usa su nombre de pila.

Viernes, utilizando sus influencias, hizo los arreglos necesarios para que Luis Manuel y Altagracia tuvieran una íntima convivencia. Los paseos por el barrio de la Luz del heredero de doña Josefina se hicieron frecuentes. En sus encuentros con Altagracia, prefería el catalán

con prisco, pues el curado de apio jamás le gustó, le encantaba bailar el jarabe gatuno, prohibido entre la gente de su alcurnia, pues implicaba exageradas insinuaciones sexuales. La china con mucha habilidad fue obteniendo información sobre los planes que los mochos hacían para sabotear la defensa de la ciudad. Don Fidencio, el carnicero del Parián, liberal de hueso colorado, era otro cliente asiduo que gustaba de la compañía de Amapola a quien apodaban La Escopeta, pues tenía una nariz larga y ancha cuyas fosas nasales se asemejaban al cañón de una escopeta cuata, era una mujer de piel cobriza, ojos grandes y cejas muy pobladas, labios anchos y siempre tan colorados que parecía que acababa de comer pitaya, usaba blusas muy escotadas, falda corta y zapatillas con tacones para disimular su baja estatura que era de apenas un metro con cuarenta y ocho centímetros y, además, era muy amiga de Altagracia.

Don Fidencio formaba parte de un grupo de poblanos liberales constituido en su mayoría por licenciados que habían sido segregados, y vivían el constante peligro de ser agredidos. Al barrio de la Luz acudían caballeros de todos los colores y credos, don Fidencio aprovechaba los ratos de intimidad con La Escopeta para obtener información sobre los planes de los mochos para recibir con honores a los franceses encabezados por Dubois de Saligny y el conde de Lorencez, era muy sabido que habían organizado un Tedeum que encabezaría el padre Francisco Miranda para quien también habría un homenaje por su regreso de lo que consideraban un injusto destierro. El carnicero comunicó los secretos revelados por Amapola a Simona, su criada, que de inmediato se encargó de llevar las novedades a Micaela, con quien intercambiaba mensajes a la hora de ir al mandado.

Cuando el general Zaragoza llegó a Puebla fue informado de los planes conservadores, por lo que con facilidad pudo identificar a los traidores y anular sus acciones.

Micaela no sabía que Matilde era informante conservadora, le confirmó el rumor de que la defensa de Puebla se concentraría en los fuertes y que la plaza sería reforzada con la llegada del general Tomás O’Horán. Matilde llevó el mensaje al Padre Miranda y a Antonio Haro y Tamariz. Como consejeros del ejército invasor sugirieron atacar por la ladrillera. Lorencez rechazó la idea, argumentó que si entraba a la ciudad por el camino de Amozoc, dejaría a sus espaldas la fuerza concentrada en los fuertes, definitivamente había que derrotar al Ejército de Oriente en esa colina para después, entrar triunfantes en la ciudad.

Los franceses estaban seguros de que les sería muy fácil tomar la ciudad de Puebla, donde además, serían recibidos con el beneplácito de un importante sector de la sociedad, tenían mucha confianza en su ejército y alardeaban de su supuesta superioridad. El conde de Lorencez lo hizo evidente cuando escribió a su Ministro de Guerra:

“Tenemos sobre los mexicanos tal superioridad de raza, organización, disciplina, moralidad y elevación de sentimientos, que os ruego digáis al emperador que a partir de este momento, y a la cabeza de seis mil soldados, soy el amo de México”

Dubois de Saligny, contagiado del entusiasmo del conde de Lorencez, pensaba visitar a sus amistades residentes en la Angelópolis, por lo que envió a uno de sus criados, Jacinto Cuacuas, con una carta para doña Josefina Menéndez viuda de Fonseca. Jacinto era un indio de raza pura, de piel muy oscura, sin ser negro, de apenas un metro con treinta y cinco centímetros de estatura, vestía de manta, descalzo, con un sombrero de paja que le escondía la cabeza por completo y casi toda la cara; en un morral de ixtle llevaba, además del mensaje, su itacate para dos días y una pistola marca *Volcanic* de seis tiros, obsequio del ministro Saligny. Ya solamente le quedaban cuatro tiros, dos los había utilizado cuando se introdujo

en la ciudad por el Puente de Noche Buena sobre el arroyo de Xonaca, ese era el lugar menos vigilado por las defensas de la ciudad. Una sombra pretendió cerrarle el paso y Jacinto se defendió, disparó dos veces, cruzó el puente a toda prisa y siguió su camino. Llamó a la puerta de la casa de los Menéndez. Petra, la criada, abrió la mirilla y no alcanzó a verlo por la reducida estatura del mensajero, cerró la mirilla y nuevamente escuchó un toquido; al asomarse, vio una mano que se agitaba, era Jacinto.

—Qué quieres —preguntó la criada pensando que se trataba de un niño.

—Traiba un mensaje para doña Josefina.

—¿Traías o traes? —preguntó Petra burlándose del mensajero.

—Traibo, aquí stá. —Jacinto mostró un sobre color canela.

—Échalo por debajo de la puerta, yo se lo entrego.

—No, el señor Saliñí dijo que yo se lo diera en la mano suya.

Petra cerró la mirilla, a los pocos minutos regresó y abrió la puerta.

—Dice la señora que pases —y lo miró con cierto desdén—. Pero primero límpiate las patas en ese tapete.

Jacinto obedeció y siguió a Petra hasta una sala que estaba adornada por dos candelabros estilo rococó, en una esquina había un piano de cola marca Erard, y los ventanales estaban cubiertos por pesados cortinones de Damasco.

—Aquí espérate, pero no te sientes —ordenó Petra.

A los pocos minutos apareció doña Josefina, agradeció la entrega del mensaje y se retiró a sus aposentos a leer la carta. Petra despachó a Jacinto sin cruzar con él palabra alguna. La carta tenía un leve olor a lavanda y en un papel muy blanco se leía:

Respetable y fina amiga:

Remito a usted esta carta que lleva doble intención: ponerme a sus pies y darle algunos informes que seguramente serán de su agrado. Supongo que está usted enterada de la traición que nos han hecho los comisionados inglés y español. Quizá cuando usted reciba esta ya habrán vuelto por donde vinieron.

Sin embargo, le doy mi parecer: me alegro de esta cobarde resolución, con ella nos desatan las manos y nos otorgan total libertad para actuar.

Nuestro augusto emperador q.d.g. sigue firme en su sabia resolución, por lo que muy pronto nos veremos por allá y podré presentarle a usted mis respetos personalmente, ya que, el noble ejército francés, haciendo caso omiso de los convenios de la soledad, que para nosotros valen menos que el papel en el que están escritos, avanzará muy pronto hacia la capital y no serán las fuerzas del llamado Ejército de Oriente quienes sean un estorbo para el paso.

Tendremos tiempo para hablar largo y tendido y le mostraré las cartas confidenciales del amigo Gutiérrez Estrada y se dará cuenta de que todo marcha viento en popa.

Dispense la brevedad de mi mensaje y quedo de usted el más atento servidor.

D. de Saligny

Doña Josefina guardó la carta en un cofrecillo que estaba sobre su tocador. La emoción de la noticia de que muy pronto se reuniría con sus amistades y que celebrarían con

una gran fiesta la llegada de los extranjeros no le permitió poner el preciado documento en mejor resguardo. Se acercaba la hora de rezar el Ángelus en Catedral, oración que doña Josefina no se perdía cada tarde, salió de prisa y no se cambió la ropa, iba de trapillo tal como había recibido a Jacinto, caminó por la calle del Obispado y cruzó el atrio. Sentados en el suelo estaban unos niños con huaraches y dos o tres descalzos que estudiaban el catecismo del padre Ripalda. La catequista, de pie, leía una frase y los niños la repetían, la señora Menéndez se colocó un velo negro sobre la cabeza, entró en el templo, tomó un lugar en una banca de la segunda fila justo en el momento en que el sacerdote pronunciaba el Ave María purísima, un poco sofocada contesto: sin pecado concebida. Tímidamente, se colocó las antiparras, abrió el misal y se dispuso a dar lectura a las oraciones. De regreso a su casa, se detuvo en una bizcochería famosa por sus “chamberinas”, esa tarde había planeado con su hijo Luis Manuel tomar una merienda de chocolate, dulces y pan monjil.

Petra sospechaba que la carta contenía información valiosa, pero no sabía leer, así que aprovechando la ausencia de su patrona tomó la carta y se la llevó a Macaria, quien rápidamente la leyó. Petra regresó a casa a tiempo para devolverla al cofre de donde la había tomado, pocos minutos después, doña Josefina regresó de los oficios religiosos. Macaria transmitió la información a María Luisa, quien decidió utilizarla a favor de las defensas de la ciudad, como sospechaba del doble juego de su madre, le informó falsamente que Zaragoza había decidido fortificar la entrada a Puebla por el camino a Tehuacán y que, como sabía que Lorencez no se interesaba en atacar los fuertes, sino en asaltar directamente la ciudad, había ordenado mover toda su fuerza hacia el rumbo de la Ladrillera. Lucrecia puso al tanto a Maricruz quien de inmediato comunicó las novedades a su madre doña Josefina, el falso

mensaje del movimiento de las defensas rápidamente llegó a Saligny y por supuesto, al conde de Lorencez.

La señal de que las hostilidades iniciaban ese 5 de mayo la dio un cañonazo salido del fuerte de Guadalupe a las 9 de la mañana; a las diez treinta, la campana mayor de catedral anunció que el enemigo estaba a la vista, la alarma se apoderó de los civiles. Todo era precipitación; las azoteas se llenaron de curiosos y las calles quedaron desiertas, solamente se escuchaban detonaciones, pero no había información sobre el curso de la batalla. Los truenos de la tormenta que a las 4 de la tarde cayó sobre la ciudad se confundían con disparos de cañón, después, un compás de silencio.

—¿Qué habrá pasado? —se preguntaba Lucrecia mientras limpiaba las heridas de un combatiente serrano que había perdido una pierna y sangraba de un hombro —. ¿A qué hora entrarán los franceses? Porque de seguro derrotaron a Zaragoza.

La música que provenía de los fuertes la sacó de sus reflexiones. Eran alegres piezas que tocaban las bandas de música de algunos batallones mexicanos, se escuchaba cada vez más fuerte. Lucrecia salió a la puerta del hospital, la siguieron otras damas voluntarias.

—Esa no es la Marsellesa, ¿Verdad?

—No madre. Es el himno mexicano —respondió María Luisa.

Era el desfile de los triunfadores que comenzaban a recorrer las calles de la ciudad. Encabezaba el desfile un chinaco que llevaba amarrado con una reata a un soldado francés, atrás marchaban otros franceses prisioneros custodiados por sus captores, llegaron a la primera calle de Mercaderes y ahí fueron entregados a la fuerza nacional que custodiaba la plaza. Los soldados mexicanos entraban en la ciudad en una improvisada, pero emotiva parada; mostraban con orgullo los trofeos de guerra, alzaban mochilas, espadas, fusiles e

instrumentos musicales. También marchaban algunos jinetes con banderolas que habían sido arrebatadas a los franceses. José María Palomino, soldado de infantería, entregó al gobernador de Puebla un estandarte arrebatado a un galo. Formaron a los zuavos prisioneros afuera de Palacio, algunos soldados mexicanos se acercaron y les arrancaron las condecoraciones que portaban en el pecho, varios cautivos no pudieron contener las lágrimas. Jamás pensaron que serían humillados de esa manera.

Los franceses prisioneros sanos fueron paseados por las calles, pero nadie los molestó, Zaragoza ordenó que se le dieran dos pesos a cada uno y que fueran reclusos en el patio del Palacio Municipal; los heridos, subidos en caballos de oficiales mexicanos, fueron trasladados a los hospitales para su atención médica. Uno de los prisioneros heridos fue encamado en el hospital en el que atendía Lucrecia; hablaba español. Entre ayes de dolor el francés contó como el soldado Charles Lesqueranne del 99° de línea, fue capturado por un jinete mexicano de nombre Mariano Oropeza, lo atrapó con una reata de lazo y lo llevó amarrado hasta el Palacio Municipal, atrás de ellos marcharon los prisioneros Hippolyte Gauthier, Bernard Foubert y Jean Planiol.

—Planiol disparó su pistola a boca de jarro sobre el capitán Inclán —narró el herido—, pero la bala pegó en su espada y se desvió. Inclán apresó a Planiol.

—Increíble —repuso Lucrecia al momento de vaciar desinfectante en la herida del francés, quien respondió con un fuerte y prolongado aaayyyyyyyyy.

EPÍLOGO

El componente creativo de este trabajo lo constituye el cuerpo de la novela *Destinada al infortunio*, esta parte está totalmente terminada, pero por los lineamientos institucionales para el proceso de titulación solamente se presentan 80 cuartillas.

El siglo XIX fue para México una época marcada por las luchas sangrientas para alcanzar la independencia, obtener la autonomía y decidir la forma de gobierno de la nueva nación. España representó su principal enemigo para lograr la soberanía y autodeterminación que toda nación merece, porque después de las reformas borbónicas y la proclamación de la constitución de Cádiz se negaba a renunciar a sus dominios en América. El movimiento insurgente en la todavía Nueva España inició en septiembre de 1810 y aunque muy pronto se logró sofocarlo, la llama de la libertad ya estaba prendida. El tratado de Córdoba con el que el reino ibérico aceptó que México dejara de ser colonia se firmó en 1821, sin embargo, el reconocimiento pleno de la emancipación del país de Anáhuac se logró hasta 1826. Menos de diez años después, la ambición de los Estados Unidos de América llevó a una nueva intervención extranjera, el expansionismo del vecino país del norte condujo a una devastadora guerra en la que México perdió inicialmente Texas y pocos años después, los demás territorios del norte. En 1847 las tropas norteamericanas pasaron por Puebla y llegaron a la ciudad de México. Posteriormente, en menos de veinte años, Francia invadió dos veces la tierra de Anáhuac.

Para este proyecto se realizó una revisión de las condiciones sociales que predominaban en México en la segunda mitad del siglo XIX. A partir de la consulta de distintos materiales y archivos, se pudo apreciar la manera en la que las mujeres de las clases alta y baja enfrentaron los conflictos militares y políticos que aquejaban a la sociedad

mexicana, el interés de este trabajo se centró en el periodo comprendido entre 1846 y 1867 cuando México sufrió la última incursión de tropas norteamericanas y francesas. Los conservadores mexicanos y los invasores galos bajo las órdenes de Napoleón III, intentaron apoderarse del control absoluto del país e impusieron al emperador Maximiliano de Habsburgo como máxima autoridad nacional. Los liberales, bajo el liderazgo de Benito Juárez, enfrentaron a dichos invasores y a sus aliados conservadores.

Durante las cuatro guerras intervencionistas, dos contra Estados Unidos y dos contra Francia, hubo múltiples actos que los mexicanos, hombres y mujeres realizaron en la defensa de su estilo de vida y tranquilidad social; lo mismo quienes procuraban mantener y hacer crecer su empresa o negocio como quienes iban al día, con algunas penurias, pero sin los sobresaltos de una guerra. La ciudad de Puebla destacó por las luchas de las que fue escenario. Ahí se escribieron historias de acciones épicas desde 1847 hasta la caída de las últimas fuerzas imperialistas el 2 de abril de 1867. Es en el marco de estas guerras en la Angelópolis en el que se desarrolla la novela histórica *Destinada al infortunio*, en ella se pone en alto relieve el papel de las mujeres que combatieron al invasor y a sus aliados, no nada más con las armas en la mano, sino también con su astucia y sagacidad para transmitir información de los planes que se desarrollaban, por una parte, para conquistar la urbe y por otra, para defenderla.

El contenido histórico de esta novela está sustentado, además de la bibliografía señalada al final de este trabajo, en la investigación realizada mediante la consulta de diversos archivos tanto municipales como estatales. Una fuente que aportó datos muy relevantes fue la Hemeroteca Nacional de México de la Universidad Nacional Autónoma de México en su versión digital; también se tuvo acceso al libro Antonio Haro y Tamariz y sus aventuras

políticas, 1811-1869 de Jan Bazant publicado por El Colegio de México, además, se realizaron entrevistas, una a José Hernández Castillo conocido como don Cheché, cronista de la ciudad de Huamantla y otra al historiador y uno de los cronistas de la ciudad de Puebla, maestro Arturo Córdova Durana.

La protagonista de la novela es un personaje ficticio, Lucrecia Pérez Salazar de Malpica y Salmerón, en la historia pertenece a una familia de la oligarquía poblana, muy cercana a políticos y militares bastante controversiales de mitad del siglo XIX y que escribieron varias páginas de la historia nacional, uno de ellos es Antonio de Haro y Tamariz quien fue ministro de economía en los gobiernos tanto de Valentín Canalizo como de Antonio López de Santa Anna. Lucrecia y los personajes ficticios de su familia interactúan con gente que verdaderamente participó en la mayoría de los hechos que se narran en la novela. Es así que las relaciones de esta aristócrata dama con el alto clero poblano se hicieron evidentes cuando en 1842 el obispo de Puebla, don Francisco Pablo Vázquez y Sánchez Vizcaíno consagró su matrimonio con Juan Manuel Malpica y Salmerón, integrante de otra de las familias más prominentes de la región. Lucrecia y Juan Manuel militaban como miembros de la Orden de Malta por lo que rechazaban toda idea contraria a la fe católica, aborrecían a Benito Juárez y rechazaban las Leyes de Reforma.

De acuerdo con Joan W. Scott, en los análisis historiográficos que se hacían hasta hace pocas décadas el sujeto mujer había estado oculto, permanecía imperceptible, era negado, se consideraba que las féminas estaban incluidas en el término humanidad. Actualmente existe una corriente que refuerza la mirada que revalora la experiencia de la vida privada y de la cotidianidad al mismo tiempo que se concede una mayor importancia a la cultura y libertad de acción de los sujetos. Es por ello que lo relacionado con la vida de las

mujeres, la sexualidad y sus implicaciones, el cuerpo, el poder y las distintas formas de participación social adquieren una mayor relevancia (114).

Por otra parte, Lawrence Stone afirma que los estudios de los marxistas humanistas ingleses como Edward P. Thompson, Eric J. Hobsbawm y Raymond Williams han aportado material invaluable para el desarrollo de la historiografía que pone en primer plano a las mujeres (25). Además de temas de política y guerras añadieron los relativos a la vida privada, las relaciones de familia, las prácticas comunitarias informales y sus nexos. Los temas relacionados con la demografía, el parentesco y de los movimientos sociales plantearon interrogantes acerca del quehacer de las mujeres que venían preocupando a las historiadoras feministas como Gisela Bock, investigadora alemana que insiste en que “el paso que se dio entre restituir a las mujeres en la historia condujo a restituir la historia a las mujeres. La experiencia de las mujeres tiene una historia que es independiente de la de los hombres y es una historia propia: de las mujeres como mujeres”. Bock asegura que la historia de las mujeres tiene la misma complejidad que la de los hombres, pero la trayectoria y los tiempos de ellas son distintos y por lo tanto deben ser percibidos y analizados de manera diferente. Las investigaciones sobre la condición e historia de las féminas aparecidas en las últimas décadas han dado a conocer información que anteriormente no se había tomado en cuenta (221).

Esta nueva visión de la historia ha favorecido el acercamiento a la compleja cuestión de la participación de las mujeres en esta disciplina al ampliarse temas y sujetos de estudio. Esta vertiente historiográfica produjo que se rescatara a las mujeres de la invisibilidad y se pasara a una propuesta de nuevas herramientas teóricas para la investigación que incluyeran no sólo la representación de la feminidad sino la experiencia femenina, la participación de

las mujeres en la historia, la desigualdad y el cambio social, además de procesos de exclusión y discriminación, todo lo cual se analiza bajo la perspectiva de la diferencia entre los géneros que es en última instancia donde reside la especificidad de la historia de las mujeres (Bock 221).

La novela histórica es una magnífica oportunidad para fortalecer este enfoque historiográfico, *Destinada al infortunio* rescata la historia verdadera de varias de estas mujeres, como la mayoría de las voluntarias en los hospitales de sangre o la tepeaqueña doña Recia y al mismo tiempo crea personajes ficticios que representan a las mujeres anónimas que vivieron los sucesos históricos que en esta obra se relatan.

En la novela se señala que hubo familias poblanas que colaboraron con los invasores tanto norteamericanos como franceses, la de Lucrecia fue una de ellas. Algunas mujeres parientes de esta dama poblana prefirieron luchar contra los extranjeros. Se procura destacar lo que sucedía tanto en los ámbitos públicos como privados, se narran acontecimientos tanto de las plazas públicas como aquellos que en la intimidad de las alcobas seguramente sucedieron, también se incluyen prácticas sociales que dan cuenta de la cultura de la sociedad de la época como la lectura y la escritura.

En el tiempo en que se desarrolla esta novela, abundaron las mujeres que se involucraron en los acontecimientos políticos y militares a pesar de su condición sujeta a la voluntad de los varones. Hubo féminas, sobre todo de la clase social baja, que participaron en la defensa de la patria, existen múltiples evidencias de que actuaron como correo, espías y soldaderas; también las hubo de la clase social media y alta, aunque, por su origen y posición social lo hicieron de un modo más restringido. Para la élite decimonónica la mujer era la esposa, la madre y el sostén emocional de los hombres, pocas sabían leer y escribir y

sus lecturas giraban en torno a libros piadosos, su ocio se centraba en el bordado y la moda. En contraste, la clase popular trabajaba en su casa o en las calles, pues tenían que ganar el dinero y su tiempo lo repartían en el cuidado de sus hijos, la preparación de alimentos y a veces, en la atención al marido.

La participación de las mujeres en los grupos armados también estuvo determinada por las clases sociales; las campesinas y las marginadas económicamente que vivían en las ciudades acompañaban a sus hombres al momento de ser reclutados. Las soldaderas mexicanas siempre estuvieron al lado de los guerrilleros republicanos conocidos como la chinaca roja⁷ y algunas llegaron a entrar en combate, mientras que la chinaca verde que eran las simpatizantes de las tropas conservadoras incluyó a las mujeres de la alta sociedad, casi siempre como enfermeras improvisadas y cocineras.

El abanico entre las mujeres de la época era un importante instrumento de comunicación, podían transmitir información de una manera tan sutil y discreta que quienes las observaban, sobre todo los extranjeros, no percibían que entre ellas se establecían diálogos. Este ejercicio era común en las grandes asambleas y especialmente en los templos. Las chinacas tenían una manera particular para intercambiar mensajes y hacerlos circular entre la gente de sus grupos.

Tres de los cuatro nombramientos que Puebla ha recibido como ciudad heroica, corresponden a la Intervención francesa y Segundo Imperio Mexicano, el primer nombramiento corresponde a la proeza del General Ignacio Zaragoza al vencer al arrogante

⁷ Un poema del escritor Guillermo Prieto, titulado Trifulca, muestra cómo en aquella época el sometimiento de la mujer era visto como algo normal e incluso deseable, las solteronas solo tenían como opción ingresar a un convento o depender de su familia hasta la muerte. El deseo de emancipación de las mujeres de las clases populares se puede apreciar en revistas de la época como La chinaca republicana, en la cual apareció el siguiente verso: “Soy tan libre como el viento, que va por la inmensidad, soy chinaca y mi contento es vivir en libertad”.

ejército francés el 5 de mayo de 1862 en los fuertes de Loreto y Guadalupe. Este contingente del ejército galo considerado hasta entonces invencible, se encontró con una estrepitosa derrota en los muros de los fuertes poblanos frente a un ejército improvisado, mal armado, mal vestido, mal alimentado y muchos de ellos descalzos. Gracias a ese triunfo la ciudad oficialmente se llama Puebla de Zaragoza. El segundo nombramiento como ciudad heroica se debe al férreo y tormentoso sitio que padeció la ciudad durante 62 días en 1863 y el tercero corresponde a la no menos sangrienta toma de la ciudad el 2 de abril de 1867.

La novela está dirigida a todo poblano interesado en lo sucedido en su ciudad en esos años del siglo XIX. En los recientes actos conmemorativos de los hechos más relevantes de la Segunda intervención francesa, quedó de manifiesto que existe un amplio público interesado en conocerlos a mayor profundidad. Hay un sector de la población al que se pretende llegar de manera particular, se trata de estudiantes de secundaria y bachillerato del Estado de Puebla. Al ser una novela corta, puede funcionar como material didáctico en ambos niveles educativos. Para lograr estos propósitos, se ha pensado en que la novela puede ser publicada por el gobierno del Estado de Puebla a través de la Secretaría de Cultura y de la Secretaría de Educación Pública, entidades en las que se ha iniciado la búsqueda de canales para su logro. También existe el ofrecimiento de un empresario que ha mostrado interés en apoyar la edición de esta obra.

En lo que corresponde al sector de la educación pública, se planea realizar una presentación del libro en la sección 02 de la dirección de escuelas secundaria que agrupa a más de 130 instituciones, ya se ha platicado con el jefe de sector a quien la propuesta le pareció muy pertinente. Para dar a conocer la obra al público poblano en general, se planea realizar una presentación en la librería Profética, ya se ha establecido el contacto para ello.

Se ha diseñado un curso para utilizar el cuento histórico como recurso didáctico. Está dirigido a profesores de secundaria y bachillerato y se pretende impartir a través del departamento de Formación Continua de la Universidad Iberoamericana Puebla. Ya se ha realizado un estudio piloto en San Diego School A.C. En este colegio se publicará un compendio de cuentos realizados por los alumnos de segundo de secundaria con el apoyo de la Sociedad de Padres de Familia.

En virtud de que *Destinada al infortunio* concluye en la caída de Puebla luego del sitio de 62 días al que la sometió el ejército francés al mando del general Forey, la novela tendrá una segunda parte, pues hay muchas historias de mujeres que contar entre mayo de 1863 y junio 1867. Puebla jugó un papel relevante durante el Segundo imperio mexicano, en esta ciudad se llevó a cabo una fastuosa recepción al Archiduque Maximiliano de Habsburgo y a su esposa la Emperatriz Carlota, ahí se agregaron varias damas de honor a la corte de la Emperatriz, las principales actividades de los destacamentos austriaco y belga se concentraban en la Angelópolis, fue clave en el regreso de Carlota a Europa y finalmente, ahí se dio la batalla y derrota del ejército imperial el 2 de abril de 1867.

Al estar haciendo la revisión final de este escrito para presentarlo a los académicos lectores, recibí la noticia de que la novela *Destinada al Infortunio* ha sido seleccionada para ser publicada por el Instituto Municipal de Arte y Cultura por ser ganadora del concurso *Canasta de Escritoras y Escritores Poblanos* edición 2022 en la modalidad novela de la categoría Emergentes. La publicación de las obras ganadoras está prevista para el mes de enero de 2023 y la presentación de cada una de ellas se programará para el mes de febrero en las instalaciones del propio instituto.